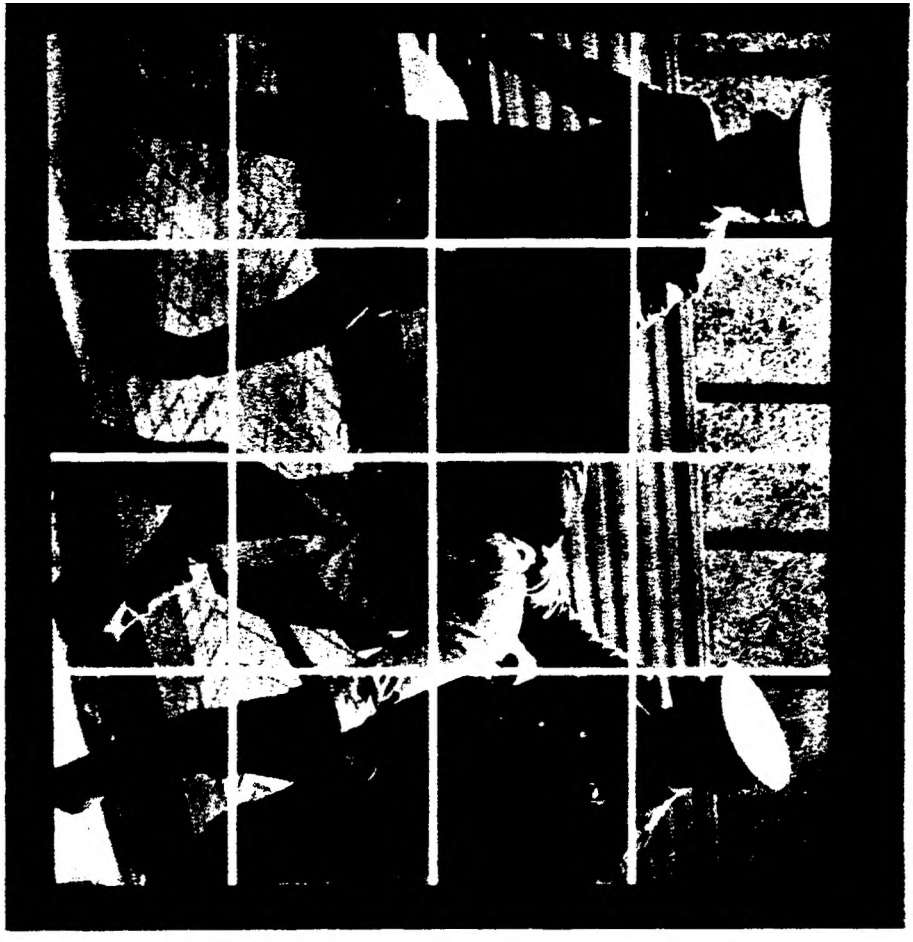


# 16

# Realidad

# Realidad

Revista de cultura y política

16

*febrero-marzo 1968*

*Fabricación y distribución en Francia:* «Colección Ebro».

*Director responsable:* Vincenzo Bianco.

*Dirección administración:* Via delle Zoccolette, 30 - Roma.

Registrado presso il Tribunale di Roma col. n. 9411 del 26-9-1963.
1 ejemplar: Italia: Liras 500 - Extranjero: Liras 650 - Pesetas 40 - Fr. fran. 5 - Dólares 1,25.

Suscripción anual (6 números): Italia: Liras 2.500 - Extranjero: Liras 3.250 - Pesetas 200 - Fr. fran. 25 - Dólares 6,50.

Imprimerie Hermel, 49, rue Hermel, Paris-18e.

# SUMARIO

Pág. 5 Editorial: *¿Qué ocurre en la Universidad española?*

16 *Un año de lucha estudiantil (Febrero 1967-Febrero 1968).*

50 Pierre Vilar: *La guerra de 1936 en la Historia Contemporánea de España.*

80 Juan Marinello: *Miguel Hernández, poeta del mañana.*

85 Santiago Alvarez: *Miguel Hernández, combatiente del ejército popular.*

93 Melquesidez Rodriguez: *Miguel Hernández en las cárceles franquistas.*

99 Juan Antonio Hormigón: *Teatro universitario español.*

## Crítica

119 M.C.: *Consideración de Cataluña*, Julián Marías.

125 J. Izcaray: *Las últimas banderas*, de Angel María de Lera.

129 L.L.: *El dogmatismo de los literatos.*

# ¿Qué ocurre en la Universidad española?

Es una pregunta que hoy se hacen todos los españoles preocupados por los destinos nacionales. Que también se hacen muchos extranjeros. No es casual que los principales rotativos de la prensa occidental hayan dedicado editoriales al tema en el último período.

Lo que hoy sucede en el mundo estudiantil español no tiene precedentes, ni en nuestro país, ni en otros países europeos. Es por lo tanto algo **nuevo**, original, configurado tanto por factores propios, internos, del ámbito estudiantil como por otros más generales, que actúan a escala española y se proyectan, de una manera determinada, en el plano, siempre sensible, de la vida universitaria.

No se trata de hacer aquí un análisis de esos factores (lo que nos exigiría indagar en esferas muy variadas de la vida nacional) para dar una respuesta completa a la pregunta indicada. Nuestro propósito es más modesto; y más acorde con las posibilidades de tiempo y espacio de que disponemos. Vamos a intentar destacar **tres momentos** de la problemática universitaria actual que consideramos esenciales para cualquier reflexión sobre este tema.

## I. — El momento de la libertad

¿Qué espectáculo ofrece hoy la Universidad? Cientos de estudiantes víctimas de brutales medidas represivas, procesados, encarcelados, enviados al Ejército, expulsados, etc. La Ciudad Universitaria de Madrid (y medidas semejantes en otras ciudades) ocupada por la Policía Armada de modo permanente. Recientemente, un nuevo paso en la escalada represiva: la implantación **dentro** de los edificios universitarios del Cuerpo General de Policía, medida sin precedente que atenta a las más antiguas tradiciones de la Universidad española.

Pero todo esto nos recuerda **algo**: aquella ceremonia dramática en la Universidad de Salamanca, en 1936, en que Millán Astray lanzó a Unamuno ese grito que luego se hizo famoso —como lema paradigmático del fascismo— en el mundo entero: ¡MUERA LA INTELIGENCIA!

Porque ese ¡MUERA LA INTELIGENCIA! sigue presente, aún hoy, al cabo de los años, en las motivaciones de la política del régimen.

El grito de Millán Astray expresaba una de las dimensiones inherentes al fascismo español, que si bien ha quedado en el trasfondo en una serie de aspectos, no ha sido extirpada, sigue ahí, y sube ahora a la superficie, en estos momentos de crisis...

Que esto es así lo confirman, no sólo las medidas policíacas a las que acabamos de aludir, sino la querella presentada por el Gobierno, a través del Fiscal, contra los participantes en la V Reunión Coordinadora y Preparatoria Nacional (cuyas resoluciones publicamos en este mismo número de la revista) acusándoles de: «reuniones ilegales manifestaciones no pacíficas, asociación ilícita y **sedición**». Es decir que el hecho que los estudiantes elijan a sus consejeros y delegados, discutan y propugnen una reforma democrática de la Universidad, deseen celebrar un Congreso, exijan el cese de la represión, se asimila a un delito de «sedición».

Tales actitudes responden a la «lógica» de Millán Astray, que sin duda sigue siendo la de Franco y Alonso Vega en la actualidad. También la de algunas de las viejas jerarquías de la Iglesia —viejas en lo físico y en lo histórico— obstinadas, a despecho de la doctrina explícita del Concilio, en instrumentalizar la religión al servicio de un Poder despótico y reaccionario. Pero es una «lógica», no sólo monstruosa en sí, sino además anacrónica, caduca, que —salvo minorías muy escuetas— no tiene **vigencia propia** en la sociedad española **real** de 1968; por ello carece de instrumentos de opinión, es decir políticos, y sólo se mantiene y puede actuar mediante los instrumentos violentos, y pagados, del aparato policíaco.

Lo que está hoy en un **primer plano** en la crisis universitaria es la voluntad de los estudiantes de autoorganizarse; de crear libremente sus propias organizaciones; de constituirse en sindicato democrático.

En su aplastante mayoría, los estudiantes españoles han **elegido** este año los órganos de su Sindicato Democrático o las estructuras **autoorganizadas** que evolucionan hacia el Sindicato.

A esa voluntad democrática expresada en los votos de decenas de miles de estudiantes, y respaldada por impresionantes asambleas, manifestaciones, huelgas y otras forma de lucha, el Gobierno opone una negativa. Pero una negativa lastrada por la impotencia: Porque, después de la derrota y dimisión de Ortega Escós el año pasado, ya no existen **ni marionetas** que representen los órganos **legales** de las Apes o Aes. El Gobierno no tiene posibilidad este año de convertir lo estatuído en los Decretos en algo que exista fuera del papel. Lo estrictamente legal es inexistente. La «legalidad» tiene un signo exclusivamente negativo: es decir, sirve como justificación para volcar el aparato represivo y policíaco contra la autoorganización de los estudiantes.

En el cogollo de las acciones estudiantiles está el problema de las libertades de reunión y de asociación. En el conflicto universitario se enfrentan:

a) la política oficial, crispación «ultra» que pretende congelar, usando métodos policíacos, una «situación» fascista cada día más incompatible con la realidad;

b) el movimiento estudiantil, expresión de la amplísima corriente democrática, nacional, que (con lógicas diferencias en su seno) aspira a las libertades políticas, a un régimen democrático.

A partir de estos elementos, comprendemos mejor la extraordinaria amplitud y unidad plasmadas en el movimiento estudiantil; en la acción por el Sindicato Democrático de Estudiantes participan hoy todos los que se oponen a la política «ultra»; los comunistas, socialistas y otros demócratas, extensos sectores católicos (organizados unos en la J.E.C. y otros no), núcleos del Opus, de estudiantes carlistas, o incluso falangistas; y, claro está, la enorme masa sin una posición política definida. Tal es el carácter que tiene, y **debe tener**, en la actualidad, el movimiento en pro del S.D.E. Conservar **ese carácter** unitario, **ampliando al máximo**, es esencial hoy, en la dura lucha por **hacer retroceder** la represión franquista. Esa **unidad** es un **factor clave** para hacer fracasar los intentos del Gobierno de aislar a algunos de los

destacamentos más combativos. Gracias a la más amplia unidad fue posible la solidaridad con Económicas de las otras Facultades y Centros de Madrid; y la solidaridad con Madrid de las otras Universidades, en la que se refleja una elevación impresionante de espíritu de lucha en una serie de lugares como Zaragoza, Granada, Málaga, Santiago de Compostela, etc.

Del contenido unitario democrático del movimiento estudiantil se desprende (no sólo su fuerza intrínseca como acabamos de ver) sino el enorme potencial político que es susceptible de ser puesto en acción en las más diversas esferas del país, frente a la represión y en apoyo de las reivindicaciones estudiantiles.

El desarrollo del movimiento de Comisiones Obreras ha tenido profundas repercusiones en el mundo universitario. La cuestión, tan decisiva, de las libertades de reunión y asociación, reviste el mismo carácter candente para el movimiento obrero y el movimiento estudiantil. La participación masiva de estudiantes en la jornada del 27 de octubre de 1967 demuestra que éstos toman más y más conciencia de esa unidad profunda que les ensambla con las masas trabajadoras. Las Comisiones Obreras, por su parte, despliegan una potente solidaridad con los estudiantes.

Pero una de las peculiaridades del movimento estudiantil es que (por su mismo contenido social) representa, en cierto modo, un nexo, entre los destacamentos que están en vanguardia de la lucha democrática y extensos sectores de la burguesía que se desgajan del régimen; sectores que se hallan directamente afectados cuando la represión golpea a los estudiantes y entre los cuales cunde la idea de que es necesario un cambio que restablezca las libertades políticas.

Que hay en el movimiento estudiantil un filo «generacional», de rebeldía de muchos hijos contra los valores políticos y morales en el marco de los cuales sus padres han vivido, es evidente. Pero ello no elimina otro aspecto, más importante; el de que los hijos estudiantes reflejan el descontento o la protesta de sus padres, al bien poniendo en ello un coeficiente muy superior de radicalidad.

La presente crisis universitaria es uno de los puntos de cristalización de la crisis nacional que sacude al país y del proceso de aislamiento, desgaste y descomposición de la dictadura. Tal coyuntura facilita que el movimiento

estudiantil tenga posibilidades inmensas de obtener, entre sectores sociales y políticos de muy diverso signo, apoyos importantes para la lucha contra la represión gubernamental y en pro de sus aspiraciones democráticas (1).

## II. — El momento de la cultura.

La lucha por la libertad en el ámbito universitario se hermana íntimamente con la lucha por la cultura.

Ante la fuerza adquirida por el movimiento estudiantil, algunas autoridades académicas y comentaristas de la prensa más reaccionaria aparentan adoptar la actitud siguiente: si los estudiantes planteasen problemas «universitarios», de cultura y enseñanza y NO problemas políticos, habría forma de «dialogar» y de entenderse...

En tal argumento sólo hay hipocresía y mala fe.

En realidad, los agudos problemas de la enseñanza universitaria, y su proyección a nivel cultural, son motores decisivos de la lucha estudiantil. Problemas que parten de un sin fin de reivindicaciones concretas e insoslayables, en las clases y en los cursos, y que, generalizados, constituyen el programa de la Reforma Democrática de la Universidad, aspiración común y básica de los estudiantes, que estos discuten y elaboran en todas las formas viables (Facultades y Centros, Reuniones Coordinatorias y Preparatorias, Ramas Profesionales etc.)

Ahora bien, ¿cabe separar los problemas específicos de la enseñanza universitaria de los de la libertad política? En las condiciones de España, es imposible. La actual crisis de

---

(1) Es sintomático que Alonso Vega haya tenido que sacarse de la manga (ante la reserva o silencio de otras «asociaciones familiares») una desconocida «Hermandad Nacional de Padres» (creada por el troglodita Blas Piñar) como organizadora de una «misa de desagravio» para explotar con fines nada religiosos el lanzamiento de un crucifijo por una ventana de Filosofía. Acto que había sido realizado por un provocador policíaco conocido. El propio Blas Piñar se lamentó de que, para organizar esa misa, **«hemos tenido que ir mendigando un templo donde celebrarla»** («Ya» 31-1-68). Numerosas personalidades católicas, como Ruiz Giménez, el P. Sopeña y muchos otros (a pesar de la actitud indigna de Mons. Guerra Campos) se negaron a participar en esa misa.

la Universidad es, entre otras cosas, crisis de toda la política del régimen en materia de enseñanza y de cultura.

«Arriba» reconocía el 30 de enero de 1968 que España, al dedicar a la enseñanza un 10% del presupuesto, quedaba a la **mitad** del porcentaje medio de Europa; y a un nivel inferior al de los países de América Latina. Esta sí que es una reflexión que afecta a los problemas universitarios, y no las elucubraciones policiacas que le dedica. Ese atraso **total** en la política cultural española está en la base de esa marea de protestas que se levanta en las Universidades. No se pueden separar artificialmente cosas ligadas unas a otras. Sin libertad, no puede haber una enseñanza moderna, adecuada a las necesidades nacionales.

La Reforma Democrática de la Universidad lleva consigo la necesidad de un cambio político profundo, de una **democratización** de la vida española.

¿Cómo van los estudiantes a separar cultura y libertad cuando una serie de profesores —valores culturales indiscutibles— han sido expulsados, cuando cientos de estudiantes son castigados simplemente por su voluntad democrática?

Un rasgo **nuevo** en la lucha universitaria de este curso ha sido la actitud adoptada por un número crecido de catedráticos y profesores (y por ciertos claustros colectivamente) en oposición a la política del Gobierno y en apoyo de las demandas estudiantiles.

Si se tiene en cuenta los métodos de selección del profesorado universitario en los años de la dictadura (sin hablar de la salvaje depuración posbélica) el fenómeno es notable. La experiencia de la Universidad, y de la calle, está cuarteando, o liquidando, conformismos tradicionales.

De hecho está tomando cuerpo un **frente común** de profesores y estudiantes contra la descabellada política gubernamental en la que alientan los últimos ecos del grito de Millán Astray. Ese frente se plasma en diversas formas como las comisiones mixtas que funcionan en varios centros. Pero es obvio que aún cabe hacer mucho más en esa dirección si se trabaja con audacia y flexibilidad. El S.D.E.U.M. ha exigido que se convoque un verdadero Claustro General (con representación estudiantil) y que ese Claustro, y no el capricho de Lora Tamayo o Don Camulo, designe las autoridades académicas... El Gobierno no se atreve a reunir

el claustro en esas condiciones porque teme ser condenado y derrotado.

El régimen intentó enfrentar a estudiantes contra estudiantes. Tal fue la misión encomendada en el curso 66-67 al histrión Ortega Escós. El fracaso no pudo ser más absoluto. Nunca ha sido tan amplia como hoy la unidad del movimiento estudiantil, su cohesión, compatible con las diferenciaciones normales en su seno.

El régimen intentó enfrentar a profesores contra estudiantes. Tal es el objetivo de Decretos como el de las cuatro convocatorias, y otros. También en esto ha fracasado. Lo característico hoy, sin cerrar los ojos ante una serie de actitudes negativas, es que muchos profesores (ayer pasivos o conformistas) se indignan de las medidas policíacas del Gobierno y comprenden mejor (cuando no comparten) la posición estudiantil.

Se habla de «normalidad académica». De hecho hoy, entre estudiantes y profesores, como tales, se podría llegar con facilidad a soluciones positivas. Unos y otros están de acuerdo en que la policía debe salir de la Universidad; en que deben ser anuladas todas las medidas represivas y otras sanciones; en que las estructuras autoorganizadas de los estudiantes deben ser reconocidas y poder funcionar normalmente. El editorial de «Caudernos para el Diálogo» de enero de 1968 y el artículo del catedrático Aguilar Navarro en el mismo número confirman el criterio que hemos expresado. La opinión de la revista creada por el catedrático Ruiz Giménez, en el sentido de que el Congreso de los Estudiantes y el Claustro general de profesores «son los órganos justos y lógicamente más capacitados e interesados para decidir los destinos de la Universidad en los próximos años», demuestra el amplio margen de coincidencia existente entre profesores y estudiantes y entre diversos sectores políticos, en torno a los problemas de la Universidad.

De una consideración objetiva de los hechos dimana, inexorable, la siguiente conclusión: lo que impide la «normalidad académica», lo que imposibilita la actividad universitaria es la ingerencia del Gobierno y de su policía; su cerrilismo obtuso y vengativo; su incapacidad de tolerar algo tan elemental como la autoorganización de los estudiantes. De ahí el choque con el régimen de todos los interesados en un progreso cultural y educativo, sea cada vez más radical.

El movimiento estudiantil, que pone sobre el tapete el problema de la enseñanza y de la cultura, tiene una ligazón especial con los sectores intelectuales, profesionales y técnicos del país. La comunidad, o vecindad, de problemas es obvia. Los estudiantes son estimulados en su lucha, y no en escasa medida, por los problemas **que ya hoy les interesan** como futuros médicos, ingenieros, abogados, arquitectos, etc. Valiosos ejemplos, particularmente entre los médicos, patentizan las grandes posibilidades que existen para acciones conjuntas, y movimientos solidarios, entre los estudiantes y los sectores profesionales a los que están más directamente asociados. La creación de grupos conjuntos para elaborar estudios de reforma de las carreras ha dado ciertos frutos. La participación de intelectuales y artistas en actos culturales en la Universidad constituye ya una tradición muy positiva.

Todo ello debe facilitar que hoy, en los más amplios círculos de la intelectualidad, se comprenda hasta qué punto la lucha de la Universidad encierra valores vitales para la cultura española y merece, por lo tanto ser sostenida y apoyada con entusiasmo y calor.

### III. — El momento de la revolución.

Lo que hoy sucede en la Universidad indica que las clases dominantes españolas se enfrentan con una deuda ineludible que han contraído con la historia. Por haber bloqueado todo progreso social y político, —como explica Santiago Carrillo en el libro «Nuevos enfoques a problemas de hoy»— (1) se hallan hoy impotentes para acercar España al nivel exigido por la época en que vivimos.

Una serie de comentaristas, y presuntos «pensadores», se lamentan del espíritu revolucionario que crece entre la juventud universitaria. Lo intentan atribuir a causas «misteriosas» y ridículas. Mejor harían en mirarse en un espejo los mismos que se lamentan. El contraste entre lo que es el mundo de 1968 y la política fascista que el Gobierno pretende aplicar en la Universidad no puede por menos de fomentar actitudes rebeldes y revolucionarias entre los estudiantes que miran el porvenir. Lo cual es precisamente propio de la juventud.

Se intenta aplicar a los estudiantes de hoy esquemas que ya eran viejos hace 40 ó 50 años. Pero la maduración

(1) París 1967 — Editions Sociales —pág. 93 y siguientes.

de la juventud (como todo el mundo sabe) es más acelerada que en otras épocas. Además, las clases dominantes españolas se han esforzado por educar a los estudiantes en un espíritu «elitista», a la vez que intentaban inculcarles una «politización» fascista. ¿En nombre de qué pueden ahora negarles el derecho a interesarse y preocuparse por los problemas del país? ¿De qué puede servirles entreverar de frases paternalistas una represión canallesca? Pero quien aplica métodos tan degradantes con respecto a la juventud se degrada él mismo. Y eso se paga siempre, a corto, y también a largo plazo.

El repudio a todo ese sistema podrido de valores reaccionarios y fascistas encarnados en los 30 años de la dictadura, facilita que una parte creciente de la juventud universitaria adopte actitudes radicales, aspire a una España nueva de verdad y se incline hacia la ideología capaz de preparar y crear esa nueva España, el marxismo.

Cuando mira al exterior, ¿cómo no admirar y solidarizarse con la epopeya extraordinaria de pueblo vietnamita? ¿cómo no adoptar una actitud antiimperialista?

En el fondo, la prolongadísima supervivencia en España de una dictadura fascista, y no tanto por la fuerza que como tal tiene, sino por las debilidades y complicidades de otros sectores burgueses, ha provocado en el proceso político español unas condiciones particulares que se traducen, por ejemplo, en la gran fuerza del movimento obrero y en el surgimiento de una alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura.

Hemos dicho más arriba que el conflicto universitario es uno de los puntos de cristalización de la crisis nacional que sacude al país. Cabe agregar que en torno a la lucha universitaria maduran y cristalizan algunos de los factores importantes para una solución del problema español; y no sólo a corto plazo. De ahí su dimensión revolucionaria, en el sentido más auténtico de la palabra.

Hemos visto que el movimiento estudiantil, al asumir conjuntamente las reivindicaciones de libertad y de cultura, se enlaza con las Comisiones Obreras, se proyecta hacia las capas medias y sectores de la burguesía, refuerza su unidad con los profesores, los intelectuales, los médi-

cos, ingenieros, abogados y otros grupos profesionales... El ejemplo de la Universidad nos aporta una nueva y viva demostración de cómo, en la actual lucha contra la dictadura, se está configurando **la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura**, una amplia coalición de las fuerzas sociales y políticas que desempeñan un papel cada vez más determinante.

En su libro «Nuevos enfoques a los problemas de hoy», Santiago Carrillo ha analizado el significado histórico de esa alianza, que no es fruto de una construcción abstracta o intelectual, sino que **«responde a una tendencia natural, espontánea, originada por la comunidad de intereses y objetivos»**. En esa alianza se van situando las C.C.O.O., la oposición campesina, el Sindicato Democrático de Estudiantes, sectores de intelectuales y profesionales, núcleos de pequeños empresarios; y asimismo, las corrientes conciliares y progresistas del catolicismo. **«En el futuro** —escribe Santiago Carrillo— **la alianza podría plantearse el acceso al poder por vías democráticas, con el sostén activo de la lucha de masas, para realizar esa tarea histórica de ampliar la democracia política con la democracia económica»**. (1) Más tarde agrega, para pasar **«de esa democracia antimonopolista y antifeudal al establecimiento del sistema socialista.** (2).

Lo revolucionario hoy en España se puede medir en función del grado de comprensión, y de aportación real, a ese proceso fundamental de cristalización de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura.

Por lo que en páginas anteriores hemos visto, la aportación del movimiento estudiantil a ese proceso puede ser importante. Y lo será tanto más si, rechazando el «encanto» de consignas minoritarias, (revolucionarias quizás, verbalmente, pero no en la práctica), conserva y amplía su carácter unitario defendiendo las reivindicaciones de los estudiantes desde las más inmediatas hasta las de más envergadura; si se relaciona con extensos sectores sociales para interesarles y comprometerles en la lucha en torno a los objetivos hoy más acuciantes: **¡Fuera la policía de la Universidad!; anulación de los procesos, encarcelamientos y sanciones; derecho para el S.D.E. y otras estructuras autoorganizadas de funcionar libremente**..

---

(1) «Nuevos enfoques a problemas de hoy»
(2) Idem — pág. 175.

A algunos jóvenes, animados de sentimentos revolucionarios, les obsesiona la amenaza de una «asimilación» del movimiento estudiantil si el Gobierno empieza a hacer una política «más inteligente». En teoría, es lógico para todo revolucionario preocuparse de las posibles presiones y maniobras de la reacción. Pero hay que hacerlo esforzándose por partir no de abstracciones, sino de situaciones reales.

Tomemos el caso concreto que nos ofrece la maniobra realizada por el Decano de Derecho, en Barcelona, contra el Sindicato. Si momentáneamente, ha podido prosperar, es debido en gran parte, a que en el curso anterior, una inclinación al verbalismo extremista de ciertos responsables del Sindicato y cierto olvido de los problemas estudiantiles, disminuyó el prestigio del Sindicato y distanció de él a una parte de universitarios. Ello nos recuerda una regla elemental del leninismo: que el falso izquierdismo abona el terreno y da facilidades a las maniobras derechistas.

Si el régimen aplica en la Universidad una política nada inteligente, brutal y represiva, inadecuada para cualquier intento de «asimilación», no es una «casualidad» que puede cambiar de un instante a otro. Es resultado de su propia naturaleza (determinada por la estructura monopolista-latifundista de las clases dirigentes, por las condiciones históricas en que ha nacido y se ha desarrollado, etc.) y de su situación actual de crisis y debilidad extrema. En la coyuntura presente, cualquier concesión del régimen en la Universidad no sería capitalizada para «maniobras de asimilación». Sería una victoria del movimiento estudiantil y del movimiento democrático en general.

Por eso son por lo menos absurdos (cuando no consecuencia de turbios manejos) los intentos de ciertos grupitos por «superrevolucionarizar» o «superobrerizar» el movimiento estudiantil. La dinámica revolucionaria de éste dimana de su integración en la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura. Esa integración es un proceso natural —no artificial— que se opera en función del propio desarrollo, amplio y unitario, de las acciones estudiantiles en pro de la libertad, de la cultura, de la Reforma Democrática de la Universidad.

# Un año de lucha estudiantil

# (Febrero 1697 - Febrero 1968)

*REALIDAD ha decidido dar aquí la palabra a los estudiantes para que sean ellos mismos los que expliquen el carácter y los objetivos de su lucha: de un número muy elevado de Boletines y de otras publicaciones, editadas por los estudiantes en las diversas Universidades españolas, hemos hecho una selección de textos y documentos que dan una idea real del contenido de las grandes luchas universitarias que tienen lugar en España. La prensa ha lanzado toneladas de tinta y mala fe simplificadora para escamotar los términos en que se plantea el problema de la Universidad, guardándose mucho de dar a conocer, ni mencionar siquiera, los documentos en que los estudiantes han expuesto sus reivindicaciones y realizado profundos análisis. Los textos que siguen mostrarán con cuánto sentido de responsabilidad los estudiantes combaten por una Universidad digna en una España democrática. (1)*

## I.— LAS PRIMERAS R.C.P. Y LA HUELGA DE FEBRERO 1917.

A la I[a] Reunión Coordinatoria y Preparatoria, celebrada en Valencia del 30 de enero al 2 de febrero de 1967, asistieron repre-

---

(1) Por obvias razones editoriales, los documentos recogidos aquí, o extractados, sólo abarcan hasta los primeros días de febrero 1968. Por otra parte, la selección de textos, sobre todo cuando tiene que hacerse a partir de un volumen muy considerable, como ocurre en este caso, implica siempre parcialidades y un evidente margen de «injusticia». Por ello pedimos de antemano perdón a nuestros lectores.

sentantes de :Barcelona, Bilbao, Granada, Madrid, Navarra, Oviedo, Santiago, Málaga, Valladolid, Valencia y Zaragoza que aceptaban adoptar como principios orientadores de tal reunión los siguientes:

1) tender hacia la autoorganización,
2) rechazar las estructuras impuestas,
3) voluntad de coordinación a nivel nacional, con vistas al Congreso de estudiantes de España. (1)

El Gobierno desencadenó la represión. Numerosos representantes fueron detenidos. He aquí un resumen (tomado de varios Boletines) de lo sucedido en Valencia y su repercusión a escala nacional:

«Desde el primer momento, los estudiantes de todos los Distritos respondieron: en ningún momento se sintieron sólos los encarcelados. Mantas bocadillos, afluían sin cesar ante el desconcierto de la policía. Tanto durante su estancia en la Jefatura de policía como en el Palacio de «Justicia», estuvieron constantemente rodeados, incluso de madrugada, por grupos de estudiantes.

El Jueves, día 2, se celebró en Filosofía la Asamblea con que hubiera debido de clausurarse la Reunión. Unos TRES MIL universitarios, de pie, aplaudiendo estusiastas el saludo y el agradecimiento que enviaban los Delegados que habían conseguido escapar, y que llevaban las Ponencias y la decisión de huelga general a todas las Universidades de España.

En *Valencia* hubo huelga general en todos los centros (incluídos Peritos Agrícolas, Comercio, Bellas Artes y la Escuela Oficial de Turismo, además de las Facultades clásicas). Los días 2 a 6 de Febrero, la mayor parte de los Catedráticos apoyaron la huelga y el Claustro de Filosofía protestó contra la entrada de la policía y exigió la libertad de los detenidos.

En *Barcelona* se proclamó huelga general desde el mismo día 31, con manifestaciones los días 31, 2 y 7. El 2 se cerró la Universidad.

En *Bilbao*, la Asamblea de Distrito del 1° de Febrero, acordó huelga general para el día 7; a la huelga se sumó, por primera vez, Peritos Industriales.

En *Granada* se ha creado un órgano autónomo de Distrito, y los días 7 y 8 se proclamó huelga general. En *Malaga* hubo huelga y manifestación el día 3, y se están realizando Estatutos autónomos. En *Sevilla* hubo huelga en varias Facultades los días 6, 7 y 8.

En *Salamanca* hubo huelga general los días 6 y 7. El 7 se enclaustraron en la Pontificía, DOSCIENTOS estudiantes como protesta por las detenciones.

---

(1) REALIDAD ha publicado (nº 13) los principales documentos de la 1ª R.C.P. y por ello no los repetimos aquí.

En *Madrid*, hubo huelga en las Escuelas Técnicas, únicos centros que estaban abiertos tras el violento choque con la policía de días atrás.

El Consejo de Distrito de *Navarra* se solidarizó con la Reunión y exigió la libertad de los detenidos, aunque sin ir a la huelga.

En *Valladolid* hubo huelga general los días 6 y 7, y en *Zaragoza* los días 3 y 4. En *Santiago*, en visperas de carnaval, hubo huelga general el sábado 4. Incluso en *Murcia*, feudo del Rector Batlle, hubo huelga en Derecho, Ciencias y Filosofía el 7 de Febrero, y los estudiantes, pese a la coacción del Rector, realizaron asambleas y quemaron periódicos en protesta de la falsedad de la prensa.»

Después de esa impresionante huelga universitaria, que abarcó a toda España, el movimiento de autoorganización de los estudiantes, decidido en Valencia, cobró vigor y amplitud, como lo refleja el *Boletín Informativo de la Escuela de Ingenieros Industriales* (*abril* 1967) *de Madrid:*

«La totalidad de las Universidades españolas han comprendido la necesidad de este primer paso: el de la creación y estructuración por parte de los estudiantes, de su propio sindicato.

La autoorganización nace pues como la única y necesaria medida para eliminar las contradicciones actuales y para empezar a trabajar en la REFORMA DEMOCRATICA DE LA UNIVERSIDAD, considerando inútiles todos los intentos por reformar las organizaciones impuestas. La autoorganización es el medio en que se afirma la voluntad de los estudiantes por renovar las estructuras actuales.

El Sindicato autoorganizado es el ejercicio por los universitarios de su derecho a autoorganizarse.

El Sindicato es, por una parte, el medio de integración de los estudiantes, y por otra, el único modo de conseguir tener una fuerza real que nos permita plantear la necesidad de una renovación a fondo del concepto existente de la Universidad.»

Ideas semejantes se exponen en números Boletines, que son publicados y repartidos en casi todas las Universidades.

La extensión del movimiento de autoorganización hizo posible y exigió la convocación de una II R.C.P. en Pamplona, los días 31 de marzo, 1 y 2 de abril, que aprobó una Declaración de la que son los extractos siguientes:

*«La primera R.C.P. fue, al término de sus sesiones, detenida por la policía. A muchos de sus miembros se los abrió un sumario...*

*...Esta política represiva que ha caracterizado la actuación de los poderes públicos en la Universidad no ha podido impedir realmente que los estudiantes ejerciéramos nuestro derecho de libre reunión y asociación, organizásemos democráticamente nuestras aso-*

*ciaciones, de acuerdo con nuestros objetivos, que constituyésemos esta R.P.C. unitaria, que afirmáramos nuestro propósito de avanzar hacia la consecución de una estructura asociativa a nivel español y que definiéramos nuestra tarea social fundamental: la transformación democrática de la Universidad. Esta política represiva no ha podido impedir que nos volvamos a reunir los representantes de los estudiantes de toda España en esta 2ª R.C.P. para continuar avanzando en nuestro camino. Sin embargo, también es cierto que nuestra política democrática tampoco ha podido impedir todos los golpes de la represión. También ésta, a pesar de la indignación suscitada en los medios docentes y en la opinión pública sigue su camino reuniendo a todos los instrumentos a su alcance.»*

La R.C.P. de Pamplona presentó una serie de peticiones tales como:

Una amnistía general universitaria

El reconocimiento de las asociaciones democráticas creadas y organizadas por los propios estudiantes y de la propia R.C.P.

Un régimen de garantías cívicas que posibilite la realización efectiva del C.D.E.E.

## II.— CONSTITUCION DEL S.D.E.U.M.

La Asamblea Constituyente del S.D.E.U.M. tuvo lugar el 26 de abril, a las 11'30 en el aula 5ª de la Facultad de CC.PP.EE.. Asistieron como miembros de pleno derecho: Cine, CC.PP.EE., Filosofía y Letras y Arquitectura con sus Cámaras en pleno; Ciencias, condicionada a la aprobación de los Principios por los Cursos. Como observadores: Medicina, Graduados Sociales, Minas, Industriales Aeronáuticos, Bellas Artes. Enviaron su adhesión: Consejo de Distrito de Madrid, Estudiantes de Santiago, Industriales, Agrónomos y Aeronaúticos. Asiste una representación de la Junta de Delegados de Barcelona. En ella, se aprobó la siguiente *Declaración de principios:*

1.— *El S.D.E.U.M. surge para la defensa, gestión y promoción colectivas de los intereses y derechos de los estudiantes por los propios estudiantes en el plano académico, profesional, sindical y social.*

2.- *El S.D.E.U.M. afirma el derecho a la* Libertad de Asociación *de cuyo ejercicio él mismo es resultado.*

3.- *A este fin el S.D.E.U.M. afirma su independencia de todo tipo de Autoridad política o académica, es decir su necesaria* autonomía. *Por tanto el S.D.E.U.M., sólo será responsable ante los propios estudiantes.*

*4.- Los Estatutos del S.D.E.U.M. y Centros que lo integran están hechos por y para los estudiantes en función del principio de auto-organización sindical.*

*5.- El S.D.E.U.M. sólo podrá funcionar sobre la base de la* representación auténtica. *Entendemos ésta no sólo como la elección de los representantes sino además como la* participación activa *de todos los estudiantes en el buen funcionamiento del Sindicato.*

*6.- El Sindicato afirma el derecho a la* libertad de expresión *de sus componentes tanto de forma individual como colectiva.*

*7.- El S.D.E.U.M. considera el* derecho de reunión *como necesario e inherente a toda asociación para realizar sus fines y por tanto la libre celebración de Asambleas, Cámaras, Actos Culturales, etc., etc...*

*8.- El Sindicato considera que el desempeño de sus funciones está condicionado a la efectiva consecución de los hechos que ha afirmado. En consecuencia el S.D.E.U.M. reconoce el* derecho de huelga y manifestación *como instrumento de reivindicación.*

*9.- El S.D.E.U.M. considera necesaria la participación estudiantil en la resolución de los problemas que afectan a los diversos estamentos universitarios a través de órganos de* cogestión universitaria.

*10.- El S.D.E.U.M., ya integrado en las R.C.P., estima necesario contribuir en un proceso auto-organizativo a la consecución del Congreso Democrático de Estudiantes.*

*11.- El S.D.E.U.M. explicita que su objetivo fundamental es el logro de la Reforma Democrática de la Universidad. Entendemos esta como la exigencia de la Universidad Democrática, abierta a todas las clases sociales que mantenga el carácter democrático y representativo del Sindicato de Estudiantes, que asegure el ejercicio de las libertades de enseñanza, investigación, expresión y asociación. Una universidad capaz de dominar los problemas técnicos y sociales de la época y por tanto al servicio de la sociedad y no de intereses minoritarios, sino de los núcleos productivos que constituyen mayoría de la misma.»*

*A LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE DEL SINDICATO DEMOCRATICO DE ESTUDIANTES:*

Los trabajadores saludamos con entusiasmo la celebración de esa Asamblea y la creación de vuestro sindicato independiente. Estamos seguros que se trata de un paso positivo y eficaz en vuestra lucha por una Universidad Democrática y a la altura científica y técnica que los tiempos exigen.

Por desgracia, como bien sabeis, la Universidad está hoy cerrada para nuestros hijos. Sin embargo los trabajadores valoramos vuestro esfuerzo pues sabemos que intentais construir una Universidad que esté abierta a todas las clases, a todos los que tengan capacidad para ello. Somos también conscientes de que en el logro de un sindicato representativo, salvando las diferencias lógicas, nuestra lucha es común. En este sentido cualquier conquista de uno repercute beneficiosamente en el otro. Por ello nos solidarizamos con vosotros y os aseguramos que la clase trabajadora estará siempre con los estudiantes que pelean por sus justos derechos.

*Madrid, 26 de abril de 1967,*

*Las Comisiones Obreras de Madrid.»*

Números os intelectuales enviaron la siguiente carta:

*«Deseamos expresaros queridos amigos y compañeros, nuestra solidaridad con los fines de esa Asamblea constituyente.*

*Consideramos, los abajo firmantes, escritores, artistas y profesionales que la constitución del Sindicato Democrático de la Universidad de Madrid, es y será una de las más serias aportaciones en favor de la necesaria reforma de la Universidad, es y será una afirmación consecuente de las luchas del pueblo español por las libertades democráticas, fundamento de todo auténtico progreso social, político, económico y cultural de nuestra sociedad.*

*Vuestros fines, en la unidad son nuestros fines. Con nuestros mejores saludos,*

*Madrid, 26 de abril de 1967.»*

Entre los firmantes, se hallaban:

*José María Moreno Galván* (crítico) — *Antonio Saura* (pintor) — *Millares* (pintor) — *Alfonso Sastre* (escritor) — *Dionisio Ridruejo* (escritor) — *A. Gil Robles* (licenciado en Derecho) — *Consuelo Bergés* (escritora) — *Antonio Martínez Menchén* (escritor) — *José Antonio Parra* (escritor) — *Andrés Sorel* (escritor) — *Gabriel Celaya* (poeta) — *Ricardo Zamorano* (pintor) — *A. Lopez Salinas* (escritor) — *Juan Genovés* (pintor) — *Angel González* (poeta) — *Manuel Caneja* (pintor) — *Francisco Rabal* (actor) — *Juan Antonio Bardem* (director de cine) — *Antón Eceiza* (director de cine) — *Francisco Regueiro* (director de cine) — *Carlos Saura* (director de cine) etc.

En los días 10, 11 y 12 de Mayo, se reunió en Madrid la III$^{a}$ R.C.P., cuyo comunicado final decía:

*«Reunidos en Madrid durante los días 11, 12 y 13 de Mayo los representantes de los estudiantes de las Universidades de Barcelona, Madrid, Zaragoza, Sevilla, Valencia; Málaga, Oviedo, Na-*

*varra, Pontificia de Salamanca y La Laguna como miembro observador a los que se suman representantes de los Departamentos de Información, Estudios Universitarios y Asuntos Sociales y de las Asociaciones de las ramas de Arquitectura y Filosofía y Letras, hemos estudiado detenidamente el desarrollo del movimiento estudiantil durante el presente curso, sus avances y deficiencias, así como la actitud que parece tomar el Ministerio frente a la Universidad.*

*Basados en este estudio hemos tratado de* profundizar en la positiva alternativa democrática que, según hemos podido comprobar, está pasando a ser una aspiración generalizada de los universitarios y otros grupos sociales.

*Junto a la aprobación de algunos nuevos órganos de gestión coordinada que contribuyen a concretar esta progresiva democratización, hemos visto la necesidad de enriquecer el camino marcado ya en las anteriores R.C.P. señalando el esbozo d la línea a seguir el próximo curso.*

*Para que el movimiento universitario continue en un proceso que se supera continuamente, emplazamos a todos los órganos sindicales y a todos los estudiantes para que, en la medida que les sea posible, aporten su colaboración en la elaboración más detallada de nuestra postura ante las perspectivas que frente a nosotros aparecen.*

*Madrid,* 13 *de Mayo de* 1967.»

La IIIª R.C.P. aprobó varios documentos y en particular un profundo análisis sobre los problemas de la Universidad, que REALIDAD ha publicado ya en su nº 14 (p. 50).

III.— INICIO DEL CURSO 1967-68: Elecciones universitarias.

Al comenzar los cursos, se ponen al rojo vivo muy rápidamente una serie de cuestiones: de un lado, la lucha contra la represión de que han sido víctimas numerosos estudiantes en varias Universidades; de otro, problemas profesionales agudos como el derivado del Decreto del Gobierno que prohibe a los estudiantes presentarse en más de 4 convocatorias. Este Decreto es objeto de críticas enérgicas y razonadas en Boletines editados en casi todas las Universidades.

Para preparar las elecciones universitarias se reune la IVª R.C.P. con asistencia de representantes de Barcelona, Bilbao, Granada, Madrid, Málaga, Oviedo, Santiago, Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza. En sus resoluciones se decía, entre otras cosas:

«El sindicato democrático ha de ser el instrumento que los estudiantes estamos creando por nuestra propia iniciativa para la defensa de nuestros intereses.

La lucha de los estudiantes hacia la consecución de la R.D.U. (Reforma Democrática de la Universidad) exige en todo momento un funcionamiento sindical democrático. Entendemos como tal la participación de toda la base estudiantil a través de las asambleas de curso y centro en la elaboración de la línea sindical a aplicar: La representatividad a todos los niveles siendo todos los representantes responsables ante sus electores y revocables por ellos en todo momento, siendo todos los órganos representativos corporaciones de trabajo que tienen la doble función de tomar decisiones y ejecutarlas.

En estos momentos en la marcha hacia la consolidación de nuestras estructuras sindicales el paso más importante es la celebración de las elecciones. Ahora bien, estas elecciones no hay que entenderlas únicamente como un mecanismo de provisión de cargos sindicales, sino que debe ser un acto a través del cual se reafirmen nuestros objetivos, se planteen nuestras necesidades organizativas, es decir unas elecciones que queden encuadradas en la actual situación de la Universidad.

Para garantizar unas elecciones de este tipo deben cumplirse varios requisitos, entre los cuales hemos de citar: convocatoria y control por parte de los estudiantes, que vengan precedidas de una campaña en la que se discuta la problemática que atraviesa nuestra Universidad explicitada en programas electorales, en asambleas de centro y curso.

En los centros donde sea realmente imposible la celebración de elecciones planteadas por los propios estudiantes, hay que *utilizar* la convocatoria de elecciones oficiales. Ahora bien, entendemos por *utilizar* el sistema electoral A.E., aprovechar las posibilidades que este sistema pueda ofrecer, pero planteando estas elecciones como el único contenido que le es propicio al movimiento universitario: la marcha hacia la constitución del sindicato democrático que sirva para luchar por la constitución de nuestro objetivo fundamental: la R.D.U.

Es por todo ello por lo que la REUNION COORDINADORA Y PREPARATORIA, órgano máximo de representación de los estudiantes de España, CONVOCA LAS ELECCIONES SINDICALES DEL CURSO 67-68 PARA LA Iª QUINCENA DEL PROXIMO MES DE NOVIEMBRE.

Es necesario hacer hincapié en el significado especial que cobran estas elecciones. *Por primera vez un órgano representativo de los estudiantes de España convoca unas elecciones sindicales.*

Es mediante esta convocatoria como los estudiantes de España toman la iniciativa frente a las posturas que se nos intentan imponer por parte de sectores ajenos a los intereses universitarios.

Estas elecciones deben ser planteadas con un programa democrático con arreglo a los documentos de esta IVª R.C.P. Proponemos como puntos mínimos de este programa:

— Planteamiento de la actual situación estructural de la Universidad y la alternativa democrática que los estudiantes le ofrecemos.

— Constitución y consolidación del Sindicato Democrático como instrumento de lucha para la R.D.U.

—Campañas de formación sindical de la base universitaria con especial preferencia a los primeros cursos.

—Planteamiento a nivel de distrito, centro y curso de la problemática completa englobándola en la R.D.U.

— Lucha contra la represión del régimen al movimiento universitario que estos momentos se concreta en: Decreto ministerial de mayo del 67 sobre 4 convocatorias; negación de prórrogas militares a gran número de estudiantes, así como de pasaporte; juicio ante el T.O.P. de numerosos estudiantes de Valencia, Barcelona, Oviedo, Madrid y Sevilla...; juicios militares contra estudiantes de Valencia, Barcelona y Madrid; expedientes a los estudiantes de la escuela de cinematografía de Madrid por su postura en las jornadas cinematográficas de Sitges (oct. 67); detención de representantes de Bilbao y Madrid asistentes a esta IVª R.C.P. *Esta campaña de lucha contra la represión* debe responder en todo momento a un análisis profundo de la causas estructurales que impulsan a los poderes públicos a aplicar estas medidas. Acordamos como fecha de celebración la semana del 23 al 28 de oct.»

La Junta de Delegados del S.D.E.U.M. presentó para las elecciones los siguientes «*puntos mínimos de un Programa Democrático*»:

1° Crítica de los Decretos de represión colectivos y lucha contra ellos:

— Boicot, *desde que comiencen las clases* a las medidas de impedir la entrada a los libres y de pasar lista.

— *Impedir que el decreto de las cuatro convocatorias sea llevado a la práctica.*

Para ello, acciones de masas, búsqueda de colaboración de catedráticos y profesores.

Significando que no haya entrado en vigor para Junio y Septiembre de este año un primer retroceso por miedo a la fuerza de las protestas de los estuudiantes.

—*Día Nacional de acciones contra este Decreto en la 2ª quincena de Octubre.*

—Lucha contra los Decretos de represión militares, búsqueda de apoyo en otros sectores del país: abogados, intelectuales, etc.).

Estudio de acciones destinadas a presionar para que el Ejército no sea usado directamente por el Gobierno en la represión de movimientos sindicales. Posibles acciones legales contra la no concesión de prórrogas militares en base a informes privados de la Policía Política. Existencia en el Ejército de corrientes opuestas a que éste sea usado por el Gobierno en la forma que intentan estos Decretos (se exteriorizan en repetidas inhibiciones de Tribunales Militares).

2º) Programas estructurales de la Universidad. Reforma Democrática de la Universidad.

3º) Estudio y elaboración en cada Centro y cada curso de reivindicaciones inmediatas sobre los programas concretos más agobiantes, encuadrándolos en la lucha por la Reforma Democrática de la Universidad. Planos de reforma de la Cámara. Búsqueda de colaboraciones con los catedráticos en estos estudios.

4º) El Sindicato. Funcionamiento democrático: Participación real de los estudiantes en la marcha del sindicato. Importancia de asambleas de curso y de centro. Representantes responsables ante sus electores y revocables por ellos en todo momento. El Sindicato, forma de organización de los estudiantes para la lucha por la transformación de la Universidad y la Sociedad. Relaciones con los Catedráticos y Profesores y con otros sectores de la sociedad.

*La junta de delegados llama a los estudiantes de todos los centros de Madrid a realizar elecciones sindicales auténticas antes que finalice octubre, a elaborar sus programas, a realizar asambleas de curso y de centro en que se discutan esos programas, a incorporarse al Sindicato.*

*Junta de delegados del Sindicato Democrático de Estudiantes (S.D.E.U.M.).*

Las elecciones universitarias fueron un *triunfo aplastante* del movimiento democrático estudiantil. Además de Barcelona, Madrid, Valencia, etc. donde el Sindicato Democrático fortaleció sus estructuras con un porcentaje de votación muy superior al de elecciones anteriores, han surgido en casi todas las Universidades nuevas estructuras autoorganizadas, como Filosofía de Oviedo; Medicina de Zaragoza; Económicas de Málaga; Filosofía de Salamanca; Derecho y Arquitectura de Sevilla; Filosofía y Ciencias de Valladolid; Medicina, Ciencias y Económicas de Santiago, etc. En los lugares donde los estudiantes utilizaron la convocatoria oficial, lo hicieron para avanzar luego por la vía de la autoorganización, como lo explican los siguientes párrafos de un Boletín de La Laguna:

*«Estas elecciones, conseguidas gracias a las gestiones de la Comisión Sindical Democrática, deben ser consideradas tan sólo como un medio, a través del cual todos los estudiantes de la Universidad de La Laguna nos integraremos en la tarea común de construir el órgano representativo que necesitamos.*

*Las Asociaciones de Estudiantes* no constituyen ese órgano... *NO PRETENDEMOS INSTITUCIONALIZAR LAS A.E., PUESTO QUE TAL COSA SERIA UN RETROCESO IMPOSIBLE EN LAS ACTUALES CIRCUNSTANCIAS; SOLO QUEREMOS UTILIZAR SU ESQUELETO ESTRUCTURAL PARA, A PARTIR DE EL, CREAR EL ORGANISMO QUE REALMENTE NECESITAMOS Y QUE PONGA ACORDE NUESTRO DISTRITO CON EL RESTO DE LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS.*

*Por tanto, los representantes elegidos no deben serlo sólo a nivel de Curso y para asuntos meramente internos de éste, puesto que los problemas estudiantiles no se presentan sólo a tal nivel.*

*La Universidad de La Laguna se encuentra actualmente abierta a un futuro rico en proyectos y posibilidades. La voz de los estudiantes debe oírse en esta nueva situación. Sólo lograremos esto si,* todos unidos, *creamos el órgano representativo que necesitamos y, a través de él, exponemos nuestras soluciones y puntos de vista en los problemas actuales y futuros de nuestra Universidad.*

*El órgano sindical que, a raíz de estas elecciones crearemos, debe estar libre de esa y otras muchas trabas que el Reglamento de las A.E. impone a las actividades estudiantiles.* Nuestro futuro organismo debe ser democrático, representativo y autónomo *en el sentido de que:*

*—Sólo los estudiantes seremos los llamados a constituirlo,*

*—Sólo los estudiantes podremos dirigirlo y reformarlo,*

*—Sólo los estudiantes decidiremos cuáles serán sus funciones y cometidos.*

*Estos objetivos sólo podremos lograrlos con una condición fundamental:* LA UNIDAD. *Seamos conscientes de que sólo podremos resolver eficazmente nuestros problemas,* si todos nos unimos para ello.»

## IV.— SOLIDARIDAD CON EL VIETNAM

La solidaridad estudiantil con el heroico pueblo del Vietnam, y asimismo la lucha contra las bases yanquis, han cobrado extraordinario vigor y amplitud. En el llamamiento al acto que tuvo lugar en el Paraninfo de Filosofía de Madrid el 23 de octubre se decía:

*«Hemos visto este año, frente a la criminal escalada U.S.A. en Vietnam, las enormes victorias del pueblo vietnamita, el del Sur dirigido por el heroico Frente Nacional de Liberación, y el del Norte por su Presidente Ho-Chi-Minh. Los imperialistas yanquis se han metido en la más catastrófica aventura de su historia. Para los pueblos que se enfrentan al imperialismo la lucha del pueblo vietnamita es un ejemplo a seguir.*

*En Vietnam se libra, en su forma más aguda, la batalla que toda la humanidad progresista y amante de la paz mantiene contra el enemigo número uno de la democracia, justicia y paz mundiales: el imperialismo yanqui.*

*Los intereses del pueblo español, cuya independencia económica, militar y política ha sido entregada a los yanquis por la dictadura franquista, son los intereses del pueblo vietnamita. Su victoria por tanto, es la victoria nuestra.*

*Con más firmeza que nunca, los estudiantes antiimperialistas continuamos nuestra lucha en pro del pueblo vietnamita, uniéndonos al Día Internacional de protesta contra la política U.S.A. en Vietnam.»*

En otro panfleto estudiantil sobre las bases, se dice:

*«Desde que en 1949 se firmaron los primeros acuerdos entre «nuestro» Gobierno y el norteamericano, la dominación yanqui en nuestro país es cada vez más evidente. Los primeros acuerdos oficiales se firmaron en 1953, se renovaron en 1963 por un plazo de cinco años, plazo que expira el próximo Septiembre. Por ellos se permite al imperialismo norteamericano que entre a saco en nuestra industria, invirtiendo capitales cada vez mayores que acaban por adueñarse de nuestro economía.*

*A cambio de la «ayuda» económica el Gobierno español ha vendido nuestro suelo patrio al imperialismo yanqui: las bases e instalaciones militares yanquis se esparcen por toda la geografía nacional: Torrejón, San Javier, Morón, Rota, única rampa lanzacohetes de Europa, etc. En Torrejón reposta los aviones que son enviados luego para asesinar al heroico pueblo de Vietnam. Sus efectivos en nuestro país ascienden a 30.000 hombres que constituye un verdadero ejército de ocupación.*

*Teniendo en cuenta lo que significa la presencia yanqui en nuestro país, tanto en el frente cultural como en el político y en el económico, este Comité llama a todos los estudiantes patrióticos a unirse a las próximas acciones que se llevaran a cabo, para impedir la renovación de los acuerdos yanqui-franquistas, como un primer paso para la expulsión de los imperialistas yanquis de nuestro suelo. Este llamamiento no está dirigido a estudiantes de una determinada ideología sino a todos los estudiantes PATRIOTAS, a todos los que no soporten que nuestro patria esté vendida al Gobierno más criminal de la Tierra: los EE.UU., a todos los que quieren una España democrática, soberana e independiente, sin injerencias, de ningún tipo, extranjeras.»*

## V.— LAS JORNADAS DEL 26 Y 27 DE OCTUBRE

Antes los progresos considerables que el Sindicato Democrático obtiene, particularmente en Madrid, el Gobierno acentua la represión; numerosos universitarios son detenidos. Los estudian-

tes realizan una gran jornada contra la represión el 26 de octubre y toman parte activamente, el 27, en las manifestaciones de los trabajadores. Con este motivo, el S.D.E.U.M. declara:

LOS ESTUDIANTES Y LOS TRABAJADORES

A lo largo de los últimos años, los estudiantes hemos levantado constantemente nuestra voz reivindicando una Universidad capaz de cumplir la misión de acumulación y transmisión del saber y de investigación de nuevos conocimientos, capaz de servir las necesidades populares del país y no a unos intereses minoritarios; reinvindicando en suma una transformación radical de la Universidad que llamamos REFORMA DEMOCRATICA DE LA UNIVERSIDAD. Simultáneamente, hemos ido tomando conciencia de que esta transformación de la Universidad va unida a una transformación de la sociedad.

En esta transformación de la sociedad nos encontramos que los trabajadores (organizados en sus Comisiones Obreras) así como otros sectores del país, persiguen importantes objetivos comunes con los nuestros: autoorganizar su Sindicato en asociación de defensa de sus intereses, disponer de las libertades básicas, conseguir que las decisiones de los poderes públicos se hagan en función de los intereses de la mayoría de la población y no en función de los intereses de una minoría de privilegiados. Por ello, la declaración de principios del Sindicato Democrático de Estudiantes expresa su solidaridad con estos sectores del país en sus intentos de formación de cauces democráticos de expresión y gestión.

En estos momentos en que se intensifica la represión sobre los trabajadores, los estudiantes reafirmaremos nuestro apoyo a su justa lucha, que es suya, y que es nuestra, por la transformación de la sociedad.

*La Junta de delegados del sindicato democrático de estudiantes.*»

En una carta enviada desde la cárcel de Carabanchel, el Subdelegado de Ciencias analiza el significado de las jornadas del 26 y 27 de octubre:

«Ejemplos magníficos de la lucha de masas tenemos en fechas recientes. En la Universidad, primero el 26 de Octubre la marcha de protesta contra los decretos disuelta brutalmente por la policía pese a su forma pacífica y silenciosa; después, el gran triunfo democrático de las elecciones sindicales. En el sector obrero el decisivo 27 de octubre, coordinado en todo el territorio español, con un extraordinario aumento de número y combatividad de participantes, con acciones conscientes de solidaridad por parte de comerciantes, estudiantes, amas de casa, asociaciones católicas, intelectuales y profesionales, sacerdotes. En este día se vió ya

galvanizada en la acción esta poderosa coalición social que está en marcha por las libertades básicas y la democracia economica.

Aquí, en la cárcel se refleja esta solidaridad entre los sectores sociales oprimidos, en la convivencia de trabajadores de Comisiones Obreras, estudiantes del Sindicato Democrático y otros luchadores antifascistas; ello me ha dado ocasión de conocer de cerca la magnitud del movimiento obrero, la talla, claridad de objetivos y abnegación de sus dirigentes, la coincidencia en nuestros objetivos esenciales de hoy y mañana.

Los hombres de Comisiones Obreras y todos los presos políticos de los que os envio un caluroso saludo, seguimos con entusiasmo esta justa lucha solidaridad de los explotados, estamos seguros del triunfo final, y también sabemos que nuestra libertad y la amnistía para todos los represaliados en España, depende en definitiva, de la lucha de masas que realicéis vosotros, compañeros nuestros del otro lado de las rejas.

Madrid, Prisión Provincial de Carabanchel, Noviembre de 1967.

Francisco Bernis,
*Subdelegado de la Facultad de Ciencias del S.S.U.M.*»

VI.— LA V.ª R.C.P.

Ante el triunfo obtenido por el S.D.E.U.M. en las elecciones, el Gobierno (que había intentado cobrir su política con frases paternalistas del Rector I. Martín) recurre a medidas policiacas cada vez más brutales. El local de los alumnos de Ciencias es asaltado y destruído; la Policía Armada se instala en la Ciudad Universitaria. Se aplican sanciones colectivas en Económicas; esta Facultad es cerrada y seguidamente otras. A la escalada represiva responden los estudiantes con potentes huelgas y manifestaciones, preparadas y acordadas en amplias Asambleas que reunen, en varias ocasiones, a miles de universitarios. En las Universidades de provincias se levanta una ola de solidaridad con Madrid...

En una carta al Rector de la Cámara de Medicina (aprobada luego por la Junta de Delegados de toda la Universidad) se dice:

«De nuevo la represión y las medidas desprovistas de todo sentido universitario han vuelto a aparecer, una vez más, en nuestra Universidad.

Creemos que el cierre de Facultades, con el paro de toda actividad docente, sólo debe darse por motivos de extrema gravedad, o bien, como medida adoptada por los propios alumnos ante la imposibilidad de hacer viables sus peticiones de otra forma.

Porque tenemos conciencia de nuestro deber como universitarios, y estimamos que nuestra responsabilidad de estudiantes ante la sociedad nos compromete a prepararnos lo más perfectamente posible, no podemos aceptar este tipo de medidas que impiden nuestro íntegro desarrollo.

A pesar de las aparentes pantallas de democratización, cuando el Sindicato Estudiantil comenzaba a estructurar unos eficientes Estatutos por y para los mismos universitarios, se intenta, al ver que son ya una realidad, impedir su rápido desarrollo.

Ha sido de nuevo puesto en evidencia que nuestras Autoridades Académicas son manejadas por fuerzas extrauniversitarias, que no sólo desconocen el problema, sino que intentan dar soluciones con métodos de violencia y represión.

Todo ello demuestra que los Sres. Rector, Decanos, etc., no sólo no sirven a los intereses correspondientes al cargo que ostentan, sino que han sido impuestos para velar por el sistema establecido, cayendo así en una evidente parcialidad política, a pesar de que acusan a los mismos universitarios de ello. Precisamente, para evitar que esto suceda, los estudiantes pedimos el carácter electivo de estos cargos.

Las fuerzas del orden, autonombrándose jueces y defensores de la Universidad, se inmiscuyen en asuntos que no son de su incumbencia,

PEDIMOS:

1° Que el Sr. Rector explique ante todos los alumnos de esta Facultad cuál ha sido el papel que ha jugado en los últimos acontecimientos.

2° Inmediato cese del responsable o responsables de la injusta y arbitraria medida del cierre de Facultades en las que, como arriba exponemos, la actividad académica era normal.

3° Que se levanten todas las sanciones y se respete, por prestigio de nuestro Sindicato, a todos nuestros representantes, garantizándoles completa inmunidad en sus funciones sindicales.

4° Que se condene la actitud violenta de la fuerza pública y se *prohiba* su entrada en el campo universitario. Con ello se evitará la provocación que supone su presencia en nuestras Facultades.

5° Que sean los órganos representativos de los alumnos quienes tengan parte activa en la solución de los conflictos estudiantiles, así como en la reforma y gobierno de la Universidad, permitiendo dar su opinión a los diversos sucesos que tengan lugar en la misma.»

La Va R.C.P. se reunió en Madrid en un momento álgido de la lucha estudiantil, en los primeros días de diciembre. Aprobó importantes documentos, algunos de los cuales copiamos a continuación:

DECLARACION

«CONVOCADA LA Va REUNION COORDINADORA Y PREPARATORIA, organismo máximo de representación de los estudiantes de España, los asistentes, representantes de las Universidades de Barcelona, Granada, Madrid, Sevilla, Valencia y Zaragoza, y con

la ausencia forzada (represión gubernamental) de los representantes de Oviedo, Salamanca, Santiago, Málaga, y Valladolid.

DECIDEN:

1°) Manifestar su desprecio por las medidas represivas del actual Gobierno que ha intentado y sigue intentando impedir, sin conseguirlo la celebración de esta Va REUNION COORDINADORA Y PREPARATORIA DEL CONGRESO DEMOCRATICO DE ESTUDIANTES DE ESPAÑA.

2°) Empezar sus trabajos, a pesar de las provocaciones y violencias desencadenadas sobre la Universidad de Madrid por las Autoridades, ya que lo contrario hubiera significado:

*a*) Reconocer un triste éxito de la creciente política antidemocrática del Gobierno.

*b*) Ignorar las necesidades que tiene el movimiento democrático estudiantil de materializar su unidad, tras la adquisición de un más alto nivel autoorganizativo en las últimas elecciones.

*c*) Retrasar la elaboración de un programa democrático a nivel español, que concrete los objetivos del movimiento estudiantil en la actual etapa hasta la celebración del Congreso Democrático de Estudiantes de España.

3°) y por tanto, declarar constituida, con carácter extraordinario la Va Reunión Coordinadora y Preparatoria del Congreso Democrático de Estudiantes de España.

4° Transmitir a todos los estudiantes españoles las conclusiones aquí elaboradas, para su estudio, discusión y posterior ratificación.»

## LA AUTOORGANIZACION: SU PROCESO EN EL PRESENTE AÑO — EL CONGRESO DEMOCRATICO DE LOS ESTUDIANTES DE ESPAÑA.

«La Va Reunión Coordinadora y Preparatoria presenta para sus estudio y discusión en todas las Universidades de España, la siguiente ponencia:

1.—*La necesidad del Congreso Democrático de los Estudiantes de España en el presente curso.*

*a*) Consideramos que el curso 67-68 marca la definitiva desaparición de las A.P.E. en tanto que no existe ningún sector de estudiantes que se manifieste partidario de aquellas. Aunque en determinados Centros se hayan adoptado formas electorales A.E. debido ya sea a la presión de las Autoridades Académicas o a las medidas represivas del Gobierno, el hecho de que en la mayoría de aquellos hayan triunfado los candidatos partidarios de la constitución del Sindicato Democrático explica suficientemente la definitiva alineación del Movimiento universitario sobre unos presupuestos de autororganización.

*b*) La característica fundamental del curso 67-68 es pues la voluntad unitaria y decidida de todos los estudiantes de proseguir el proceso de autoorganización y de lucha por la Reforma Democrática de la Universidad hasta su plena culminación. La ruptura neta que el curso pasado se establecía entre Universidades y Centros A.E., y Universidades y Centros con Sindicato Democrático, no existe en el presente curso dado que todos ellos rechazan las estructuras impuestas y se encuentran por ello en un único proceso de autoorganización en vías de progresiva consolidación.

En tanto que este proceeso únio es una realidad, resulta fundamental subrayar que ante la política de agresividad extrema del Gobierno, frente a sus intentos por deshacer el Movimiento Universitario, de cortar toda coordinación entre Universidades, de detener a los representantes estudiantiles y de intentar tecnocratizar a la Universidad y de, en suma, reprimir brutalmente a todos los universitarios que se oponen a la política antidemocrática que el Gobierno preconiza, se impone acelerar el proceso de autoorganización llegando este curso a celebrar el Congreso Democrático que con la participación de todos los estudiantes a través de sus representantes marque la constitución del Sindicato Democrático a nivel de toda España.

2.— *Las condiciones para la celebración del Congreso Democrático de Estudiantes de España.*

*a*) Consideramos como condición básica para la celebración del Congreso Democrático la plena compensión y aceptación por parte de los Universitarios de España de la necesidad y el significado del mismo. Para que esta comprensión se produzca es preciso:

—La discusión a partir de ahora en todas las Universidades, Centros y Cursos del contenido del Congreso y de la forma en que debe realizarse.

—La participación de los departamentos, Ramas Profesionales, Comisiones mixtas, etc., en los trabajos preparatorios y en las ponencias del mismo.

*b*) Puesto que el Congreso Democrático de los Estudiantes de España implica el paso a una etapa superior de lucha democrática en la cual el Sindicato Democrático constituído a nivel de España lucha abiertamente por la Reforma Democrática de la Universidad, se hace también condición imprescindible para la realización de aquel el apoyo activo de todos los sectores de la sociedad (profesores numerarios, no numerarios, profesionales, licenciados, intelectuales, obreros, etc.). Es decir, todos los estamentos objetivamente interesados en la lucha por una Universidad democrática en una España democrática.

3.— *El significado del Congreso Democrático de los Estudiantes de España.*

*a*) El Congreso Democrático de los Estudiantes de España tiene como objetivo fundamental la constitución del Sindicato Democrático a nivel de toda España, y la concienciación de los Estudiantes en este logro. A fin de quel el Movimiento estudiantil autoorganizado ya a nivel de España, continúe, a un nivel más alto en su lucha por la consecución de la Reforma Democrática de la Universidad.

*b*) Pero la Reforma Democrática de la Universidad no puede ser considerada como un objetivo cuya consecución pueda ser lograda al margen de las transformaciones estructurales que hoy exigen otros sectores democráticos del país. El logro de la Reforma Democrática de la Universidad está condicionado al logro de todo un conjunto de reivindicaciones democráticas que transformen las estructuras políticas, sociales, y económicas del país. En este sentido, el Congreso Democrático de los Estudiantes de España marcará el momento en el que los planteamientos se vinculen plenamente a los planteamientos democráticos de todos los sectores en lucha por la democratización real de España.

*c*) Por último al establecer el curso 67-68 como el de la celebración del Congreso Democrático de los Estudiantes de España, permite la creación desde ahora por todos los estudiantes de España de las condiciones concretas para su realización con el apoyo activo de todos los sectores democráticos de nuestra sociedad.»

## JORNADAS DE SOLIDARIDAD ESTUDIANTIL

«A la vista de las medidas de provocación y posterior represión del Gobierno frente a la lucha democrática estudiantil que ha tenido lugar en la Universidad de Madrid en los últimos días de noviembre y primeros de diciembre; esta V$^{a}$ Reunión Coordinadora y Preparatoria, invocando el pacto de solidaridad aprobado en la I$^{a}$ Reunión Coordinadora y Preparatoria de Valencia, convoca a todos los estudiantes de España a la realización, a partir del lunes 11 de diciembre de unas jornadas de solidaridad consistentes en la celebración de Asambleas a todos los niveles, en que se exponga a los universitarios y se analice la realidad y las autenticas causas de los virulentos sucesos que han tenido lugar en la Universidad de Madrid, así como en base a las anteriores discusiones, en llevar a cabo unas acciones concretas para dar a conocer a la opinión ública la repulsa y denuncia del Movimiento Democrático Estudiantil a la actual política del Gobierno...»

Madrid, 7 Diciembre de 1967.

Las acciones de solidaridad con Madrid abarcaron a las Universidades de Barcelona, Valencia, Oviedo, Navarra, Zaragoza, Salamanca, Valladolid, Málaga, Sevilla, Santiago, etc.

En una carta de los estudiantes de Valencia al Rector de Madrid, se dice:

«Estudiantes de la Universidad de Valencia, reunidos en Asamblea de Distrito, presidida por la Junta de Delegados, hoy jueves 14 de diciembre, queremos monstrar ante Ud. nuestra indignación y repulsa por la creciente represión del Gobierno contra el movimiento universitario español.

Los centenares de universitarios detenidos, la invasión de la Universidad por la policía, las cargas a caballo contra los estudiantes, los coches-bomba, los perros y las detenciones en sus domicilios de los representantes sindicales dejan completamente desprestigiadas y sin ningún valor sus anteriores declaraciones sobre el diálogo como medio de resolver los problemas que hoy tiene planteados nuestra Universidad.

No concebimos cómo puede haber un diálogo, cuando diariamente se está falseando por todos los medios informativos del Gobierno, los fines e incluso la existencia misma del movimiento universitario. No aceptamos el diálogo como un chantaje: éste no consiste en ofrecer el cese de la línea represiva gubernamental a cambio de una mixtificación de los fines del Sindicato Democrático.

El diálogo consiste en primer lugar en afrontar la realidad, esto es, aceptar la existencia de un movimiento de masas en la Universidad, en pro de una verdadera auto-organización y de una Reforma Democrática. Esta es la realidad y esto es lo que hasta ahora las autoridades se han negado a reconocer, achacando los incidentes universitarios a la presencia de agitadores profesionales.

No puede decirse que las situaciones de violencia son promovidas por los universitarios, cuando existen continuas provocaciones por parte de las autoridades (cierre y destrucción de la Delegación de Ciencias, invasión del recinto universitario por la policía, violencias de ésta, etc.) que no dejan otra alternativa que la respuesta con los medios de que disponemos. No podemos admitir que se detenga arbitrariamente a nuestros representantes, que la policía invada el recinto universitario y que cometan en él todo tipo de atropellos; y los medios de que disponemos para denunciar ante la opinión pública estos hechos y mostrar nuestra más enérgica protesta, son la huelga y la manifestación. Nuestra más poderosa arma ante esta línea represiva es la solidaridad y la respuesta unánime contra esta política contraria a los más elementales derechos democráticos.»

De la solidaridad de otros sectores, destaquemos esta carta de numerosos intelectuales:

«Durante las últimas semanas, graves acontecimientos han ocurrido en la Univerdad madrileña. Cierta prensa, deformando las motivaciones de los mismos, en un lenguaje brutalmente agresivo, ha pedido diversas medidas y sanciones contra vosotros. Nosotros, intelectuales de varia profesión, procedemos en la mayor parte de la Universidad. Hemos vivido día a día sus problemas y sabemos cuales son en esencia las reivindicaciones que motivan vuestros actos y protestas. Vuestros puntos, aprobados en Asambleas mayoritarias y democráticas, no nos son pués extraños. En estos momentos, queremos llegue hasta vosotros nuestra solidaridad, nuestro deseo de que sean reconocidos los causes que posibiliten la justa discusión de vuestros problemas, que creen un clima de diálogo y que cesen por otra parte, las violencias que desde fuera de la Universidad se os imponen. Y en este sentido, apoyamos vuestro propósito de celebrar el Congreso Democrático de Estudiantes de España, en el que se establezcan las bases de la futura Universidad.

Nuestro mensaje, antiguos compañeros de aulas enfrentados hoy con la compleja problemática del país, quiere ser de aliento, de salutación, de comprensión y de apoyo. Y al enviároslo, confiamos por otra parte que obtengais la libertad de todos los estudiantes detenidos, y en general el cese de la represión que en los últimos tiempos se ha volcado sobre la Universidad.

Madrid, 15 de diciembre 1967.»

Entre los firmantes figuran escritores como Aurora de Albornoz, Alfaya, Pedro Altares, Caballero Bonald, Celaya, Alfonso Grosso, Lopez Pacheco, Lopez Salinas, Alfredo Mañas, Antonio Menchaca, Lauro Olmo, Alfonso Sastre, Moreno Galván, etc.; pintores como Caneja, Cortijo, Genovés, Millares, Saura, Zamorano, el escultor Pablo Serrano; cineastas como Bardem; ingenieros, economistas, médicos, abogados, etc., etc...

## VII.— LA JUNTA DE ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID SE DIRIGE AL PUEBLO ESPAÑOL.

Las vacaciones de fin de año llegan cuando varias Facultades están cerradas; cuando la prensa gubernamental desencadena una campaña de insultos y falsificaciones contra la actitud y las luchas de los estudiantes. En esa situación, la Junta de estudiantes de la Universidad de Madrid hizo pública la siguiente DECLARACION:

«Ante los hechos ocurridos durante el primer trimestre en la Universidad de Madrid, y a causa de la deformación que de estos

hechos y sus causas han proporcionado los medios informativos, la Junta de Estudiantes de la Universidad de Madrid quiere aclarar los siguientes puntos:

1° Que los problemas fundamentales de la Universidad son fiel reflejo de la situación económica, política1 y social de España.

*a*) Sólo el 4% de los estudiantes universitarios provienen de la clase obrera y campesina, que por otra parte forman el mayor porcentaje de la población española. El contenido de la enseñanza obedece en gran parte a los intereses de una minoría privilegiada, y no a los de la mayoría del país. En los años de posguerra el estudiante ha sido educado según las ideas políticas de Falange, excluyendo cualquier otra ideología; y sólo desde 1959, con la aparición del Plan de Estabilización y con el despertar del pueblo español ante los problemas políticos y sociales que le afectaban desde el año 1939, el Gobierno intenta crear una Universidad apolítica y tecnocrática que sirva a sus intereses.

*b*) La enseñanza universitaria, como todo el sistema de enseñanza actual, es insuficiente para proveer, en cantidad y calidad, los profesionales y técnicos necesarios al desarrollo de la sociedad española (sólo el 1,5% del presupuesto estatal se dedica a la enseñanza universitaria y la investigación es prácticamente nula). No obstante, el paro y el subempleo son problemas acuciantes del licenciado universitario.

*c*) Situación del profesorado: A este respeto cabe señalar

—Desposesión de cátedras a todos los profesores demócratas desde 1939.

—Sistema de acceso a cátedras por oposición; designación por parte del Rector (designado a su vez por el Gobierno) de los profesores no numerarios.

—Sistema de cátedras vitalicias que, por un lado, al estar mal retribuidas, dan lugar a una dedicación insuficiente por parte de los catedráticos, y, por otro lado, hacen imposible la separación de las mismas de aquellos catedráticos incompetentes. Estos dos problemas dan lugar a una falta de actualización de las materias objeto de enseñanza.

*d*) Incompetencia de los órganos de Gobierno de la Universidad, proveniente de:

— Falta de representatividad y responsabilidad de los mismos, dado que no son órganos elegidos, sino designados a dedo.

—Estos órganos solamente son consultativos o asesores y carecen de capacidad para tomar decisiones, lo cual les lleva en muchas ocasiones a aceptar medidas que les son impuestas, aun en contra de su mismo criterio.

—En muchos casos estas instituciones son meramente teóricas, dada la irregularidad e incluso inexistencia de sus reuniones, lo que es causa de que los problemas queden sin solucionar.

2º Para luchar contra esta situación anteriormente descrita nace el Movimiento Democrático Estudiantil. El desarrollo de este movimiento nace desde la crisis de 1956 hasta los últimos sucesos de Diciembre de 1967, en los que a través de asambleas de curso, Facultades o Escuela, de huelgas o manifestaciones ha participado aproximadamente el 90% de los estudiantes asistentes a la Universidad. Esta es la mejor prueba de que el movimiento estudiantil no es el de una minoría ,sino que corresponde a la necesidad sentida por los estudiantes de una transformación de la estructura de la Universidad y de la propia sociedad española.

3º Una vez más durante este mes de diciembre, los estudiantes nos hemos vistos obligados a luchar por la consecución de nuestros objetivos más inmediatos, amenazados por las autoridades y que en este caso se concretan en:

—Prohibición de hacer elecciones libres en la Facultad de Ciencias y destrucción de la Delegación de estudiantes de esta Facultad por órden del Decano de la misma.

—Intento de impedir la celebración de la V Reunión Coordinadora de estudiantes (órgano máximo que agrupa a los representantes de todas las Universidades de España) preparatoria del Congreso Democrático de Estudiantes, mediante la detención de representantes de diversas Universidades.

Detenciones preventivas a domicilio que han afectado y siguen afectando a decenas de estudiantes.

Brutal intervención de la Fuerza Pública con su entrada en las Facultades de Medecina, Filosofía, Derecho y Ciencias, así como la represión de las marchas pacíficas y manifestaciones, y la militarización de la Ciudad Universitaria por parte de la Fuerza Pública.

4º Frente a estos hechos, los estudiantes planteamos los siguientes puntos de reivindicación:

*a*) Libertad de asociación concretada en:

—Reconocimiento del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Madrid (S.D.E.U.M.) y de todas las asociaciones universitarias organizadas por los propios estudiantes.

—Inmunidad de los representantes sindicales en el ejercicio de sus funciones como tales. En la actualidad son sancionados académica (expedientes) y gubernativamente (detenciones) por su actuación sindical.

*b*) Libertad de reunión, concretada en el derecho a la celebración de las Reuniones Coordinadoras de Estudiantes de España.

*c*) Amnistía general para los profesores y estudiantes sancionados académica y gubernativamente por los llamados delitos de opinión.

*d*) Autonomía de la Universidad respecto de los poderes públicos concretada en:

—Electividad de cargos académicos por parte del cuerpo docente.

—Independencia de estos cargos respecto de la autoridad gubernativa.

—Prohibición de la entrada de la Fuerza Pública en el reciento universitario.

*e*) Dimisión del Decano de Ciencias, Sr. Torroja, como principal responsable del grave conflicto existente en su Facultad.

*f*) Delimitación de la responsabilidad de las autoridades académicas ante la actuación de la fuerza pública y autoridades gubernativas.

*g*) La convocatoria de Claustro de catedráticos en cada centro y de un Claustro General de la Universidad y del Instituto Politécnico, con asistencia de los representantes estudiantiles, para solucionar conjuntamente todos los problemas que atañen a la Universidad.

5° A pesar de las declaraciones públicas hechas por el Rector sobre su disposición y apertura al diálogo con los estudiantes, su actitud, así como la del Vicerrector y Decano de CCPPEE, y la del Decano de la Facultad de Ciencias, ha sido la de eludir la colaboración auténtica que pedimos los estudiantes:

—Al declarar ilegales las reuniones y asambleas de tipo sindical.

—Al sancionar con pérdidas de curso a los máximos representantes estudiantiles de la Facultad de CCPPEE y amenazar con expediantes a los representantes de otros centros.

—Obstaculizar la reunión del Claustro General de la Universidad solicitado por los estudiantes y por algunos Claustros de Centro.

6° Entendiendo que la consecución de nuestros objetivos generales (Reforma Democrática de la Universidad), nos beneficia no sólo a nosotros sino a todos aquellos que están luchando por la democracia en nuestro país, y pensando que este objetivo último no se podra realizar sin la democracia en nuestro país, y pensando que este objetivo último no se podra realizar sin la colaboración de todas las fuerzas progresistas del país, nosotros, estudiantes de la Universidad de Madrid, hacemos un llamamiento a la opinión pública en petición de apoyo MORAL Y ACTIVO a nuestra lucha.»

## VIII. FRENTE A LA ESCALADA REPRESIVA.

Al poco tiempo de iniciarse el segundo trimestre, y ante la reafirmación por parte de los estudiantes de las reivindicaciones anteriores, el Gobierno llevó sus medidas represivas a un nivel de mayor brutalidad: cierre de la Facultad de CC.PP.EE., anulación de todas las matrículas en esta Facultad, cierre de las otras Facultades... Impotente ante la unidad de los estudiantes que seguían desplegando su acción a pesar de la ocupación de la Cuidad Universitaria por la Policía Armada en permanencia, el Gobierno ha decidido implantar *dentro* de las Facultades grupos nutridos de policías denominados «P.U.» (Policía Universitaria).

Los estudiantes, a través de sus órganos democráticos, han tomado posición contra la presencia de la policía en la Universidad y, en especial, contra el cuerpo recién creado. En una hoja del Departamento de Información de la Escuela de Ingenieros Industriales se dice al respecto:

> «Según las noticias de la prensa, dicha policía es provisional hasta que se establezca un cuerpo especial para la Universidad. Por otra parte, pueden «pasearse» por toda la Facultad, incluídas las aulas. Su jurisdicción no aparece clara: ¿Tienen poder sobre los catedráticos y los profesores? Porque la prensa no dice que sea exclusivamente para los alumnos. En caso de inhibición o duda del Decano de la Facultad, esos miembros del Cuerpo General de Policía ¿rebasaran su autoridad? Consideramos que la presencia de estos elementos extrauniversitarios en los centros produce coacción, desconfianza y recelos y pueden provocar serios incidentes.

El escrito añade:

> «El papel que juegan nuestras máximas autoridades con la creación de la P.O.U..., es muy delicado. La responsabilidad que contraen es muy grande. *Toda autoridad académica que conscientе acepta tener bajo su mando a miembros del Cuerpo General de Policía, es objetivamente un jefe de Policía.*

Frente a estas medidas, se ha ampliado y acentuado la protesta de los catedráticos y profesores, que en número creciente se distancian de la política gubernamental y simpatizan con las reivindicaciones del movimiento democrático universitario. He aquí algunos ejemplos de los muchos hechos que en este órden se han producido:

El claustro de Derecho de Madrid se opone a las sanciones contra los estudiantes.

El claustro de Medecina de Madrid ha exigido el cese de la represión contra los estudiantes.

Numerosos profesores y catedráticos de CC.PP.EE. han decidido apoyar la moción de Medecina contra las medidas represivas.

Al aparecer la P.U. en la Universidad, numerosos catedráticos han afirmado que su dignidad les impedía dar clase en semejantes condiciones.

*BILBAO.*— Varios profesores de la Facultad de CC.PP.EE. han presidido una asamblea en la que se ha constituído el Sindicato Democrático de los estudiantes.

*MALAGA.*— Un catedrático ha presidido una Asamblea de solidaridad con Madrid.

*BARCELONA.*— El claustro de Derecho ha aprobado una moción pidiendo el cese de las medidas represivas como condición previa para la reanudación de los cursos.

*OVIEDO.*— Con motivo de una huelga de 5 días realizada en Filosofía en solidaridad con Madrid, el Rector dirigió un oficio al Decano pidiéndole que reuniera a la Junta de Profesores para que ésta elevara un informe sobre la huelga y propusiera sanciones. Fue sumamente interesante la postura adoptada por el Decano y los Catedráticos que consideraron no había lugar a sanciones. El acuerdo se adoptó por unanimidad.

Se aprobó asimismo, por unanimidad, la propuesta hecha por los representantes estudiantiles de una reunión conjunta entre la Cámara de Facultad (Delegados y Consejeros) y la Junta de Facultad (Catedráticos y Profesores).

*ULTIMAS NOTICIAS DE MADRID:*

El Decano de Derecho Hernandez Tejedor, y el vice-Decano, García Gallo, han dimitido como protesta contra la presencia de la policía en la Universidad. Ha presentado asimismo su dimisión el vice-Rector y Decano de CC.PP.EE., García Trevijano.

*Recordemos algunas tomas de posición sobre estos problemas de algunas personalidades:*

*Mariano Aguilar Navarro:*

«La Autoridad debe de saber que, en la mayoría de los Centros universitarios, las Delegaciones estudiantiles se han constituído y se han reconocido por los Decanos, etc., al margen de la formalidad de las Asociaciones. Las Asociaciones no existen. Un diálogo con una masa estudiantil, a la que se le niega un esquema institucional, que de *facto* es el que existe, no puede conducir sino a una agravación de los hechos.

Mi tercera propuesta viene a recoger un amplio estado de opinión en todos los universitarios. Queremos la autonomía de la Universidad, y para ello pedimos una más auténtica representatividad de la comunidad universitaria. No creo que rompa ningún secreto, ni atente a ningún tabú, si digo que los universitarios, casi

por unanimidad, piden que el estatuto del Rector cambie por completo. Los Rectores tienen que ser designados por los Claustros universitarios.»

(«Cuadernos para el Diálogo», Enero 1968.)

*Pedro Laín Entralgo* (en «Revista de Occidente») escribe que desea «declarar abiertamente mi solidaridad con el sentir general de los profesores y los alumnos que aquel día de febrero de 1965 se dirigían pacíficamente hacia el despacho rectoral; a saber con el proyecto de una vida universitaria en la cual profesores y alumnos, sin mengua de la concordancia de todos en el general interés de la Universidad y en sus respectivos intereses estamentales, puedan actuar libre y públicamente conforme a su manera de entender su condición de hombres y de españoles.»

*En un editorial de la revista fundada por el catedrático Joaquín Ruiz Jimenez:*

«La Universidad en todos sus problemas y lastre acumulados, sigue esperando auténticas soluciones. En este sentido, parece necesario que todos los sectores afectados y responsabilizados puedan plantear y plantearse la situación de forma profunda y abierta. La convocatoria Claustro general de Profesores y del Congreso Nacional de Estudiantes no puede esperar más tiempo. Estos son los órganos, justa y lógicamente, más capacitados e interesados para decidir los destinos de la Universidad en los próximos años y donde, en un clima de auténtica libertad, estudiantes y profesores intenten encontrar las vías de solución a sus problemas. Con esta finalidad, se hace imprescindible tomar algunas medidas en un deseo de llevar a la Universidad ese clima de legítima autonomía de diálogo y de evitar, sobre el universitario, presiones poco justificables. Se hace imposible condenar la protesta estudiantil, si no se habre cauces normales y democráticos de expresión y si a sus planteamientos se responde con el silencio o con la represión en diferentes variedades.

Una vez más se han solicitado las mismas medidas de siempre. Se espera el levantamiento de sanciones a estudiantes y profesores, la profunda revisión de la legislación universitaria, la libertad de expresión en la Universidad, la suspensión de situaciones coactivas, la representatividad y autonomía para los órganos universitarios y las asociaciones estudiantiles... La respuesta aún no ha llegado.»

(«Cuadernos para el Diálogo», Enero 1968.)

Se ha llegado a una situación en que la política que el régimen aplica en la Universidad es rechazada incluso por gentes que acostumbran a apoyar al franquismo y que «juegan el juego» del régimen. Un índice sintomático a este respecto es la declaración hecha por el «procurador de cabezas de familia» por Gran Canaria, Juan Marrero Portugués:

*«La Universidad no puede enfocarse sólo como un problema de disturbio. Se requiere todo un conjunto de medidas simultáneas.*

*Integración de las Escuelas Técnicas dentro de la Universidad y constitución de una asociación única de estudiantes, representativa y todo lo autónoma que fuera preciso.*

*La asociación podría surgir de un congreso de los máximos representantes electos de los estudiantes, en el que se elaborarían las bases de la asociación, y que deberían ser sometidas a la aprobación de la correspondiente Univerdad autónoma. Los estatutos de la asociación serían aprobados, pues, por una autoridad académica independiente, no por el Gobierno. En las actuales circunstancias los representantes se prestarían a ello, si además de las medidas de conjunto que he enunciado se concede una amnistía total y absoluta para todos los sancionados por su actuación anterior.»*

«Gaceta Universitaria», 4-II-68.)

## IX.— SOLIDARIDAD CON LA LUCHA UNIVERSITARIA.

Copiamos algunos de los numerosos mensajes y testimonios de solidaridad y admiración, enviados por las Comisiones Obreras, y otros grupos, a los estudiantes de Madrid:

*STANDARD:*

«Ilmo. Sr. Rector de la Universidad de Madrid:

Expresando el sentir de cuantos trabajadores integramos la plantilla de Standard Eléctrica S.A., y considerando que estudiantes y trabajadores luchamos, entre otras cosas, por un derecho fundamental de la persona humana como es la libertad de expresión y asociación, refrendadas por las Encíclicas Pacem in Terris y Populorum Progressio, y por la Declaración Universal de los Derechos Humanos, nos sentimos en el deber de hacerle las siguientes puntualizaciones:

1° Nos solidarizamos con la lucha de los estudiantes en favor de su auto-organización, porque consideramos que han de ser los propios estudiantes los que desarrollen sus propias organizaciones.

2° Nos solidarizamos con el apoyo de diversos sectores, cada vez más amplios, del profesorado y de la intelectualidad en favor de las reivindicaciones de los estudiantes.

3° Consideramos que no es la represión sobre los estudiantes y profesores el mejor método para conseguir una Universidad democrática en la que se encuentren integradas todas las capas sociales.

4° La Universidad no la consideramos como algo ajeno a nosotros. Nos pronunciamos en favor de una verdadera igualdad de

oportunidades, ya que el acceso a la cultura es uno de los derechos que los trabajadores reclamamos para nuestros hijos.

Por todo ello consideramos que el reconocimiento del derecho de asociación, el sobreseimiento de los expedientes académicos que pesan sobre los estudiantes, la vuelta a sus puestos docentes de todos los profesores desposeídos, etc., han de servir de base en pro de la Universidad democrática que la sociedad española necesita.

Madrid, 15 de enero de 1968.

«La Comisión Obrera de Standard.»

*METAL:*

«A la Junta de Estudiantes de Madrid; a todos los Estudiantes:

Queridos compañeros:

La Comisión Obrera Provincial del Metal, en nombre de los metalúrgicos madrileños, nos dirigimos a vosotros para expresaros nuestra profunda simpatía y ardiente solidaridad en la tenaz y valerosa lucha que sosteneis por la Reforma Democrática de la Universidad —cuyas puertas están cerradas a los obreros— y el derecho a constituir vuestras propias organizaciones, auténticamente representativas, democráticas, para la defensa de vuestros legítimos intereses.

Con indignación hemos conocido las nuevas y brutales medidas de represión dirigidas contra vosotros y la campaña tendenciosa, encaminada a deformar y desprestigiar vuestra noble y justa causa ante la opinión pública.

Algunos periódicos exigen medidas contra los que llaman «agentes subversivos», «minorías al servicio del extranjero». Los obreros conocemos bien estos slogan gubernamentales que ya no engañan a nadie. Esperamos que vosotros no os dejeis impresionar por ellos. La verdad es más fuerte que sus calumnias y triunfará.

La clase obrera lucha cada día más activamente por mejorar sus condiciones de vida, por Sindicatos Obreros Democráticos, Derecho de Huelga, Libertad de Reunión, prensa y palabra.

Las detenciones diarias, despidos, destituciones de representantes auténticos, no paralizan nuestra acción. Refuerzan nuestra unidad, nuestra conciencia y organización, nos templan para proseguir el combate hasta la victoria. Jamás la violencia ha triunfado sobre las causas justas cuando los defensores de estas se mantienen unidos y firmes.

Vuestra causa y la nuestra son justas, la unidad de obreros y estudiantes movilizará a toda la población en su opoyo y triunfará.

Hemos decidido informar a los trabajadores de vuestra glo-

riosa lucha, para que en fábrica y talleres se levante un poderoso movimiento de solidaridad y enviar un escrito al Rector exigiendo el cese de la represión; cuya copia os adjuntamos.

*¡Adelante obreros y estudiantes unidos por la libertad!*

Recibid, queridos compañeros, un fraternal y caluroso saludo de

La Comisión Obrera Provincial del Metal.»

Enero de 1968.

*ICEMSA:*

«Madrid, 22 de Enero de 1968

Junta de Cámara de Estudiantes
de la Universidad de Madrid

Queridos compañeros:

Los abajo firmantes, trabajadores de ICEMSA, se solidarizan con la lucha de los universitarios madrileños en pro de su Autoorganización.

El Derecho de Estudiantes y Trabajadores a elegir las Organizaciones Sindicales que crean oportunas, es inalienable y está respaldado por la Declaración de los Derechos Humanos y la encíclica Populorum Progressio.

Nosotros, trabajadores, consideramos que los problemas que afectan a la Universidad nos atañen a nosotros mismos, en tanto que el libre acceso a la cultura es una de las más viejas y entrañables reivindicaciones de la clase trabajadora.

Al tiempo que agradecemos la comprensión mostrada por el Movimiento Democrático Estudiantil respecto a los problemas sociales, saludamos con simpatía vuestros sacrificios —que son nuestros—, en la consecución de la libertad de reunión y de expresión que nos lleve en un futuro próximo a una verdadera convivencia nacional.»

*MAZDA:*

«Madrid, 2 de febrero de 1968.

Sr. Rector de la Universidad de Madrid

Pabellón de Gobierno

MADRID (Ciudad Universitaria)

Excmo. Señor:

Los abajo firmantes, representantes sindicales y trabajadores en general de la empresa metalúrgica LAMPARA METAL-MAZDA, se dirigen a V.E. y con todo respeto exponen:

Enterados de los incidentes que en estos últimos días están acaeciendo en la Universidad, queremos manifestarle como traba-

jadores metalúrgicos, nuestra repulsa por los métodos de represión, de persecución y de encarcelamiento, que se están llevando a cabo con el mundo estudiantil.

Somos conscientes que el camino seguido hasta ahora de represión, no es la forma más adecuada para resolver los problemas que tiene planteados la Universidad, como trabajadores, estamos viviendo hoy unos problemas similares a los que afectan a los estudiantes, ya que carecemos de auténticas asociaciones que velen por nuestros intereses, asimismo queremos manifestarle que estamos en todo momento identificados y solidarizados con las peticiones estudiantiles que hacemos nuestras.

Esperamos que V.E. escuche las voces de los trabajadores, que solicitan que urgentemente se ponga fin a las persecuciones, encarcelamientos, y a la toma por parte de la Fuerza Pública de la Universidad, así como el reconocimiento de una vez para siempre, de las organizaciones que elijan los propios estudiantes.

Le saludan atentamente.»

*DE LAS MUJERES:*

«Nosotras, amas de casa, intelectuales y mujeres de distintos sectores profesionales y laborales, nos solidarizamos con los estudiante en su lucha por una Universidad libre, democrática y abierta a todos los sectores sociales del país.

Queremos expresar nuestra repulsa a las medidas represivas tomadas por la autoridad, ya que la solución de los problemas universitarios nunca será la violencia sino un diálogo libre entablado con los auténticos representantes estudiantiles.»

903 firmas suscriben este escrito.

## X.— SE EXTIENDE LA ACCION DE LOS ESTUDIANTES EN TODA ESPAÑA...

A la vez que en Madrid los estudiantes (frente al recrudecimiento de la represión en todos los terrenos, las detenciones, procesamientos, etc.) continúan la lucha, en las otras Universidades. La acción democrática estudiantil —en solidaridad con Madrid y por los objetivos comunes del movimiento universitario— se amplía y consolida. Potentes huelgas, manifestaciones, asambleas, choques con la policía, han tenido lugar en Zaragoza, Granada, Valencia, Oviedo, Salamanca, Sevilla, Valladolid, Santiago, etc. Reproducimos aquí documentos de algunas de las Universidades en las que el movimiento democrático, en años anteriores, no estaba muy desarrollado, y que por ello mismo reflejan los grandes cambios de la etapa presente:

*VALLADOLID:*

El pasado 17 *de enero* tuvo lugar la PRIMERA ASAMBLEA DEL DISTRITO UNIVERSITARIO, en la Facultad de Medicina.

Los mil quinientos universitarios vallisoletanos asistentes a la asamblea aprobaron por unanimidad una declaración en la que, entre otras cosas, se dice:

«Peticiones al Rector: reconocimiento y legalización de las estructuras asociativas creadas por los propios estudiantes; amnistía general para los estudiantes y profesores sancionados y apertura de Facultades clausuradas; devolución de los materiales expropiados a algunas Facultades del Distrito así como devolución del dinero congelado; cese de toda represión, información objetiva sobre los problemas universitarios. Las peticiones anteriores son condiciones indispensables para emprender el camino hacia la Reforma Democrática de la Universidad.»

En una de las ponencias leemos:

«El progreso del movimiento universitario ha sido conseguido mediante la creciente formación y concienciación de los propios estudiantes. Lo política represiva ha sido un obstáculo continuo a nuestras aspiraciones... El diálogo tan predicado por el señor Rector de Madrid ha tenido como interlocutores sanciones, expedientes y porras, de un lado, los estudiantes de otro.

La solidaridad con la lucha antirrepresiva de los estudiantes madrileños es el motivo de este acto en que los universitarios de Valladolid, a la vez que los de toda España, exigimos que cese la represión.»

En carta dirigida al Rector y aprobada por las Cámaras de Facultad de Medicina, Ciencias, Filosofía, Derecho, así como por la Asamblea del Distrito de Valladolid, se dice:

«En la Universidad, donde solo cabe la fuerza de la razón, se nos quiere imponer la razón de la fuerza. A la libertad de asociaciones se nos contesta con la imposición de una asociación que nos hemos creado ni queremos. Al derecho de expresión se replica con la confiscación de material, prohibición de reuniones, etc... Todavía el año pasado no pudimos celebrar un homenaje al poeta Miguel Hernandez y continuan las represiones para que no se celebre ningún acto cultural.

Se trata de mantener al universitario al margen de la problemática de su nación, de toda ansia de libertad y justicia para su pueblo. Sepa, señor rector, que nos percatamos de su cometido: usted es el delegado de una política que sólo persigue el inmovilismo, el estancamiento, la consolidación de un estado de cosas injusto y arcaico.

Pedimos autonomía y se nos contesta con la coacción; justicia, y se nos replica con la represión. Por todo ello pedimos su dimisión personal. Creemos que defender en nombre de la cultura el conformismo, la opresión y el oscurantismo es un flojo servicio a nuestra Universidad. ¿No lo cree usted?»

Firman las delegaciones de Medicina, Filosofía, Ciencias, Derecho.

*SANTIAGO DE COMPOSTELA:*

«Despues de la huelga realizada en la mayor parte de las Facultades, para solidarizarnos con Madrid, el periódico «Correo Gallego» publicó noticias escandalosamente falsificadas. El viernes 19, los estudiantes quemaron pacíficamente, en la Plaza del Toral, ejemplares del periódico. Se repitió la quema delante de la delegación del periódico, en medio de gritos de: ¡Abajo el «Correo Gallego! ¡Abajo ABC! ¡Abajo ARRIBA! ¡Abajo la prensa oficial¡ ¡Viva la objetividad! ¡Viva la democracia! ¡Abajo la dictadura! ¡Viva el Sindicato Libre! ¡Vivan las Comisiones Obreras!

Se cantó el himno gallego.

Llegaron los grises. Algunos estudiantes fueron detenidos.

Se decidió organizar otra manifestación delante de la Comisaría, al lado de Correos. La plaza se llenó de gente. Se corrió la noticia de que cuatro personas habían sido detenidas. Llegaron refuerzos de grises de La Coruña. Cargaron. La gente se replegó hacia Bautizados, donde están levantando la calle, y empezó a coger piedras.

La manifestación se volvió a formar en Plaza de Castromil, donde el tráfico, intenso a esa hora, fue interrumpido. Los gritos de ¡Abajo la dictadura! atronaban la plaza. Llegaron los grises. Los manifestantes fueron al Toral y quemaron nuevamente periódicos.

A las 7, nueva manifestación ante la Comisaría. Los grises pegaron más brutalmente, sobre todo a las muchachas. Eso indignó a los estudiantes que se manifestaban. Hubo cuatro cargas más de la policía. *Pero se levantaron barricadas con las vallas de unas obras próximas y con una tuberías.* Los choques duraron hasta las 9 y media. Es la primera vez que ocurre algo así en Santiago. De todos modos, fue una victoria de los estudiantes.»

(Extractos de la narración de un testigo de los hechos.)

*OVIEDO:*

DECLARACION DE LA CAMARA DE FILOSOFIA Y LETRAS:

«Reunida la Cámara de esta Facultad con motivo de estudiar y tomar postura ante los últimos sucesos universitarios, acordó:

1° Denunciar la actitud de la Autoridad que utiliza todos los métodos de información y de represión para desvirtuar el verdadero fondo de los males que aquejan a la Universidad española.

2° Que estos males se resumen en los siguientes puntos:

—El carácter clasista de nuestra Universidad, que se refleja en el bajo porcentaje de estudiantes que proceden de las clases populares.

—El intento de convertir a la Universidad en un elemento tecnocrático, deshumanizando a la Universidad, y apartando al universitario de la sociedad que le rodea.

—La carencia de la libertad de asociación, que determina la no participación del alumnado en la gestión universitaria.

—La falta de libertad de expresión y de investigación, que aísla a la Universidad española de las principales corrientes ideológicas filosóficas y científicas de nuestro tiempo.

—El evidente desprecio de la cultura por parte de la Administración, que se refleja en el insignificante presupuesto que se dedica a la enseñanza: 2,4% del Presupuesto Nacional, según datos de la VI.ª Reunión de Ministros Europeos de Educación de Estrasburgo (octubre 1967).

—La clara insuficiencia de los Planes de Estudios, carentes de todo sentido científico.

3.º Que todo esto es índice y causa de una Universidad en crisis o en ruinas que el estudiante consciente está intentando salvar y reconstruir y que no fue otro el motivo esencial que impulsó el nacimiento del Movimiento Universitario, que trata por todos los medios de hacer conscientes y de agrupar a los estudiantes en este intento de reconstrucción.

Que esta tarea de reconstrucción encontró, como única respuesta por parte de la administración, la represión sistemática de los elementos más conscientes.

Que es en este contexto donde surgen y encuentran su explicación los últimos sucesos de la Universidad de Madrid: El cierre de la Facultad de CC.PP. y EE. y la pérdida de matrícula de todos los alumnos...

4.º Ante esta grave situación que se enmarca en una crisis general de las estructuras sociales y políticas de nuestra comunidad esta Cámara resuelve:

1) Manifestar nuestra repulsa ante los métodos empleados por el Gobierno para reprimir nuestras aspiraciones.

2) Manifestar nuestra solidaridad con nuestros compañeros de Madrid y con su organización verdadera, el S.D.E.U.M., que lucha por las aspiraciones de todos los estudiantes.

3) Manifestar nuestra firme voluntad de marchar hacia el Congreso Democrático de Estudiantes, donde se establecerán las bases de las organizaciones estudiantiles según su libre voluntad.

4) Solidarizarnos con las otras capas de la población que luchan por nuestras mismas reivindicaciones.»

EXPLICACION DE LAS SIGLAS:

R.C.P.: Reunión Coordinatoria y Preparatoria (del Congreso Democrático de Estudiantes).

R.D.U.: Reforma Democrática de la Universidad.

S.D.E.E.: Sindicato Democrático de Estudiantes de España.

C.D.E.E.: Congreso Democrático de Estudiantes de España.

S.D.E.U.B.: Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona.

S.D.E.U.M.: Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Madrid.

D.E.U.: Departamento de Estudios Universitarios.

T.O.P.: Tribunal de Orden Público.

CC.PP.EE.: Ciencias Políticas y Económicas (Facultad de).

# La guerra de 1936 en la historia contemporánea de España

## Intento de orientación y problema de fuentes.

por Pierre Vilar

De mis recuerdos y mi experiencia de hombre, si intento ordenar que es lo que más ha aportado para mi reflexión de historiador, no dudo en situar en primera fila la guerra de España.

Incluso la situaría —y parece paradójico— antes de los fenómenos que han afectado, entre 1939 y 1945, a mi propio país: la guerra, la derrota, y el resurgimiento; lo digo en el sentido de que si creo haber vivido la tragedia francesa y mundial sin extrañarme, y en cierta medida preparado de antemano, es porque ya había podido tener una visión extremadamente clara y dolorosamente lúcida, entre 1936 y 1939, de lo que anunciaba, prefiguraba, y condicionaba, para Francia y para el mundo, la Guerra de España.

Pude adquirir tal visión porque, habiendo vivido en España durante el transcurso de los acontecimientos de 1930-31, 1934, 1936, había realizado paralelamente dos experiencias aparentemente diferentes, pero en realidad ligadas y complementarias: una de ellas entre los viejos libros y papeles —principalmente en los archivos catalanes— que me sumergía en los siglos XIX y XVIII, y a veces más allá, en plena Edad Media; la otra experiencia, también a veces sistemática —ya que nunca he dejado de interesarme por la economía española contemporanea— pero más a menudo simplemente extraída de la vida cotidiana; de la lectura de los periódicos, de los incidentes de la calle, y de tantas conversaciones cordiales que me reservaban siempre la simpatía, el espíritu y el corazón tan abiertos del pueblo español.

Me incluyo entre los historiadores para los cuales su profesión, en lugar de ser simplemente una reconstrucción del pasado, es un perpetuo diálogo entre el pasado y el presente, que iluminan mutuamente.

En aquella España de los años 30, una simple lectura, un documento, me daban la impresión de aclarar súbita-

mente el enigma planteado «a la vuelta de la esquina»; en cualquier momento, el incidente social o el drama político que aparecía sin cesar en primera página de los periódicos, se me aparecían con el mismo sentido que el viejo texto o el fragmento del archivo anotado el día anterior, dándoles de nuevo vida.

Supongo que en este colóquio, un cierto número de historiadores y de jóvenes presentes, no han conocido, o no han podido seguir de cerca, la época y los acontecimientos que vamos a tratar. Y, al contrario, supongo que muchos de los participantes han sido, no solo testigos, sino actores y responsables. Creo sinceramente que este contacto puede ser fructuoso.

Efectivamente, es muy difícil escribir la historia de los acontecimientos vividos, y es también difícil escribir la historia de los acontecimientos no vividos; en el primer caso estamos dominados por lo que hemos visto y por lo que hemos querido. En el segundo, no llegamos a reconstituir el ambiente. En cualquier caso es esa la impresión que me dejan los primeros relatos de la guerra de España intentados por jóvenes o extranjeros que solamente conocen los hechos a través de los libros.

No intento aquí plantear el problema de los diversos talentos y aptitudes, de la objetividad o de las dudosas intenciones de los diferentes autores. Pero creo que la característica común es la ausencia de «ambiente», o su carácter falso. Confieso incluso que este problema me provoca, en tanto que historiador, escrúpulos de carácter general.

Y me planteo cuando intento relatar la guerra de los campesinos catalanes en el siglo XV, o el asedio de Barcelona de 1714, si estoy tan alejado de la subjetividad de los contemporáneos, como creo lo están estos escritos de 1936 de los sentimientos que yo tenía entonces, y de los que observaba a mi alrededor. ¿Acaso puede reconstituir la Historia el que no resucita? Ciertamente, se impone una respuesta: lo que tiene verdadera importancia para el historiador, es recoger científicamente las condiciones *objetivas*, gracias a una *teoría correcta* de las relaciones que se dan entre estructuras de una sociedad, coyuntura histórica general y acontecimientos particulares. No obstante, el aspecto subjetivo, el «ambiente» de los acontecimientos es también una condición de la realización de la Historia. ¿Dejaremos el monopolio a los novelistas? Esto sería, por parte del historiador, una manera de renunciar.

Y precisamente, en lo que se refiere a la guerra de España, nos encontramos en ese período intermedio en el que el diálogo puede y debe establecerse entre testigos y actores,

e historiadores. Sería útil que los que han vivido los acontecimientos hagan sus memorias. Es natural que las políticas sean justificadas. Y es necesario que los historiadores trabajen, incluso si no pueden todavía llegar a síntesis definitivas. Y también este diálogo entre los testigos y los historiadores significa, a menudo, un diálogo entre dos generaciones. Lo cual es igualmente importante.

Por otra parte, este momento favorable lo señala el súbito interés que despierta en el público la guerra de España.

Hay que reconocer que, desde 1940 a 1960, esta guerra parecía estar, en los espíritus, relegada a segundo plano. ¡Cuantos nuevos dramas, cuantas nuevas glorias, habían venido a ocultar su recuerdo! Y de los que lo guardaban en el fondo de sus corazones, en muchos no se había despertado todavía el deseo de hablar. Los vencedores se habían fabricado una história oficial, que pretendían sobre todo —y que aún pretenden— que no sea puesta en entredicho. Los vencidos, los exilados, tenían el recuerdo de muchas amarguras. Los historiadores «puros» creían carecer de perspectiva histórica. En España, la «inmensa mayoría» debía de callarse. Y los jóvenes durante mucho tiempo —lo he podido constatar— se irritaban ante los recuerdos familiares murmurados en el secreto de los hogares, y se encogían de hombros ante aquellas «machaconerías» de «viejos combatientes», contrapartida anecdótica de versiones oficiales despreciadas hacía ya tiempo. De repente, hacia 1960 (quizás sea esto un signo que encuentre su explicación en un futuro) la guerra de España se ha puesto, no quisiera decir de moda por parecer el término peyorativo, pero sí al orden del día de las inquietudes intelectuales en España y fuera de ésta, como si el interés del hecho español en los grandes problemas de la ante-guerra y de la post-guerra mundial, se revelasen de nuevo. La historiografía de la guerra de España entra en el movimiento mismo de la Historia. Esta es esclarecedora si progresa en calidad, y peligrosa si fracasa en su empeño.

Así, el enorme éxito de la edición de ciertos libros forma parte de una coyuntura. Y desgraciadamente, no todos son excelentes. Por ejemplo: acaba de publicarse en España una obra de Luis Romero titulada «Tres días de Julio». El autor pretende reconstituir, por rápidos esbozos basados en testimonios, lo que ocurrió los 18, 19 y 20 de Julio de 1936 en los dos campos. Personalmente, encuentro artificial el procedimiento y dudosas las intenciones. Pero el hecho de que el libro prometiera un relato equilibrado y no una imagen unilateral de esas jornadas, ha sido suficiente para que el público español se precipite sobre él, los viejos «para ver» y los

jóvenes para aprender. Todo esto demuestra hasta qué punto quedaria satisfecha la opinión que busca la verdad, si se ofreciera a ese público una reflexión colectiva, un programa de investigación científicamente concebido.

No quiere decir esto, que se pueda establecer aquí y desde ahora, la verdad histórica en sus detalles, ni que se pueda acabar con las disputas, por muy legítimas que sean. Pero parece posible desde ahora, hacer un esfuerzo:

1) Para plantear los problemas teóricos, los términos científicos capaces de aclarar los orígenes, el desarrollo, las consecuencias de la guerra civil española en el marco de la história de España en particular y de la coyuntura histórica mundial en general.

2) Para establecer, con ayuda de esta reflexión teórica, el catálogo de las preguntas que hay que hacer a los documentos y a los testigos, de las búsquedas a emprender o que al menos habría que desear.

3) Para asegurar, internacionalmente y de manera imparcial, la salvaguardia de las fuentes dispersas, el inventario de las que están accesibles, la reunión de una enorme bibliografía, la incitación a publicar textos y memorias, el acercamiento entre testigos e investigadores.

Si me permito el evocar aquí esas perspectivas, si me he alegrado y sentido honrado de esta invitación, cosa que agradezco mucho a los organizadores, y a la Academía de Ciencias de la U.R.S.S., no quiere decir esto que yo me califique de especialista de la guerra de España, sino sencillamente:

*a*) Que me he planteado a menudo la historia de España en su conjunto, y que he estudiado más especialmente el origen de la España contemporánea. ¿Como podría ignorar que esta desemboca en una guerra civil, en la que el pasado guarda todo su peso, y que por dicha razón se aclara en parte gracias a él?

*b*) Que tengo la responsabilidad de la enseñanza y de la investigación en el Instituto de Historia Económica y Social de la Sorbona, y que en este marco se manifiesta el interés que yo señalaba hacia la guerra de España. Me piden trabajos, otros se estan haciendo ya, algunos han sido llevados a cabo.

Por esto, a la vez que vengo a solicitar unas lecciones a este colóquio, puedo ofrecer una cierta colaboración, que va más alla de mis propios trabajos. Algunos jóvenes historiadores, que me han dado su confianza en este terreno hispánico, esperan los resultados de nuestra reunión con simpatía. Estoy seguro de gue no quedarán defraudados.

# I

## *La guerra civil de* 1936 *en la perspectiva del desarrollo histórico de la España contemporanea*

Cuando en un país, las diversas regiones no han evolucionado a un mismo ritmo en cuanto a las fuerzas de producción, a las instituciones, a las actitudes de las clases sociales y a las costumbres de los espíritus, son numerosos los problemas que surgen de esta desigual madurez, de este desigual desarrollo.

Permitáseme evocar, para simplificar, a manera de imagen (y sin afirmar ni que es así hoy día, ni que todo ha cambiado) lo que más me ha llamado la atención, cuando en 1930, tenía mis primeros contactos con el mundo español: según los lugares, según los momentos, me parecía descubrir en las estructuras sociales y mentales, los vestigios a veces casi intactos de diversos siglos:

—en tal pueblo lejano de Extremadura, los modos de producción, los modos de vida, y en consecuencia las formas de pensar, no se diferenciaban apenas de los del siglo XIII, desde las costumbres colectivas en la cría de los cerdos o la transhumancia de los panales, hasta los «misterios» cristianos representados en la plaza, hasta la intervención de las vidas de los Santos en la conversación familiar o hasta la manera de pronunciar la palabra «hambre»; esta constatación no implica ninguna antipatía, ningun desdén por mi parte, pero no he olvidado nunca mi asombro;

—otros pueblos, otros ambientes, muy distintos, me recordaban mas bien la España del siglo XVII: sólido campesinado castellano, familias aristocráticas rodeadas de criados en sus palacios, y todavía encontrando natural una rutina de Corte; Don Claudio Sanchez Albornoz mencionaba, no hace mucho tiempo en París, delante de nuestro colega Porchnev, a una campesina que le decía en 1931 que no podía disponer de las puertas y ventanas de su casa «pues son del Duque»; hablar de «feudalismo retardado» en la España de 1930, es posible pues, siempre que se haga con precaución.

—otros contactos me introducían solamente en una ambiente del siglo XIX: en algunos de los intelectuales liberales, la problemática política, y la oratoria, eran las de Sagasta o Castelar; entre ciertos burgueses catalanes, en el ambiente patronal textil, la actitud respecto de la técnica, de la protección de los mercados o del problema obrero, podrían haberse expresado de la misma manera (y muchos escritos me lo recordaban) en 1870 o en 1850; y por último,

todo un sector del proletariado militante, anarquista o sindicalista de tendencia anarquista, muy atractivo por su dinamismo revolucionario, parecía conservar las fórmulas de 1873, las mismas que criticaba Engels.

—todo esto, claro está, no podía ocultar que un modo de producción todavía dominante en el mundo, *rodeaba* a España y la *penetraba:* el capitalismo que llegaba, hacia 1930, al mismo tiempo que a un estado avanzado de su desarrollo financiero e imperialista, a su hora de crisis; por ello era posible encontrar en España, personalidades y grupos muy característicos de la sociedad del siglo XX; tales como banqueros y hombres de negocios, nacionales e internacionales, muy al corriente de sus propios intereses, aunque no del interés general, y decididos a hacer triunfar los primeros, incluso a expensas del segundo, animando cuando era necesario, los firmes militantes de la resistencia de las estructuras capitalistas en aquella época, es decir el fascismo; mientras que importantes masas, dirigidas por grupos muy conscientes de los peligros y de las necesidades del momento, buscaban en el socialismo y en el comunismo las formas de análisis capaces de hacerle frente.

Sin embargo, estos últimos elementos —en la España del siglo XX— siguen siendo minoritarios. ¿Podría comprenderse la guerra de España sin preocuparse de esto? España toma conciencia de las contradicciones del siglo XX, de la crisis del capitalismo, y de los conflictos que lo han culminado, con una preparación de espíritu muy retardada, en la repentina conjunción de problemas surgidos en diferentes fases de desarrollo, y bajo la presión exterior de luchas mundiales, en las que convivían también las armas del siglo XIX y las del XX en experimentación.

Ciertamente, la coexistencia del pasado y del presente es un hecho universal. Y he evocado muy superficialmente a este respecto la España de 1930. Pero el trabajo del historiador, previamente al análisis de la crisis de 1936, debiera de ser precisamente calcular a diferentes niveles, el alcance de las dificultades que son consecuencia de este desigual desarrollo.

### A. *Debilidades y desigualdades en las fuerzas productivas.*

Me he referido principalmente hasta ahora, a las particularidades de las superestructuras; pero las debilidades y desigualdades de desarrollo, en la España de 1930, podían observarse también, al nivel básico y determinante de las fuerzas productivas.

Recordemos que Lenin, en 1913, en una polémica entre «Pravda del Norte» y el periódico patronal «Industria y

Comercio», llegó a tomar a España como elemento de comparación con Rusia, concluyendo que sólo la lucha contra los terratenientes podría evitar que Rusia permaneciera al nivel de desarrollo económico de España.

En 1931, a pesar de la etapa de relativo desarrollo industrial debido a la guerra europea, España no había franqueado en muchos aspectos, el umbral de 1913. El latifúndio y las estructuras semi-feudales que dominaban todavía en ciertas regiones, eran a la vez causa y consecuencia del bajo nivel de la técnica agrícola. Los progresos de la producción eran obtenidos por extensión y no por intensificación. Las superficies sembradas con cereales aumentaban en exceso, con rendimientos cada vez más mediocres. Entre la década de 1901-1910 y la de 1941-1950, el estancamiento de estos rendimientos en una media nacional, es patente:

1901-1910: 9,01
1911-1920: 8,90
1921-1930: 9,03
1931-1940: 8,80
1941-1950: 7,53 (dado en Quintales por Hectarea)

Las variaciones anuales de este rendimiento son aún más típicas de una agricultura tradicional, sobre todo en las provincias centrales con cultivo de secano. La dispersión de las parcelas y la siembra excesiva, obligan a menudo al campesino castellano a desplazarse a pie a decenas de kilómetros, transportando su arado, que es todavía el de la Iberia Romana.

En los confines de Extremadura y Andalucía, se practican cultivos a base de largos barbechos, muchas veces de varios años. Los sistemas de regadio comunitario de la Edad Media, se conservan cuidadosamente en las regiones como Valencia, pero los ensayos de grandes trabajos hidraúlicos por la empresa capitalista, han tenido como consecuencia, en el Sur-Este, una miseria mayor, al ser subastada el agua entre los usuarios.

Las diferencias de desarrollo entre las regiones se traducen en la demografía. Mientras Cataluña, país de pequeños propietarios agrícolas y de mediana industria, es una de las regiones de Europa donde más nefasta es la desnatalidad característica de las zonas capitalistas, con fuertes clases medias, existen todavía en la España de 1930, regiones agrícolas con fuerte natalidad y mortalidad, sobre todo infantil. La epidemia de 1918 hizo todavía grandes estragos en los pueblos distantes, estragos que recordaban las grandes pestes de los siglos XIV y XVII.

Así pues, el problema fundamental en la España de la primera mitad del siglo XX, es sin duda alguna el de un

desarrollo *débil* y sobre todo *desigual* de las fuerzas productivas. Inmensas regiones no han entrado aún plenamente en el modo de producción capitalista. Pero, por ello mismo, constituyen un mercado muy restringido para las regiones que crearon industrias de consumo durante el siglo XIX. En segundo término, las industrias de bienes de producción no son estimuladas. Y la producción de materias primas industriales, sobradamente producidas por el subsuelo español, es controlada por el capital extranjero y trabaja sobre todo para la exportación.

Tal estructura no ha cesado de mantener, tanto en el siglo XX como en el XIX, *a*) una amenaza latente de estancamiento en las regiones industriales que trabajan para el mercado nacional, lo que explica las reacciones apasionadamente proteccionistas, y finalmente anticentralistas de las clases dirigentes catalanas: *b*) una peligrosa dependencia de las industrias extractivas —País Vasco, Río Tinto— respecto del mercado internacional, y por lo tanto de sus crisis.

Si la primera guerra mundial ha determinado en España un período de desarrollo productivo relativamente rápido pero breve, es curioso constatar que las dos graves crisis políticas que lo han seguido —1918-1923 y 1930-1936— han correspondido a unos momentos de baja coyuntura mundial. En efecto, los sectores avanzados de la economía capitalista, ligados a los capitales y mercados extranjeros, sufren rápida y prolongadamente las crisis de paro y de miseria de origen internacional, sin que la industria nacional de bienes de consumo —que solamente produce para regiones agrícolas de bajo nivel de vida— pueda compensar tales sacudidas.

Los grandes problemas planteados en la España del siglo XX, y que la evolución espontánea del capitalismo, entre 1900 y 1936, se muestra incapaz de resolver, son, en definitiva, en su base problemas económicos y estructurales fundamentalmente:

I.— *El problema agrario,* en el que se condicionan dialécticamente los aspectos *técnicos* y *sociales,* ya que las relaciones sociales de producción en el campo español comprometen bajo las formas más diversas, el progreso técnico y las fuerzas de producción, mientras que por el contrario, el estancamiento de la técnica agrícola compromete las posibilidades de todo progreso industrial espontáneo, inmovilizando una gran parte de la población activa y limitando, el mercado de los bienes de consumo.

II.— *La falta de continuidad en el desarrollo del progreso industrial,* que compromete la coherencia de la propia nación, oponiendo a la vez los intereses y las psicologías de regiones fundamentalmente industriales (Cataluña, País Vas-

co) y regiones agrícolas todavía mal adaptadas al capitalismo (Andalucía, Castilla, Navarra).

III.— *El control del capital extranjero sobre los recursos industriales primarios,* que estorba o impide su utilización normal para el suministro necesario al país.

Sin embargo, estos problemas, que se refieren al desarrollo de las fuerzas productivas, por lo que son problemas esenciales, se traducen en las formas particulares y complejas que adoptan en España las contradicciones sociales fundamentales —las luchas de clases— y su expresión política, donde se combinan las huellas de revoluciones fracasadas, los vestigios de estructuras sociales anticuadas y los resurgimientos de antiguas estructuras nacionales en las oposiciones regionales contemporaneas.

B. *Complejidad y diversidad de las contradicciones sociales y políticas.*

Los problemas son ya viejos. Se ha dicho a menudo (pero estudiado poco) que la España de los siglos XIX y XX persigue su revolución burguesa sin jamás llegar a realizarla.

Es probable que el momento en que España ha reunido las mejores condiciones para realizar esta revolución burguesa ha sido el del primer intento en ese sentido. La obra de las Cortes de Cadiz, en 1912, parece culminar a la vez un siglo progresivo en todos los sentidos, una mitad de siglo de acumulación primitiva (colonial) de capital, un esfuerzo de centralización política eficaz, y una admirable resistencia nacional al invasor.

La contrarrevolución de 1814, a la vuelta de Fernando VII, significa algo más grave. No se trata solamente del fracaso de la revolución jurídica que pretendían las Cortes de Cádiz. Es el fracaso de toda la evolución del siglo pasado. Resulta que la masa española (campesinos, artesanos, bajo clero) ha luchado, en regiones enteras, por la religión y la tradición. Como ha dicho Marx, en las guerrillas, actos sin ideas, y en las Cortes ideas sin actos. Sin embargo, este divorcio no se hubiera prolongado si desde 1800-1805 no hubiese habido tambien un brusco paro en el crecimiento demográfico y económico, un hundimiento de los beneficios coloniales, ante las primeras rivalidades franco-inglesas sobre el mercado y las materias primas del territorio español. En realidad, la revolución burguesa española del siglo XIX no fracasa solamente al nivel de las superestructuras. Se trata de las condiciones mismas del desarrollo de una burguesía que, salvo excepciones regionales, están comprometidas. Otras cuatro «revoluciones» —1820-1823, 1833-1843, 1854-1856, 1868-1874— demostraron que España quería salir

del «Antiguo Régimen» y que las posibilidades del capitalismo no eran nulas, pero probaron también que hay siempre fuerzas de resistencia y de reacción, capaces de anular, al menos parcialmente, los resultados de cada empuje revolucionario. Y así, en 1930 todavía, los viejos problemas permanecían. Mientras que habían surgido nuevos problemas.

1) Los *viejos problemas* siguen siendo los de la *propiedad de la tierra* y de las *luchas de clases en el campo.*

Las leyes de «*desamortización*» de la propiedad han liquidado, teóricamente, el antiguo régimen de propiedad de las tierras y las formas feudales de la propiedad; pero esta legislación, no ha sido nunca decisivamente revolucionaria. 1814 ha intentado anular la obra de 1812; 1823 la de 1820; 1845 la de 1835; 1856 la de 1854.

En realidad la propiedad aristocrática originada por los «Mayorazgos» no ha sido prácticamente alterada, sino que lo fue solamente la propiedad eclesiastica y comunal, técnicamente poco desarrollada, pero que ofrecía ciertas compensaciones a los campesinos pobres. Estos, incapaces de adquirir los bienes puestos en venta, fueron facilmente movilizados contra la legislación «liberal» por el clero y los monjes. De ahí el éxito del carlismo en las montañas del Norte.

En el Sur, donde existía un abismo, desde el siglo XVIII, entre los poderosos y los campesinos miserables (parceleros o jornaleros), la desamortización ha confundido los latifundios de antiguo y nuevo origen al adoptar los nuevos señores las costumbres de los antiguos propietarios: cultivo y ganadería extensivos, una gran parte de terreno dedicados a la caza o al baldío, no se realizan inversiones productivas, alquiler de tierras a arrendatarios globales que subalquilan a su vez en condiciones onerosas, contrata temporal de jornaleros que casi siempre están en paro.

La gran propiedad capitalista no ha reemplazado al señorio feudal. El gran propietario sigue controlando, a través de sus agentes (los caciques locales) no sólo la economía sino la vida social y política. La ausencia de capas intermedias (propietarios acomodados o arrendatarios sólidos) hace más aguda la lucha de clases, cuya expresión es la rebelión espontánea, brutal o latente, la débil productividad del trabajo por solidaridad instintiva con los parados, un cierto espíritu de asociación (favorizado por la concentración de la población) que ha permitido el éxito de algunos movimientos clandestinos y de la Primera Internacional, y que fortaleció los sindicatos campesinos hacía 1930, pero que conduce a breves impulsos combativos alternando con largas épocas de pasividad.

El «problema agrario» español en el siglo XX, no es, pues, el de una propiedad feudal o el de una concentración capitalista de la tierra. El problema es la combinación de los restos de tal propiedad, con la insuficiente madurez de la concentración capitalista.

En la Andalucía latifundista, el dueño de la tierra es algo más que un simple rentista; su representante no es un granjero-empresario, ni un arrendatario capitalista. Pero tanto el propietario como el representante defienden encarnizadamente el sistema híbrido, que, sub-explotando la tierra, sobreexplota la mano de obra. Y esta, proletaria en ciertos aspectos, se adapta mal a las formas modernas de las luchas de clases, al estar sometida a las servidumbres de la antigua economía (excedente latente de la oferta de trabajo y crisis periodicas de subsistencia) y a las de la antigua sociedad (caciquismo político-social, autoritarismo paternalista de los grandes, clientelas y servidumbres, etc.).

Hay que añadir que si este sistema cubriese toda España, los problemas planteados serían coherentes. En realidad se trata de una región, el Sur y el Centro-Sur (Andalucía, Extremadura, Castilla meridional). Ciertas provincias enteras sufren males diferentes. En Galicia, es el *minifundio*, explotación demasiado pequeña para asegurar un nivel de vida decente a una familia, y no obstante gravado por una serie de cargas heredadas del régimen señorial. En Cataluña, un grave conflicto agita la viticultura, actividad rural dominante: un antiguo contrato de roturación, la «rabassa morta», garantiza la vida al arrendatario siempre que subsistan las cepas si el propietario tiene la ocasión de recuperar la tierra, el arrendatario se encuentra desposeído; si el contrato se prolonga a través de los siglos, llega un momento en que el arrendatario no comprende lo que justifica los derechos que tiene que pagar. Acabar con estas cargas, con esta amenaza, le parece particularmente urgente al «rabassaire» si hay crisis vitícola; si hay prosperidad, el propietario quisiera poder exigir más. Esta alternativa agría las relaciones en torno a la tierra, pero no de la forma habitual en otras regiones; las asociaciones, las luchas de los «rabassaires», favorecen los partidos democráticos pequeño-burgueses; sus esperanzas no son las mismas que las de los braceros de Andalucía. No obstante, la defensa de la renta de la tierra y de la propiedad privada del suelo, liga a la clase dirigente catalana con las reacciones conservadoras de las otras clases poseedoras de España en materia agraria, a pesar de que sus intereses son esencialmente industriales: contradicción que frecuentemente ha sido un freno para la constitución de un frente por una revolución burguesa.

En las regiones áridas (Aragon, Levante), las tradicio-

nales huertas sufren ya de una población demasiado densa, y temen la venta en malas condiciones de sus productos. Pero la extensión de la irrigación a los secanos desérticos y pobres tropieza con dificultades de financiación: la empresa privada, en este terreno, suscita un justificado resentimiento del campesino, porque vende cara el agua distribuída, sacando un gran provecho de su escasez, lo que crea una forma aguda de lucha de clases. El Estado, pobre a causa de la pobreza del país, y mal desarraigado de las tradiciones liberales, proyecta más que realiza, una «política hidraúlica». Por otra parte, ¿es suficiente construir las presas? Pasar del secano al regadío exige, al nivel de la explotación, una inversión que repugna al gran propietario, y que el pequeño campesino no puede realizar.

El problema agrario español no es un solo problema. Hay, incluso, zonas de campesinado medio conservador, y que se satisface con poco (Navarra, Castilla la Vieja), donde toda contrarrevolución encuentra partidarios.

Y sin embargo, los desequilibrios sociales y los retrasos técnicos combinados que acabamos de señalar, son esenciales para comprender la España de la primera mitad del siglo XX, dado que la agricultura proporciona más del tercio del producto global, y ocupa más de la mitad de la población activa. Es demasiado para un país moderno. Sin embargo la solución no es disminuir sin contrapartida el número de campesinos. La solución es aumentar la productividad agrícola y ocupar en la industria el excedente de la mano de obra campesina. La ausencia o lentitud de estos procesos, en el seno de un Occidente profundamente transformado, explica el ambiente de crisis profunda en la España de 1930. Ciento treinta y cinco años después del famoso «Informe» de Jovellanos, el fracaso de la reforma agraria que él preconizaba, condujo a ligar el problema del progreso económico a la exigencia de una revolución social.

2) Acaso una *revolución social agraria* podía, en el siglo XX como en el XVIII o en el XIX, ser un simple elemento de la *revolución burguesa?*

En realidad, el fracaso de la adaptación del *latifundio* al capitalismo tenía, como, dijimos, un carácter sicológico y no jurídico. Y si se trataba de atacar los verdaderos problemas —aquí distribuir la tierra, liquidar la enfiteúsis, allá solicitar del Estado inversiones masivas— inmediatamente todas las clases poseedoras se solidarizaban.

Eran solidarias, en realidad, después que en el curso del complejo episodio revolucionario de 1868-1874, la conjunción de las agitaciones campesina y obrera, el doble éxito ur-

bano y rural de la Primera Internacional, habían incitado a los grandes terratenientes y propietarios capitalistas a poner fin a su rivalidad buscando un compromiso. Los primeros asumieron la representación del campo por el juego de los «caciques», los segundos, por miedo del proletariado, aceptaron una baja representación de las regiones industriales y de las ciudades. De 1874 a 1898, toda idea de «reforma agraria» fue abandonada.

No obstante, la derrota colonial de 1898, mostrando la debilidad de España en el conjunto de los imperialismos nacientes, hizo renacer el espíritu crítico y las veleidades reformistas en las regiones activas y en los medios intelectuales. «Reforma social» y «política hidraúlica» volvieron a estar de moda. Desde 1898 a 1917, bajo diversas formas, reapareció en la burguesía española el deseo de modernizar una superestructura política envejecida y gobernada por los sectores más atrasados.

Pero, cuando después de 1917, en el momento en que el ejemplo ruso exaltaba los ánimos populares, una grave crisis económica, después del breve impulso debido a la guerra mundial, provocó una nueva conjunción entre la agitación campesina y las huelgas revolucionarias; el golpe de estado de 1923 fue un segundo compromiso —y en cierto sentido una capitulación que anuncia 1936— firmada entre el capitalismo industrial y la aristocracia propietaria, bajo la cuádruple garantía del Rey, del Ejercito, del Clero y del capital financiero: primer producto híbrido del ejemplo fascista y de la reacción más tradicional.

Estos compromisos, sin embargo, no resuelven las contradicciones. La buena coyuntura de 1925 hizo creer que la «prosperidad» era el resultado del «orden». Pero la crisis que, en España, precedió de mucho al «krack» de 1929, muestra de nuevo que el retraso del Sur y del Centro limitaba las posibilidades de desarrollo de la burguesía. Esta rechazó entonces la dictadura, su centralismo, su sumisión a los intereses agrarios, sus grandes y costosas obras, su favoritismo individual, lamentando el compromiso parlamentario. Bismarck había hecho soñar a Cánovas, Poincaré podía haber hecho soñar a Cambó. El Dictador y el Rey fueron apenas defendidos contra la ola de impopularidad que les amenazaba. Se trataba de saber si una débil capa liberal de la burguesía sería todavía capaz de «coger las riendas» de una eventual revolución política.

A pesar del relativo progreso del capitalismo industrial y del papel creciente del capital financiero, la madurez política de esta burguesía seguía siendo dudosa. A nivel medio, sus horizontes eran regionales. A nivel superior aparecían los intereses extranjeros. La Banca estaba ligada

a la aristocracia y a la Iglesia. Todo intento de reforma agraria o de independencia económica tendría poderosos adversarios. Y toda amenaza proletaria haría resurgir rápidamente el frente de la reacción. Un último intento de revolución burguesa no era imposible. Pero sólo son capaces de manejar correctamente los regímenes parlamentarios o presidenciales, las burguesías con experiencia.

¿Estaban mejor preparadas las masas para grandes cambios? El descontento del campesinado era suficientemente general para que toda innovación política (y sobre todo la República) fuese considerada en el campo como una promesa *social*. Pero, ¿quién la asumiría? Los problemas regionales eran demasiado diversos (latifundio, minifundio, arrendamientos, cuestiones hidraúlicas) para que las aspiraciones campesinas fuesen coherentes, y su propia representación organizada.

El movimiento obrero despues de años de decepciones, de represiones, de vida cara, de paro, sentía más uniformemente la exigencia revolucionaria. Pero estaba dividido en cuanto a las soluciones. El Partido Comunista, con excepciones locales, casi no existía. El reformismo socialista de la U.G.T. y el apoliticismo anarco-sindicalista de la C.N.T. se reprochaban mutuamente los fracasos alternados de la insurrección y del parlamentarismo. El futuro mostrará que las masas de la U.G.T. eran sin duda más revolucionarias que sus dirigentes, y las de la C.N.T. menos apolíticas que los suyos. Pero era evidente, hacia 1930, que en el caso de un cambio político, las dos grandes organizaciones obreras se enfrentarían violentamente en cuanto a las soluciones a proponer.

La República de 1931, nacida de un instante de abandono del Antiguo Régimen por un sector de la burguesía, y de un impulso popular sin unidad, dio así las responsabilidades políticas, a un personal lo bastante nuevo como para seducir un cierto tiempo a las masas, pero poco representativo de las fuerzas existentes. Abogados, periódistas, intelectuales republicanos y socialistas, no eran en su mayoría ni políticos curtidos en los regateos con la burguesía, ni auténticos representantes de los obreros y campesinos. Y esto que, salvo alguna excepción regional, las clases medias urbanas tenían poco peso en España. Los hombres de 1931, fueron tímidos ante los chantajes económicos, y agresivos ante el Clero y el Ejército. Creyeron que era conveniente tranquilizar a los poseedores, reprimiendo duramente toda impaciencia de los trabajadores. Aquello rompió la única alianza capaz de impedir el contraataque conservador. De hecho, el darle la prioridad, como hicieron ellos, únicamente a los problemas políticos e ideo-

lógicos, y en lo social, al problema del latifundio, era emprender la revolución burguesa con retraso, a la manera del siglo XIX; mientras que las aspiraciones populares y la crisis internacional no podían dejar a España que se adaptase pacíficamente a las viejas formas políticas del capitalismo occidental. Este, en todos aquellos puntos en que se sentía amenazado —y España era uno de ellos— daba ya su preferencia al fascismo.

3 ) No hay que olvidar, que en la España del primer tercio del siglo XX, a esta crisis de la sociedad se añadía una crisis de la nación, sin la cual la guerra civil de 1936 no hubiera tenido la misma fisonomía.

Marx observó que la España Imperial de Carlos V y Felipe II, se parecía más a los imperios multinacionales de Oriente que a las futuras «naciones-estado» de Europa Occidental. Sin embargo, en el siglo XVIII y en la resistencia a Napoleón, una nación española única, parecía anunciarse a traves de la solidaridad de intereses, de los progresos de la unidad lingüística e intelectual, de la centralización administrativa mejor aceptada.

Este proceso, característico del auge capitalista en Europa occidental, fue interrumpido por el fracaso parcial de la formación del capitalismo español, que ya hemos descrito. Solamente algunas regiones se industrializaron. Cataluña en la rama textil, típica de una primera fase de desarrollo, luego el País Vasco en la rama metalúrgica, típica de un segundo período. Esas regiones —sobre todo y anteriormente Cataluña— se propusieron encarnar el «trabajo nacional» y su defensa aduanera, y organizar a España en tanto que marcado. Pero España Meridional y Central, que permaneció ampliamente pre-capitalista y totalmente ajena a la industrialización, mantuvo, sin embargo, su predominio político. Este desfase entre fuerzas económicas ascendientes y superestructura de Estado, agrió progresivamente las relaciones entre regiones. La burguesía catalana, que consiguió imponer, mal, y nunca de manera contínua, la solidaridad económica *española*, se acostumbró a acudir a las solidaridades *catalanas*, contra la incomprensión del Centro y contra el sub-desarrollo del Sur.

En estas condiciones, la era de la nación burguesa tomó en España un aspecto singular; como en algunos estados multinacionales de Europa Central, la burguesía industrial estimuló más las solidaridades lingüísticas y las evocaciones históricas en el marco *regional* que en el marco del *Estado*. Pero los que así invocan el renacimento de viejas comunidades, no guardan siempre el control de aquellas. La política de Madrid fue tan a menudo antipopular, que ofreció al regionalismo burgués el apoyo de una oposición

de masas. Alimentados en un principio por las dficultades del capitalismo industrial para dominar el marco español, los particularismos catalán y vasco mezclaron rápidamente, en las clases medias y populares, los fines nacionales a la esperanza democrática. Y el movimiento obrero, primero desconfiado con razón ante la sustitución de una solidaridad patriótica a la solidaridad de clase, tuvo cada vez más ocasiones, en el siglo XX, de utilizar los aspectos progresivos de los movimientos regionales, y de aliarse a las oposiciones democráticas campesinas e intelectual, de combatir una burguesía cuya traición fue rápidamente demostrada, dado que varias veces los partidos burgueses, iniciadores del «regionalismo», imploraron temerosamente el restablecimiento del «orden» por el tan odiado poder central.

Hay que añadir, que los particularismos españoles se fundaban en profundas diferenciaciones históricas y que, desde el siglo XIX, alimentaron dos formas de oposición popular: el Carlismo, reacción de los viejos comunitarismos contra el individualismo liberal, y el federalismo, reacción de los grupos republicanos y anarquizantes contra el Estado centralista y autoritario. En realidad, desde la condena por Fernando VII de la Revolución de 1812, y desde el fin de la acumulación masiva del capital con la pérdida de las colonias, el destino del «Estado-Nación» unitario y burgués había quedado comprometido. España ya no seguía el camino del Occidente de Europa.

Sin embargo, en Madrid quedaba una impresión de fracaso, un complejo de inferioridad. La opinión castellana media, el personal político, los intelectuales de la «generación del 98», cultivaban una nostalgia de la unidad y de la potencia que, en los republicanos de 1931, estorbó considerablemente la adopción de una constitución claramente federal, abierta sin reticencias a las voluntades regionales de autonomía, y que dentro de la oposición a la República, dio a la ideología fascista, —nacionalista, unitaria, imperialista— la ocasión de pasar a la ofensiva en 1936.

4) De todas formas, los problemas exteriores no podían dejar a España indiferente, a pesar de su papel pasivo en el reparto imperialista, y a pesar de su neutralidad durante la guerra de 1914-1918.

En la encrucijada de Europa y Africa, del Atlantico y del Mediterráneo, España llama la atención tan pronto como se preparan los grandes conflictos. Sus recursos naturales, su insuficiencia de bienes de equipo, atraen al capital extranjero. Un largo pasado colonial le dejó posiciones lejanas (en el Pacífico y en América) hasta 1898, y en Africa, hasta nuestros días.Una tradición militar, marcada por el hecho colonial, por las guerras civiles del siglo XIX, por

la estructura social española, da al «ejército» (hay que entender: sus jefes) un papel desproporcionado con las necesidades de defensa del país.

No es de extrañar, que en estas condiciones las crisis internas de España en la época del imperialismo, hayan tenido relaciones con sus crisis externas; la derrota de 1898, trastornó el concepto que el país tenía de sí mismo; la guerra de Marruecos, en 1909, que encendió y ensangrentó a Barcelona, liquidando la experiencia Maura; las derrotas del Rif en 1921, minaron el poder y llevaron el ejército al golpe de Estado. Solamente la crisis de 1930-31 careció casi por completo de factores externos. No fue así en 1936, que hizo de España el lugar de preparación más importante del gran conflicto internacional, al que por otra parte se acoplaba un gran conflicto de clases.

Conviene analizar la complejidad de esta última relación. Ciertos intereses precisos luchan en España por un reparto renovado de los recursos del país. Pero los intereses ya creados (inglés y francés) temían ser desposeídos tanto por el campo adverso (italo-alemán) como por una eventual revolución social. A la actitud ofensiva del fascismo italo-alemán responde entonces la defensiva vacilante de la democracia inglesa, y la actitud contradictoria de un gobierno francés elegido por una mayoría popular, pero dominado por la reacción burguesa. De hecho, hay que ver, dominando los conflictos y los incidentes concretos, la doble ola pasional del instinto conservador, que aplaudía el golpe de estado militar, y del entusiasmo democrático por la causa del pueblo español, identificada repentinamente con la solidaridad antifascista internacional y el internacionalismo proletario.

Esta división espontánea está igualmente clara en lo mas profundo de España. Realmente, cada español, reacciona primero pasionalmente, de manera global, y la reacción que domina es la que está dictada por las pertenencias de clase. Sin embargo, según que se trate del País Vasco, de Cataluña, o de Castilla, la reacción de clase puede ser (en el plano individual y finalmente a escala estadística) o bien reforzada, o bien parcialmente contrarrestada por la reacción de grupo. La propaganda nacionalista y unitaria, amplía en Castilla la audiencia de los que preparan el «pronunciamiento». Lo hace, al contrario, difícilmente aceptable en las regiones que acaban de obtener su autonomía, incluso en las burguesías que las dirigen. Estas burguesías, si se unen al golpe de estado, no pueden tener buena conciencia. Si se unen a la resistencia, representarán en ésta el elemento inquieto, el freno espontáneo, ante el proceso revolucionario que se desencadenará.

Finalmente, las simpatías y los apoyos extranjeros, que se manifestaron desde el principio de la guerra civil, dieron a los dos campos, la ocasión de denunciarse mútuamente, de estar ligados a intereses extranjeros. Habría que analizar hasta donde ha llegado la popularidad de las Brigadas Internacionales entre los republicanos, y la impopularidad (que algunos signos denuncian) de las tropas italianas y alemanas entre los que fueron sus aliados. Es cierto que para muchos combatientes del campo republicano, la guerra fue a la vez patriótica y revolucionaria. Pero los intentos de dirigirse a la solidaridad de clase de los simples soldados italianos, durante la batalla de Guadalajara, tienen también su interés para la historia de las guerras del siglo XX. Lo mismo que la experiencia militar de la Legión Cóndor de España forman parte de la historia de la Segunda Guerra Mundial. No se puede desligar la guerra de España de la coyuntura internacional de los anos 30; quedará como un campo de investigación privilegiado para aquellos que se interesen por el gran problema de los lazos entre los conflictos de clase y los conflictos de grupo, entre patriotismo defensivo e internacionalismo proletario, entre nacionalismo burgués y traición de los intereses nacionales por las burguesías.

5) Los *problemas espirituales* españoles son igualmente parientes cercanos de estos desgarramientos y de esas contradicciones. Los intelectuales de la «generación del 98» y sus discípulos, por su arraigo a la antigua herencia cultural española, están a menudo en el orígen de un culto al pasado y de un nacionalismo ampliamente utilizados por la propaganda tradicionalista, y para la construcción ideológica de un José Antonio Primo de Rivera en busca de fundamentos originales para un fascismo español. Las dudas angustiadas de Unamuno en 1936, son muy simbólicas. Demasiado alejado del pueblo, estuvo a punto de condenarlo; luego percibió el peligro que ello representaba para la libertad, y el espíritu de violencia y de venganza de las clases poseedoras desde el momento en que están amenazadas. Poco después de su muerte, en la lucha popular, se realizaron las mas altas síntesis de la creación espíritual española del siglo XX, con Machado, Alberti, Hernández. Pero no hay que velar las responsabilidades de ciertos confusionismos seudo-filosóficos en la preparación sicológica de la guerra civil de 1936.

La *cuestión* religiosa toca fenómenos más masivos. En rara ocasión habrá sido utilizada la religión como factor de exaltación y de violencia con tanta brutalidad como lo hizo la iglesia española, entre 1931 y 1955-1960. Cierto es que en contrapartida, un amplio sector de la opinión republicana y del movimiento obrero consideraba, por una tradición

heredada del siglo XIX, que todo conflicto político-social se terminaba por una victoria o por una derrota de «curas y frailes». En 1936, de un lado se predicó la «cruzada», y del otro se represalió alcanzando muchas veces al clero, sobrepasando por lo tanto la simple sanción de unas responsabilidades concretas.

El deber del historiador no es pronunciarse sobre este punto, el de las condenas y las justificaciones. No es tampoco el encubrir o subestimar las realidades. Es buscar una explicación a esta forma, muy particular de España, de los enfrentamientos político-sociales. Se ha hablado de «dos Españas». Habría sin embargo que trazar sus fronteras (bloques sociales, bloques regionales, bloques intelectuales).

El análisis concienzudo de estos fenómenos es tanto más importante cuanto que después de 1940, la victoria del golpe de estado militar se tradujo por una presión religiosa, por un papel de la Iglesia dentro de la sociedad y la educación de una amplitud excepcional, sin duda, única en el siglo XX.

El hecho de que hoy las cosas hayan cambiado parcialmente, de que una fracción importante del bajo clero español no tenga ya la sicología integrista de antes, y de que relaciones nuevas aparezcan entre opinión católica y opinión progresista, no debiera disimular ni la importancia histórica, ni las huellas todavía sensibles del largo episodio en que la Iglesia Española se identifica con un régimen de presión y de represión, que pesa todavía sobre el conjunto del pueblo español.

Esta es la perspectiva que debiera imponerse, profundizando las indicaciones que he tratado de clasificar, todo historiador deseoso de abordar la guerra de España como objeto de investigación, en lugar de reanudar relatos en los cuales los puntos oscuros son muy a menudo de poca importancia, o discusiones sobre las responsabilidades de tales hombres, o sobre lo que hubiera convenido hacer tal o cual día . Abordemos rapidamente un catàlogo de preguntas sobre la República de 1931 y sobre la propia guerra, capaces de aclarar más allá de los *hechos*, los *fenómenos* profundos.

## II

## *CUESTIONES A ACLARAR, INVESTIGACIONES A PROFUNDIZAR*

I. *La República y los orígenes de la guerra:*

A) *¿Porqué* 1931?

No basta con reconstituir (lo cual es facil) el aislamiento de Primo de Rivera, las vacilaciones de Berenguer, la marcha de la agitación republicana, la formación del gabinete Aznar, las elecciones de Abril. Haria falta análisis de fondo.

a) *Respecto del antiguo Régimen:* ¿Por qué hubo abandonos y reblandecimiento del espíritu de resistencia? ¿Acaso hubo solamente (y a que niveles) cansancio y envejecimiento del personal? O conciencia, por parte de algunos de que incluso la aristocracia tendría que buscar otras formas de dominación y de vida (renuncia a la vida de rentas, participación activa en las formas modernas de la economía industrial, bancaria, etc)

Hay que hacer sobre este punto un anàlisis de la *Corte*, del *Rey*, y de su círculo familiar o inmediato, de sus consejos extranjeros: en que medida tienen todavía confianza en si mismos. ¿De dónde proviene su fácil renuncia?

*El Alto Clero:* plantea igualmente problemas: cuáles son sus orígenes hacia 1930, sus arraigos sociales, su educación, su tipo de ingresos, la fuerza de sus instituciones, sus lazos y su autoridad sobre las capas diversas del personal eclesiástico (seminarios, clero parroquial, clero regular).

Finalmente el *Ejército* debiera ser mejor conocido: aqui no cabe duda que existen divergencias. El fracaso de Primo de Rivera requiere la crítica del «Pronunciamiento» (y de ciertas resignaciones —la de Sanjurjo en 1931); pero el recuerdo de los militares progresistas del siglo XIX no se ha perdido (p. ej. el intento de Jaca); existen igualmente tradiciones masónicas; sin embargo, parece que el espíritu de «señorito» domina en los jóvenes cuadros. Las memorias de Hidalgo de Cisneros sugieren sobre todos estos puntos las orientaciones de investigación posibles. En el interior mismo de las *clases* hay diversos ambientes (familiares, espíritu de cuerpo, etc.) y la vida del *soldado*, su mediocridad, la falta de contacto entre los oficiales y la tropa, debiera ser más conocida, sin olvidar los *cuerpos especiales*, sobre todo la *Guardia Civil*, que requiere un análisis sicológico y sociológico, o el ejército colonial, la Legión, etc.

Aunque en los sucesos de 1931 parece que ese conjunto de instituciones y de cuerpos no tiene sino un papel pasivo,

la oposición que van a desarrollar desde los primeros meses de la República, y el encuadramiento que daràn el golpe de estado de 1936 y al Régimen Franquista, obligan a no descuidar nada de lo que se pudiera establecer sobre ellos.

Sería importante, en particular, buscar la implantación social y regional de este personal, de estas instituciones, de estas clases; porque la guerra de 1936 mostrará desde este punto de vista contrastes sorprendentes; hay campesinados en donde el clero, el ejército, la Guardia Civil, la Administración local, acampan como en país enemigo, y hay zonas en que sus representantes reinan verdaderamente como si fueran los amos.

b) *Respecto de la Burguesía*, esta claro que en 1931 los sectores más elevados y más ligados a la política (Cambó y su círculo, por ejemplo) temen cualquier cambio político como origen posible de un conflicto social violento. Sostendràn al antiguo régimen hasta el último momento. Sin embargo un estudio (que habría que profundizar) de la prensa especializada, de las revistas publicadas por las fuerzas financieras y económicas, muestran una desafección latente (y momentánea) de ciertos grupos hacia el sistema político en el poder, particularmente hacia los metodos de la dictadura de Primo de Rivera y de sus consejeros económicos.

Habría pues que proceder a un estudio de esta *tentación* de terminar la revolución burguesa, que atormenta a una parte de la clase dirigente española, antes de 1931.

El por qué de este descontento latente, de estos vagos deseos, debiera ser descubierto,

—en análisis de estructura (conciencia de que hay que pasar un límite en el desarrollo, espíritu de grupo e intereses de las burguesías catalana y vasca, etc.)

—en análisis de coyuntura (¿cúando empiezan los signos de crisis?). Cronología exacta de los tiempos de prosperidad y de las dificultades dentro de cada sector: *objetivas* (balanza de pagos) y *subjetivas* (huída de capitales, especulaciones).

Convendría analizar, en la prensa directamente inspirada por estos diversos sectores de la burguesía, las actitudes implícitas o explícitas hacia las formas políticas en el extranjero, elogios o críticas (directos o encubiertos) de los regimenes democráticos, de los fascismos, de las instituciones internacionales, de los movimientos obreros, de las reformas agrarias. Se podría encontrar allí los gérmenes de próximas posiciones en España sobre los mismos problemas y sobre las preferencias al respecto.

c) *Respecto de las masas populares y trabajadoras*, habría que proceder también a una profundización de nuestro conocimiento de los hechos que preceden inmediatamente

1931. Estamos relativamente bien documentados sobre las posiciones de las organizaciones obreras, partidos y sindicatos, y sobre la cronología de las agitaciones: incidentes, huelgas, manifestaciones, etc.

Pero quedaría por precisar, estadísticamente, si fuera posible, las fuerzas en presencia, en particular en el campo menos conocido, que es el del descontento y la agitación entre los campesinos.

Otra vez aquí lo *estructural* (contradicciones permanentes) no debe de confundirse, pero puede ser revelado por lo *coyuntural* (medida del paro campesino y obrero, en las diversas fechas, en las diversas estaciones, reivindicaciones y luchas por los salarios, crisis de los mercados para los campesinos, etc.).

Este tipo de investigaciones precisas (que habría que llevar, si fuera necesario, por monografías locales o sectoriales) debe permitir, en particular, establecer una continuidad (o unos contrastes) entre las reivindicaciones anteriores a la República, y las que caracterizarán los primeros meses del nuevo régimen. Pues es importante establecer cómo y por qué la agitación social ayudó al advenimiento de la República, como los trabajadores imaginaron lo que esta traería socialmente, y cómo se percataron de la distancia que hay entre revolución política y modificaciones sociales.

d) *Respecto de las clases medias y de la pequeña burguesa*, lo esencial sería, sin duda, concretizar, a base de estudios particulares, los contrastes regionales.

Esta claro que en Cataluña, la pequeña burguesía campesina, boticaria, intelectual, reforzada por la gran masa de los empleados urbanos, tiene sus posibilidades en una organización política democrática, y las desarrolla en el marco de la autonomía, a pesar de las fuerzas burguesas y tradicionalistas políticamente muy organizadas, y una potente clase obrera no menos organizada y no menos apegada a viejas actitudes. Esto es ya menos patente en el País Vasco. Y hay regiones enteras —sobre todo Andalucía— donde esta influencia de las clases medias se verá necesariamente reducida.

Pero lo que más nos falta, es un análisis de las clases medias castellanas, que existen pero que no son coherentes; el campesinado acomodado del «Norte de Castilla» (para caracterizarlo por el nombre de un periódico que lo representa bien) no tiene ni los mismos intereses, ni la misma posición, que la pequeña burguesía madrileña, de la que surgirán tanto los estudiantes madrileños republicanos que sueñan con una ascensión a través de la política, como los émulos de los «señoritos» cuando se cree la Falange.

e) *Los intelectuales*, cuyo papel en los primeros tiempos de la República será muy brillante, pueden y deben ser objeto de un estudio particular. No se les puede confundir enteramente con la representación de la pequeña o media burguesía, aunque la mayoría esten socialmente arraigados en ellas.

Dos errores son posibles al estudiarlos: no darles importancia, o bien hacerlo de manera excesiva. Un cuadro de la España pre-republicana que no destacase el papel cotidiano (asumido en particular por el intermediario de la prensa) de hombres como Unamuno, Ortega, Marañón, de instituciones como el Ateneo, de agrupaciones con un espíritu bien definido como la Institución Libre de Enseñanza, no sólo sería incompleto, sino también deformador. Sin embargo, me parece que hay que evitar el identificar a la República española con estas instituciones y esos personajes, pues correríamos el riesgo de recoger solamente sus rasgos ideológicos más superficiales. El hecho de que la República de 1931 se instalara en un ambiente de creación intelectual ardiente, del cual España puede estar orgullosa con razón, no debe encubrir que en realidad las opciones no eran de carácter intelectual o moral, sino esencialmente de carácter social. El análisis de las ideologías exige que se aprecien los límites de su valor representativo.

Partiendo de las investigaciones que preconizamos, el estudio más clásico de los acontecimientos del invierno de 1930 y de la primavera de 1931 —en particular las elecciones de Abril y de Mayo, por los métodos experimentados de la «geografía electoral»— evitaría el riesgo, descuidado con frecuencia, de considerar los datos políticos como «materia prima», y de atribuir los acontecimientos a los propios acontecimientos, cuando surgen en realidad de una combinación compleja (pero a pesar de todo comprensible) de lo voluntario y de lo necesario, de lo coyuntural y de lo estructural.

B) *Que tipo de revolución creyó realizar la república reformadora?*

Es imposible, en el bienio «1931-1933», discutir la voluntad de reforma y de creación, que podría llamarse revolución institucional.

¿Cómo estudiar y explicar los valores y los límites de esta revolución?

a) *Sería necesario un estudio social e intelectual del personal político.*

Se percibiría la contradicción ya señalada: el personal político de 1931, es poco representativo de la sociedad española. No está suficientemente ligado con la alta y media burguesía, como para orientar desde su principio el funcio-

namiento de las instituciones en el sentido de los grandes intereses burgueses. No está suficientemente ligado, en su conjunto, con las clases campesinas y obreras, como para traducir inmediatamente en actos sus aspiraciones concretas y sus intereses a largo plazo. Esto no podría quedar sólidamente explicado, sino por una calificación detallada de las relaciones familiares, de las profesiones, y de las formas de ingresos y de vida, de los pasados intelectuales (formación escolar, publicaciones) de todo, o parte, de los personajes y de los grupos responsables.

b) *Se necesitaría un estudio estrictamente cronológico, no solamente de las decisiones tomadas, sino también de sus límites de aplicación:*

Nos percataríamos rápidamente, que a pesar de las reformas de las instituciones políticas, administrativas, escolares, agrarias, regionales, el desgaste político del nuevo régimen republicano en la acción cotidiana, se ha efectuado *mucho más deprisa* que las posibilidades de aplicación de tales reformas. De hecho, la mayoría de éstas fueron decididas poco antes de que las transformaciones electorales de 1933 y los acontecimientos de 1934 pusieran en manos de sus adversarios la tarea de aplicar estas reformas. ¿Cómo juzgar entonces la obra reformadora?

No ha sido suficientemente hecho el necesario análisis de este fenómeno, que, sin embargo, es teóricamente muy interesante, el fracaso *inmediato* de una reforma democrática,

—por la incapacidad de gobernar, en un marco burgués, contra los intereses de la burguesía,

—por la imposibilidad, si no se gobierna contra los intereses de la burguesía, de movilizar a las clases obreras y campesinas en torno a sus propios intereses. Un verdadero estudio de la República española se hará cuando se haya reconstituido, no lo que *haya realizado*, sino lo que *no haya podido realizarse*, porque la República solamente ha hecho una *revolución política*, sin tocar (incluso en el plano agrario, donde tuvo la intención de hacerlo) las estructuras de base de la propiedad.

C) *¿Por qué* 1933, *por qué* 1934?

En realidad, no se puede explicar 1936 sin aclarar primero, en 1933, el fracaso electoral de la República reformadora, y, en 1934, el intento y el fracaso de una resistencia revolucionaria a la reacción.

Atacando al Ejército, al Clero, a la Monarquía y a su personal, los republicanos creyeron hacer, y asegurar la revolución democrática, porque consideraban ésta como una

liquidación del Antiguo Régimen: pero olvidaban que, en el siglo XX, la *burguesía* forma parte instintivamente de las fuerzas de la reacción.

Puede ser que en una coyuntura de auge del capitalismo hubiera habido industriales y financieros lo bastante optimistas como para alegrarse de la desaparición de ciertas ideologías, y para plantearse el utilizar las jóvenes instituciones en su propio provecho. Pero en plena crisis mundial, y ante la agitación probable, ineluctible, del mundo obrero, el bloque conservador se reconstituyó en pocos meses —quizás en algunas semanas—. Sin duda, se le da demasiada importancia a las maniobras de un Alcalá Zamora, o de un Maura, a la colaborción con el régimen, de una fracción modesta (y que sería conveniente delimitar) del capitalismo medio catalán. De hecho, como en 1868-1874, como en 1917-1923, serán necesarios seis años al bloque conservador para coger las fuerzas suficientes para una ofensiva eficaz. Pero desde las primeras emociones revolucionarias, optó por una contrarrevolución. Existe aquí, la posibilidad de intentar un esbozo a través de una aproximación precisa de los cambios de actitudes, de vocabulario, de acción, en el seno de los diversos sectores de la burguesía, entre la decadencia de la Dictadura (1927-1928) y la de las fuerzas del golpe de estado (1936).

Una aproximación simétrica es necesaria para buscar como la clase obrera y las masas campesinas, abandonando un momento las actitudes apolíticas o anti-políticas que sus estructuras y sus tradiciones, todavía fuertemente influenciadas por el anarco-sindicalismo, inspiraban a una gran parte de estas masas, ayudaron a la implantación de la República y votaron ampliamente por unas Cortes republicanas y reformistas en 1931, pero quedaron tan rápidamente defraudadas( que su cambio de opinión o su abstención acabaron en Diciembre de 1933 con la experiencia del primer «Bienio» reformador. Se atribuye a menudo este cambio de opinión a la obra de las *Cortes* (en particular a las leyes religiosas). De hecho, para las masas trabajadoras, la decepción vino, no de *lo que la república realizó*, sino de *lo que no realizó*, y que se esperaba que hiciera rápidamente: una reforma agraria *inmediata*, y no dos años de discusiones y de estudios, una Constitución *verdaderamente federal*, y no un estatuto regional atribuído sólo a Cataluña, después también de largas vacilaciones y no sin mal humor, y por fin, una *política social* francamente nueva, y no una timidez, un temor de asustar que en la *acción cotidiana* hizo todo lo posible para tranquilizar a los patronos (sin lograrlo), y que solamente tomó medidas violentas —a veces criminales— contra las huelgas obreras y las agitaciones campesinas.

*Legislar contra las fuerzas del Antiguo Régimen, y gobernar contra la masa,* era perder a la vez el apoyo de los bloques regionales tradicionalistas y a los únicos aliados posibles de la revolución.

En el paso al «Bienio negro» de reacción, habría pues, que medir lo que tiene su origen en la reaparición de la influencia de los antiguos cuadros religiosos y sociales en ciertas regiones campesinas, y lo que tiene su origen en la vuelta a la oposición de ciertos sectores revolucionarios.

Esta vuelta a la oposición de los militantes y cuadros del movimiento obrero y del movimiento campesino se ha realizado frecuentemente en favor de las tendencias anarquizantes, porque éstas encontraban su justificación en la actitud anti-obrera de la República, que ilustraba con demasiada frecuencia el calificativo de «burguesa». El apoliticismo tradicional triunfaba... el «ya lo habiamos dicho». Hay que apuntar, sin embargo, que la misma previsión crítica contra la república burguesa tenía otro sentido en la prensa y la propaganda del Partido Comunista en vías de organización y de progresión, porque, en lugar de preconizar el apoliticismo preconizaba, al contrario, *la acción política* a todos los niveles. Lo importante sería verificar en que medida un tal análisis penetra, ya sea directamente por la propaganda, o por una evolución espontánea de la gente ante los hechos,

—en las masas de tradición anarquistas,

—en las masas de tradición reformista, ya que es de allí de donde surgirán las futuras posibilidades de unidad, de combate común.

Octubre de 1934 sigue siendo, desde este punto de vista, un episodio que hay que analizar profundamente. La incapacidad de auto-defensa de la República sugiere el defenderla con la Insurrección. Esto triunfa, localmente, por el hecho de que existe unidad en la base. Pero, ¿por qué no está todo el país preparado para la experiencia? Se trata de una de las cuestiones más importantes por aclarar en el análisis; de la inmediata ante-guerra.

El caso de la insurrección catalana aclararía el problema, si se impulsase el estudio de ciertos problemas teóricos no menos importantes,

—la imposibilidad, en un marco que no sea verdaderamente federal, de realizar regionalmente una política social que no es aceptada por el Centro.

—la imposibilidad de organizar «desde arriba» una rebelión, sin la alianza del movimiento obrero más importante.

—la dificultad de utilizar la combatividad del campesinado a partir de un movimiento iniciado en la capital.

—los peligros de desviaciones de carácter fascista por la exaltación de un nacionalismo pequeño-burgués.

—el mediocre entusiasmo de las clientelas sociales e in-

telectuales de los partidos democráticos si salen de la legalidad.

El mero hecho de que la clase obrera de Asturias y el Gobierno democrático catalán se hayan planteado, en una misma ocasión, salir de esta legalidad, prueba sin embargo, —y esto es un antecedente significativo— que la España de 1934 no ha franqueado el umbral del sistema burgués parlamentario de estilo inglés o francés, donde los conflictos se solucionan «entre bastidores», no en la calle. Observemos, no obstante, que en 1934, año de aguda crisis en las economías y en los espíritus, hubo en Francia un intento de insurrección de carácter fascista, y en Austria hubo el aplastamiento de los obreros socialistas por el cristiano-demócrata Dollfuss. Por todas partes, la lucha de clases toma el aspecto de una resistencia a la «deflación», solución desesperada de la burguesía contra la crisis. Un estudio coyuntural debe también ayudar al análisis histórico-político.

D) *Del Frente Popular a la Guerra.*

El Frente Popular no es solamente una táctica, el resultado de una decisión política tomada y realizada a diversos niveles: es un *fenómeno* internacional, que responde a un instinto de defensa común, ante la amenaza fascista, de las clases obreras y medias apegadas a formas democráticas como a su única garantía contra la dictadura del gran capital.

El carácter violento que adopta la lucha de clases en 1936 no es, pues, un hecho exclusivamente español. Pero tampoco es una casualidad que el primer conflicto armado de la Segunda Guerra Mundial estalle en España. Todo lo que hemos dicho permitía preverlo. Las sordas luchas de los meses que separan Octubre 1934 de Febrero 1936 no se pueden resumir en los escándalos en torno a Lerroux, o en las «maniobras de pasillo» entre Alcala Zamora y Portela Valladares. Estas luchas se maduran en el campo y en las fábricas. Nos gustaría tener, para toda España, el equivalente de una documentación aparecida en 1935 sobre la reacción agraria en Cataluña: un simple libro que contiene la interminable lista de arrendatarios expulsados por los propietarios por haber pedido la aplicación de la ley sobre los arriendos, que fue votada por la Generalidad, y suprimida después de su fracaso de Octubre. En este tipo de documentos, que tienen un valor *estadístico* y *social*, se puede descubrir el *fondo social de la lucha política*. En Francia, donde la reacción de 1935 no había adoptado formas brutales, es suficiente el triunfo popular en las elecciones de mayo de 1936 para desencadenar el más viguroso movimiento espontáneo de huelgas que el país ha conocido. Cómo esperar que no iba a crear un ambiente revolucionario un éxito

electoral del mismo tipo, en la España de Febrero de 1936, donde la reacción social había tomado el aspecto de venganza ¡No olvidemos que treinta mil prisioneros políticos salieron entonces de las cárceles!

Y sin embargo, sería importante acentuar tanto la *espontaneidad,* como los límites de las iniciativas revolucionarias locales (sobre todo en el aspecto agrario) que siguieron al cambio político de Febrero. Los discursos parlamentarios y los periódicos, fuentes generalmente empleadas por los historiadores de este período, debieran ser tratados críticamente. Unicamente las monografías locales esclarecerían el carácter de los incidentes.

Por el contrario, si conocemos ya bien las violencias fascistas y los complots políticos con sus lazos extranjeros —que condujeron a la revolución de Julio, lo que convendría reconstituir es el ambiente de miedo, de tensión, de rabia sorda, originados por la inesperada victoria del Frente Popular, en cada nucleo de fuerzas reaccionarias y burguesas: desde los pequeños círculos de políticos pueblerinos hasta las comidas de estado mayor; desde los secretariados de obispados hasta las redacciones de los periódicos conservadores. «Tertulias de café», llamaba Casares Quiroga a los rumores de complot. Lo cual quizás no era falso. Pero todos los pronunciamientos del siglo XIX habían sido comentados antes en las «tertulias de café». Este es, quizá, el momento en que comienzan a ser peligrosas.

### E) «*Pronunciamiento*» o ¿*Guerra Civil*?

Nunca está fuera de duda —y no tiene demasiado interés el saberlo— en qué medida, *individual* y *subjetivamente,* cada uno de los generales u oficiales que iniciaron el movimiento de 18 de Julio de 1936 creía participar en un clásico pronunciamiento, o se daba cuenta de que entraba en una larga guerra civil, y en una guerra civil *de masa* (muy distinta en ese sentido de las guerras Carlistas, cuya brutalidad en la forma no debe hacer sobrestimar su importancia en la vida cotidiana de la nación).

Sin duda la mayor parte creía ganar o perder la batalla en algunas horas (lo cual es normal). Y aquí es donde se sitúa el gran cambio: el aparato del Estado escapa al Gobierno; sin embargo, las masas organizadas lo reconstituyen. Es por esto por lo que la guerra civil española tiene un lugar eminente en la historia de la lucha de clases. Esto tiene mucha mayor importancia que insistir sobre la evidentes perfecciones, dudas, divergencias regionales, qué fenómeno contiene y no podía dejar de contener. Pero hay elementos que, desde el principio, deberían de estar sometidos al análisis del historiador,

—*del lado de los republicanos:* la *conciencia de legalidad* que incorpora a la resistencia un número no despreciable de intelectuales y de hombres de clases medias; pero también, los *límites del compromiso* de estos elementos burgueses, desde que aparece el carácter revolucionario de los acontecimientos. Así como hay, naturalmente, casos de perfecta lealtad en la colaboración de los militares fieles a la República; sin embargo, estadística y sicológicamente, hay límites «existenciales» pocas veces franqueados.

—*En el otro campo:* es significativo constatar que el pronunciamiento conduce, desde los primeros instantes a la guerra de clase, por una práctica de la represión, que recuerda los días que siguieron a la Comuna en Francia. No se trata solamente de precaución o de castigo, existe un instinto de exterminación, un espíritu de venganza. No sabremos exactamente los orígenes de esto hasta que sea posible establecer monografías locales, basándose en recuerdos seguros y en documentos concretos. Pero el carácter generalizado, y extendido a las tierras menos agitadas, de este «terror blanco» es un objeto de estudio y de reflexión.

No hay ninguna razón para encubrir el carácter violento de las represiones durante los primeros meses en el seno de la zona republicana. Los análisis históricos que quedan por hacer podrán aplicarse a la distinción entre *sanciones legales* por participación directa en el levantamiento, *precauciones* tomadas contra una «quinta columna» oficialmente anunciada por el adversario, y por otra parte las *violencias «incontroladas»* que dieron (si bien durante poco tiempo) a este principio de guerra civil, un aspecto de venganzas entre clases sociales y viejos adversarios políticos e ideológicos. Hubo aquí una extraña coincidencia entre lejanas tradiciones (como los incendios de conventos y los masacres de sacerdotes) y muy recientes y acerbos recuerdos (como la represión de 1934).

F) *El destino de España y la Segunda Guerra Mundial.*

Dejo de lado voluntariamente —porque es el más frecuentemente, casi el más exclusivamente, tratado —los aspectos militares y políticos de la dirección de la guerra, en cada uno de los dos campos, y particularmente en el campo republicano, donde los problemas de unidad de concepción y de jefatura fueron, sino más agudos, más visibles.

Me podrían decir que se trata de problemas esenciales. Pero se corre cierto peligro tratándolos como si fuesen los únicos, o casi los únicos problemas. Porque partiendo de ello, las cuestiones planteadas o no formuladas, giran siempre en torno a esta preocupación: ¿a quién son debidos los fracasos?

Ciertamente no se trata de eliminar, incluso como historiador, la noción de *responsabilidad*, ya sea colectiva o individual.

Pero si se eliminan con exceso las condiciones *objetivas* de un desarrollo histórico, el riesgo es grande.

Hay dos aspectos, respecto de la derrota republicana, que creo no han sido suficientemente puestos en evidencia:

—el campo republicano ha tenido que alimentar una población muy densa, en las regiones menos productivas en materias alimenticias de primera necesidad; el otro campo ha dispuesto de la España agraria, y solamente ha tenido que alimentar las grandes ciudades en el último momento. Resulta que la situación alimenticia ha sido uno de los más graves factores de las dificultades materiales y del cansancio moral en la segunda mitad de la guerra.

—Es cierto que el factor internacional no ha sido descuidado. Sin embargo, si se reconstituye la coyuntura internacional en la que se desarrolla la guerra de España, es necesario considerarla como el primer episodio del período ascendente de los fascismos en el conflicto, es decir, colocar la derrota española en el mismo plano que la derrota francesa, que la derrota polaca, y que los primeros meses de la guerra en la Unión Soviética. Todos los factores han obrado, durante un cierto tiempo, en favor de las potencias fascistas, porque ellas representaban, en realidad, sicológica y socialmente, el *mismo campo* que las democracias burguesas que ellas provocaban. Fue necesario que tomaran conciencia del *peligro directo* que el nazismo representaba para sus intereses imperialistas, e incluso su supervivencia, para que la lucha contra este se hiciese *efectiva*. Mientras tanto, todo ocurrió como si el objetivo de toda diplomacia fuese aislar la República española, e impedir a la URSS, y a los voluntarios internacionales que rompieran eficazmente este aislamiento. Cualesquiera que hayan sido las responsabilidades internas, los pequeños errores, cualesquiera que sean las hipótesis más o menos gratuitas y fáciles de hacer, sobre lo que hubiera debido hacerse en tal o cual momento, me pregunto si el más evidente de los fenómenos explicativos no es esta actitud internacional de la burguesía, esta defensa instintiva contra toda amenaza de revolución, que debía, en 1945, reaparecer bajo la forma de las garantías dadas a Franco, contrariamente a las esperanzas populares, por el «Occidente democrático», por el «Mundo Libre» lo que lleva verdaderamente al máximo la ironía de estas palabras.

Cualquier análisis de la guerra de España, que no sea un análisis de las luchas de clases en el plano mundial, no tendría alcance.

# Miguel Hernández, poeta de mañana

## por Juan Marinello

Como ocurre con todos los creadores verdaderos —los de raíz y flor—, el paso de los días define y ensancha la significación de Miguel Hernández en la poesía española. El escribió, a la muerte de Pablo de la Torriente, éstos versos proféticos:

> No temáis que se extinga su sangre sin objeto
> porque este es de los muertos que crecen y se agrandan
> aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.

El tiempo, que ha ido acreciendo la estatura del luchador cubano, joven de pluma y de pelea como su hermano español, está levantando al más firme nivel la obra del autor de **Viento del pueblo.** No es ajeno a ello la vida y la muerte del poeta: su largo martirio bajo la barbarie franquista, la clara lealtad a su gente, a su pueblo y a su tiempo; pero lo esencial de su creciente grandeza está en la sustancia, en la calidad de su obra lírica. Miguel Hernández es una gran voz patriótica, revolucionaria, pero lo es en razón de su singular poema combatiente.

La guerra civil española, guerra de liberación que no ha terminado todavía, fue una gran prueba, y un gran tesoro, para la poesía de la península. Con decir que sus cultivadores genuinos fueron y son poetas del destierro (cuando no, como García Lorca, poetas de la muerte), está dicho lo más. Unamuno murió de la herida de su España, Juan Ramón Jiménez no volvió a ver el sol andaluz, Antonio Machado, caído con su pueblo, afiló su tono mayor en la coyuntura heroica, León Felipe encontró nuevos aires para su canto atormentado, Federico quedó como gran testigo sangrante, inseparable de su pueblo y de su invención milagrosa, Rafael Alberti encontró las alas para sus vuelos maestros, Emilio Prados alzó la frente entristecida entre el estruendo libertador, Pedro Garfias fortaleció su mensaje claro y erguido, Luis Cernuda exaltó su vena épica. Y todos, Moreno Villa y Salinas, Bergamín y Guillén, Aleixandre y Domenchina, Altolaguirre y Rejano, Diego y Herrera Petere y Max Aub crecieron con la España de «la rabia y de la idea».

Decir que el autor de **El niño yuntero** es lo español encarnizado es recordar lo consabido. Su verso aparece como una planta nacida en el

surco familiar, untada de lluvias y de vientos, hija de la naturaleza que hace al hombre y se lo lleva. En poeta alguno de su día aparece la unidad tierra pueblo como en Miguel Hernández.

El caso del cantor que evocamos plantea agudamente el problema del nacionalismo creador y es, al mismo tiempo, una hazaña que contribuye a entenderlo y a darle salida adecuada. Veámoslo.

Está averiguado que lo más firme de la poesía española arranca de lo popular. Pudiera decirse que así ocurre en todas partes, lo que no restaría anchura y volumen al fenómeno hispánico en su condición culminante. No hay pueblo europeo que posea el tesoro de los cancioneros y los romances viejos, riqueza que dá testimonio de que viven en la masa todos los elementos de fuerza y de gracia que integran el arte perdurable. Para muchos observadores atentos sigue siendo asombro y milagro que una sociedad ruda y primaria, de hierro y sangre y en la que el menester militar lo cubre todo, pueda dar nacimiento a expresiones delicadas y sutiles que no se han repetido en tiempos posteriores de mayor sosiego, saber y cultura.

La vieja iluminación —más **enorme** y más **delicada** que otra alguna de la Edad Media—, es un valor inmortal que reaparece siempre, como un Guadiana obstinado, en el camino secular de la letra española. A veces se muestra en su pureza primitiva, pidiéndo sólo el ropaje del tiempo; otras, es como una corriente subterránea que moja las raíces del creador fiel. A ocasiones, se siente como un aire distante (en el Juan Ramón de los últimos días), que mueve levemente los frutos alejados del suelo; pero fracasa sin remedio el que quiera ignorar del todo la sorprendente voz antigua. La gran literatura española, la que triunfa de la prueba decisiva de la atención lectora, está nutrida de popularismo, y claro está que usamos aquí la estragada palabra en el sentido más ingenuo y estricto: popularismo, testimonio libre y real de los sentires, pensares y decires del cuerpo activo y transformador de cada nacionalidad.

Siempre hemos sospechado que la mayor significación de Miguel Hernández está en ser la señal, el anuncio, de un gran tiempo futuro. Intentemos dar con la razón de las sospechas.

Sabemos que escribir oyendo la voz del pueblo no es siempre escribir **para** el pueblo. El grande Antonio Machado dijo sobre esto palabras definidoras («¿Escribir para el pueblo? Que más quisiera yo...). Entre ese querer y ese llegar se levanta un muro de mucho espesor. Aunque es de sorprendente penetración el entendimiento del pueblo, nadie negaría que los modos arbitrarios o sutiles —usados a veces por escritores de fuerte vocación humana y hasta de impecable posición política—, no llegan a su comprensión ni levantan su avidez lectora. Y si el escritor, o el plástico, o el músico, quieren ser servidores plenos de sus contemporáneos, han de esforzarse cada día en poner su obra **a libre plática**, en la inmediata comunicación de las grandes mayorías.

Desde luego que el problema a que aludimos es, como todo en la sociedad burguesa, expresión de la existencia de las clases. Si el sa-

ber es fácil para las clases dominantes y difícil para las clases dominadas, es obligado que el creador absorba la intimidad de una cultura que no se ha dispuesto para el pueblo sino para los que viven de su esfuerzo. Por ello ocurre que, aún en el más generoso de los artistas, se dé una obra dirigida en su lenguaje, en su arboladura, a las gentes formadas como él a mucha distancia del saber de la masa.

Parece indiscutible que toda concepción revolucionaria de la creación letrada ha de entenderse como un impulso encaminado a la comprensión y al goce de todos los miembros de una comunidad. Como ello no supone dar la espalda a las tradiciones vivientes y a los logros fecundos, la tarea del creador ha de ser compleja y dilatada, a más de difícil: queda forzado a dar espacio en su obra a la suma de aciertos potables del pasado —sin olvidar sus íntimas sustancias—, y a ofrecer su novedad, su originalidad en términos claros y asequibles, en el terreno en que todos los hombres se congregan.

Quien mire en el anuncio de esta tarea heroica —pues que ha de hacerse contra la misma formación del escritor—, un rebajamiento de su fundación, sufre el mayor de los errores. No se trata, no puede tratarse, en un empeño profundamente revolucionario, de restar altura a la obra de arte. Para convencernos de que no puede ser este el propósito, aduzcamos dos elementos concluyentes. De una parte, debemos limpiarnos del frecuente pecado, antirrevolucionario por estático e inerte, de imaginar que el entendimiento de la obra de creación ha de normarse por la existencia de la gran masa inculta que la opresión capitalista mantiene en triste ignorancia. Querer una superación certera en la faena del artista, sin pensar al mismo tiempo en la elevacitn del que va a recibir su obra, es quedarse a medio camino en la ecuación que propugna el criterio revolucionario. La cuestión ha de verse en una larga perspectiva: en ella se advertiría que alfabetizar es, en la más honda entraña, el mayor empeño de cultura.

La otra razón es más sutil, pero de pareja medida. Nos referimos al hecho de que, no ya en los tiempos cercanos sino en la más sombría Edad Media, la obra del pueblo, del poeta sin apellido —y es forzoso volver al recuerdo de los cancioneros y los romances viejos, maravillas en sí mismos, maravillas para entender hechos actuales—, ofreció momentos de fineza, gracia y matiz que no han sido superados después.

En esa tarea de cíclopes que supone nada menos que resolver una esencial contradicción histórica, el poema de Miguel Hernández es una hazaña eminente. Ninguno responde mejor a la tradición populista de España; ninguno inserta esa tradición en una originalidad tan recia, fresca y andadora.

El verso del autor de la **Oda al sudor** cuaja el hallazgo de la claridad henchida de sentido, de emoción y de flor; pero se distingue del de sus contemporáneos por su empuje combativo y por su directa elocuencia. Todos los dolores de su contorno afloran en su verso, pero a todos ofrece una resonancia en que el diseño erguido y la imagen inesperada alcanza calidad y permanencia.

La guerra avivó la llama popular del pastor de Orihuela y la elevó a señal de uno de los grandes momentos en el camino angustioso de su pueblo: la guerra está en su verso, con su sangre, su violencia y su esperanza. El largo cautiverio que lo condujo a la muerte se refleja sobre su obra última, cambiándole el tono, pero no la esencia. Lo que hay en ella de viril sospecha, de solidaridad fraternal, de dolida ternura, de ansiedad humana, le gana el centro del canto. Pero la pena sin fondo del castigo monstruoso,

¿Qué hice para que pusieran
en mi vida tanta cárcel?

no le quiebran la fe en la lucha de todos, pero es obligado que lo traiga a los conflictos íntimos, sin los que la estampa de un gran poeta no se integra y completa.

Lo que nos dejó Miguel Hernández en su anotación de lo de afuera y de lo de adentro, debe servir de advertencia y presagio para mucha de la poesía que se escribe hoy en las lenguas cultas. Por razones que no han de aducirse aquí, se nos da un verso casi siempre afilado, alguna vez sugerente, por excepción profundo. En una suerte de nueva retórica antirretórica, proliferan poemas hechos de alusiones gráciles, eslabonadas en una secuencia grata, pero consabida. Con poco trabajo, pudiera componerse un grueso libro conteniendo la obra de los cultivadores de tal poesía, sin que el lector advirtiese, al leerlo, que se trata del fruto de varios autores. Pasado algún tiempo, este conjunto de alusiones coincidentes y de encadenamientos errabundos no levantarán ni emoción ni recuerdo; quedarán como la vegetación de la orilla, que ve pasar la corriente viva del río, siempre nueva y distinta en su inquietud poderosa.

Mientras tanta poesía neutra, a espaldas de la vida y de la muerte, se diluya sin pena ni gloria, la de Miguel Hernández mostrará mejor la condición de lo que nace con ademán y signo de futuro. Negar su virtud sería lo mismo que pretender desoír, apagar, una voz de siglos renacida con gesto y acento sorprendentes; cosa tan descaminada como inútil, porque su gran pueblo seguirá ofreciendo al mundo la marca de su sangre, alzada al nivel de su libertad. El que una vez supo decir con lengua propia la lucha y la esperanza colectivas quedará sostenido por su hazaña y señalando con ella la tarea venidera.

Los que tuvimos el privilegio de ser amigos de los tres grandes poetas hechos y deshechos por la guerra libertadora de España, podemos decir mejor que otros la hondura nacional, popular, histórica de su mensaje. Antonio Machado fue el noble saber y la ancha maestría, rectores de su mente ofendida; Federico García Lorca trasmitió la furia de las impotencias encarnizadas y el juego de luces mágicas de su España andaluza. La presencia de Don Antonio y de Federico era como el guante que anunciaba y dibuja la mano: en uno, la tristeza meditativa acariciando la certidumbre del amanecer; en el otro el perfil de la gracia, encubridor de terrores y premoniciones. Miguel Hernández fue, en el desgaire andariego, en la boca desgarrada y en la frente cam-

pesina, la evidencia de su combate y de su canto. Sin intención de paralelismos absurdos, debe decirse que latía en él el poder ascendente e invencible que ha de traer la España evocada y honrada por sus tres grandes cantores.

En Miguel Hernández está, mejor que en sus contemporáneos, la herida secular, la ofensa reiterada en la propia carne. Como la ofensa y la herida persisten sobre la gente de su origen, su grito será válido y útil por mucho tiempo. Cuando se haya cumplido su voluntad y derrotadas de una vez las fuerzas que le ensombrecieron la vida, quedará su clamor como un testimonio invulnerable y como un magno servicio de bien y de belleza.

Los poetas de hoy le han hecho a Miguel Hernández el mejor homenaje, el de una comprensión a través y por encima del parentesco lírico. Algunos, como José Luis Cano, apuntan al tamaño del mal que le arrancó la voz:

> De qué mundo implacable será el viento
> que ha secado la luz de tu mirada
> y la bronca hermosura de tu acento,

otros, como Aquilino Duque, sueñan, a su luz, la llegada de tiempos grandes:

> Por más que estamos ciegos se aproxima tu aurora
> por más que te neguemos canta el gallo tres veces;
> aunque desesperemos hay más fe de hora en hora,
> más operarios en las mieses.

y Jesús López Pacheco cierra su homenaje con estos versos:

> Miguel, porque los tres somos de tierra,
> tierra es el nombre nuestro y el de todo,
> la tierra no muere aunque la entierren.

La tierra no puede enterrarse porque es ella la que guarda lo que ha vivido, lo perecedero y lo perdurable. La tierra de España arropa con gesto maternal el ímpetu fiel, rebelde, invencible, de Miguel Hernández. Está apuntando el día en que su voluntad se haga triunfo y ley. Entonces, los que merecen regir su pueblo, los trabajadores, los campesinos, los poetas, le saludarán en libertad la estatura incambiable. Y los meditadores honestos y militantes de todos los parajes confirmarán en su obra la presencia de una nueva y futura medida del arte.

## RECUERDOS

# Miguel Hernández, combatiente del ejército popular

## por Santiago Alvarez

Casi me impone escribir sobre Miguel Hernández cuando ya tanto se ha hablado sobre él. Aunque, a decir verdad, lo escrito hasta ahora no creo que llegue aún a dar una imagen auténtica y completa de la obra de Miguel como poeta, sobre todo, ni de la excepcional personalidad de nuestro inolvidable y entrañable camarada.

Ese estudio quizá llegue a realizarse cuando en una España como la que él quería y por la cual luchó y murió Miguel Hernández puedan reunirse todos los elementos necesarios para aquél; puedan, tal vez, recopilarse los recuerdos que del hombre, del poeta, del combatiente y preso político comunista conservan muchos de los que le han conocido y tratado y que pueden ser coincidentes o distintos de aquellos a que podemos referirnos los que hemos formado parte del Ejército Popular republicano.

Sin periódicos de la época, sin tener a mano algunos documentos o fotografías que puedan servir de estímulo al recuerdo, me resulta difícil hoy precisar el día, la fecha exacta, en que personalmente conocí a Miguel Hernández. En los primeros meses de guerra los acontecimientos se sucedían con tanta rapidez, el significado de la lucha era tran transcendental, que lo que de entonces queda, en la retina, es, sobre todo, lo que fue esencial: el deso de luchar y de derrotar a los sublevados y todo lo que expresaba ese deseo o representaba un estímulo para la conquista de ese objetivo. De eso esencial formó parte, sin duda, la figura de Miguel Hernández, pero de modo excepcional su profunda, hermosa y emocional poesía: una de las expresiones más auténticas de la voluntad de combate de nuestro pueblo y un movilizador extraordinario de esa voluntad.

Por eso, aunque el encuentro personal y directo con el poeta se haya producido paralelamente al conocimiento de su poesía movilizadora, fue, sobre todo, ésta la que entonces prevaleció y la que aún

intenta sobreponerse en el recuerdo cuando uno se remonta a aquellos tiempos que ya comienzan a ser lejanos.

Pude conocer a Miguel Hernández en el 5º Regimento, en el que también ingresó en los primeros meses de la gurra; cuando el enemigo avanzaba desde Talavera hacia Toledo y Madrid, frente por el que él anduvo, cavó trincheras y en el cual, con otras unidades, combatió el Batallón de Milicias Gallegas; pude conocerlo en el Altavoz del Frente o en la Alianza de Intelectuales. Lo más probable, sin embargo, es que ese conocimiento directo haya tenido lugar en el mitin que, con motivo del ingreso del Batallón de las Milicias Gallegas en el 5º Regimiento, se celebró en Juan Montalvo 28 (Cuatro Caminos), al regresar del frente de Toledo, a mediados de septiembre de 1936. Acto al que asistieron Carlos Contreras (V. Vidali) con los camaradas del comisariado político y de la sección social del 5º Regimiento que dirigía Benigno Rodríguez, y en el que, además de discursos políticos, hubo un hermoso recital de poemas.

Mas no importa el momento del primer encuentro personal, pues desde finales de 1936 y comienzos de 1937, al ser comisario político de la 1ª.Brigada y sucesivamente de la II División y más tarde del 5º Cuerpo de Ejército, unidades que mandaba como jefe militar el camarada Enrique Líster, los momentos de convivencia con Miguel Hernández fueron numerosos.

Ello se explica por diversas razones: la primera, porque a Miguel le gustaba mucho ir a los frentes donde tenían lugar los combates más decisivos, y, como es sabido, a las unidades militares que he citado le ha cabido el honor de haber participado en las más importantes batallas de la guerra civil. La segunda, porque todos nosotros acogíamos la presencia de Miguel con gran alegría.

Había un motivo más, aunque fuese secundario. Al disolverse el 5º Regimiento y, en general, las unidades de milicias, y crearse el Ejército Popular, Miguel fue soldado de la 11 División y del V Cuerpo de Ejército.

Ello no quiere decir que Miguel estuviese siempre con nosotros. Pues aunque fuera considerado, a justo título, como un componente de lo que hemos llamado con cierta amigable ironía «El Batallón del Talento», inestimable auxiliar del trabajo político-militar en nuestro Ejército, Miguel Hernández no estaba sujeto ni siquiera a la disciplina que reinaba en dicho «Batallón», que más que benigna y liberal, por ser consciente, estaba basada en una fraternal camaradería.

Miguel podía viajar, ir a donde lo creyese oportuno, a donde su aportación a la lucha o las condiciones para inspirar su obra fuesen o las creyese más convenientes. Así estuvo Miguel en el frente de Andalucía y Extremadura, en donde nunca estuvieron nuestras unidades. Trabajó en uno y otro lugar, como Altavoz del Frente. Participó en el Congreso de Escritores de Valencia, en el que se reunieron los escritores y poetas más destacados de todo el mundo. Hizo un viaje a la Unión Soviética. Visitó, siempre que quiso, su tierra, a su novia Jose-

fina, después esposa, a la que tanto amaba, y al lado de la cual fue después a llorar la muerte de su primer hijo, al que quería con locura.

Pero Miguel deseaba, como ya hemos dicho, estar en el frente. Y si no recuerdo mal, estuvo con nosotros en uno u otro momento, en todas o casi todas las batallas más importantes de la guerra, hasta que se produjo el corte del territorio leal republicano en dos y nosotros quedamos en Cataluña y Miguel en la zona centro-sur.

Mas lo que con más fuerza me viene hoy a la memoria es su figura en las batallas de Guadalajara y de Teruel.

Miguel estuvo en el frente de Guadalajara en los días inolvidables de mazo de 1937 en que nuestras tropas derrotaron a los italianos que mandó Mussolini para ayudar a Franco. Una noche, en Torija, después de cenar, estando aún alrededor de una mesa enorme, de figura oval, los que constituíamos el mando, el comisariado político y el Estado Mayor de la 11 División, transformado en esa batalla en Estado Mayor de la división o agrupación táctica «Líster» (1), como era frecuente en nuestro cuartel general, cuando la lucha lo permitía, hubo un recital de poemas. Herrera Petere recitó: «Jaén de la Verde Oliva», y Miguel una de sus más grandes poesías de la guerra, compuesta en aquellos momentos, la que se titula «Ceniciento Mussolini», y cuyos primeros versos rezan como sigue:

«Ven a Guadalajara, dictador de cadenas,
carcelaria mandíbula de canto:
verás la retirada miedosa de tus hienas,
verás el apogeo del espanto.

Numerosa provincia de colmenas,
la patria del panal estremecido,
la dulce Alcarria, amarga como el llanto,
amarga te ha sabido.

Ven y verás, mortífero bandido,
ruedas de tus cañones,
banderas de tu ejército, carne de tus soldados,
huesos de tus legiones,
trajes y corazones destrozados.

Una extensión de muertos humeantes:
muertos que humean ante la colina,
muertos bajo la nieve,
muertos sobre los páramos gigantes,
muertos junto a la encina,
muertos dentro del agua que les llueve.

(1) A ella pertenecían la 9ª. Brigada de la 11 División, la 10ª. y la 70ª. Brigadas de la 14 División, que mandaba el anarquista Mera, la 11 y 12 Brigadas Internacionales, integradas por los antifascistas alemanes y los garibaldinos italianos, y dos Batallones de la 46 Brigada.

Sangre que no se mueve
de convertida en hielo.
Vuela sin pluma un alma numerosa,
roja y audaz, que abarca todo el cielo
y abre a cada italiano la explosión de una fosa...

Nos causó una profunda impresión y le felicitamos con gran cariño. Nos pareció que esa poesía no sólo era la descripción más fiel y lapidaria que podía hacerse de la batalla de Guadalajara y del heroísmo derrochado en ella por nuestros soldados, sino que anticipaba ya la muerte del dictador italiano:

**«Dictador de patíbulos, morirás bajo el diente de tu pueblo y de miles».**

Al día siguiente, en un escenario levantado en la plaza de Torija para la actuación del Teatro Estudiantil «La Barraca», que llegó de Madrid a representar obras para los combatientes, junto con varias delegaciones de las fábricas madrileñas, Miguel recitó el poema mencionado ante miles de soldados y oficiales y la representación de los obreros. La emoción que causó fue enorme, profunda. El poeta fue vitoreado con entusiasmo.

Durante la batalla de Guadalajara, más aún que en otros grandes combates, surgieron entre los combatientes centenares de poetas anónimos que cantaban la lucha, el heroísmo, la justeza de nuestra causa.

La presencia directa de los invasores italianos y la explicación política de su significación eran un estímulo al patriotismo y al ardor combativo de nuestros soldados. Y éstos lo expresaban, no sólo batiendose, sino en prosa y sobre todo, en versos. Muchas de esas poesías han sido recogidas y publicadas en los periódicos que editábamos en nuestras unidades militares. Mas, naturalmente, Miguel Hernández supo, como nadie, expresar en su poema el profundo significado de la batalla que se acababa de librar. Lo que los combatientes sentían y pensaban; lo que todos sentíamos y pensábamos.

¡Cuán grande no es la importancia de la poesía para estimular y desarrollar la lucha del pueblo y cantar su espíritu de sacrificio, su heroísmo!...

¿Cómo era Miguel Hernández?

Por su aire, por su manera de vestir, por su sencillez y naturalidad, Miguel seguía siendo, durante la guerra, el pastor, el campesino de Orihuela. Tal vez cabe decir que era un pastor al que la «civilización urbana» no le incitaba a cambiar de atuento ni de comportamiento, aunque a esto contribuyese también la guerra misma. Vestido, como casi todo el mundo, con mono azul de miliciano en los primeros tiempos; con pantalón y una cazadora raras veces en la Guerra, posteriormente, lo más característico de la indumentaria de Miguel eran sus levantinas alpargatas de esparto, de las que sólo prescindió excepcionalmente.

De estatura regular y más bien delgado, Miguel tenía la cabeza un tanto esferoide, una boca rasgada y unos ojos grandes y brillantes que pujaban por salirse de sus órbitas, llevaba la barba afeitada y la cabeza siempre al rape. Cuando recitaba, todo su cuerpo se ponía en tensión. Para dar más fuerza a sus palabras accionaba enérgicamente, sobre todo con el brazo derecho.

Miguel, al que le era característica cierta timidez y el ser generalmente parco en palabras, con los «camuflados», los que rehuían el frente o las penalidades y sacrificios que la lucha comportaba, solía usar el sarcasmo. El amor por el pueblo y por su causa le brotaban no sólo por sus grandes y luminosos ojos cuando recitaba, cuando hablaba, sino por los cuatro costados. Miguel estaba dotado de un espíritu muy profundo y poseía gran capacidad receptiva y de reflexión. Nunca daba señales de afectación alguna.

Neruda ha dicho que la cabeza de Miguel recordaba la patata recién sacada de la tierra. Como figura plástica, esa expresión tiene mucho de exacta, pero a mí, confieso que no me gusta. Una patata que se extrae de la tierra, si no se come, se arruga con el tiempo, se seca y se pudre. En todo caso, es una visión externa, superficial. Y Miguel era otra cosa.

Para los que convivimos con él en los frentes, en las trincheras, le vimos compartir la vida de los soldados; no comer caliente durante días, o no comer apenas; tiritar de frío y erguirse a la vez para recitar sus poemas que llamaban a la lucha, a la resistencia, la voz de Miguel era la más profunda expresión de nuestro pueblo, que hizo prodigios de heroísmo para conjurar la victoria fascista. Era la voz de nuestros campesinos, que frente a la más negra reacción político-social pugnaban por afirmar con la palabra, con la acción y con el fusil, que se vieron obligados a empuñar, su derecho a la libertad y a la tierra por la que aún siguen luchando.

Al recitar sus poemas, Miguel no poseía la figura majestuosa del inigualable Rafael Alberti, su palabra no tenía la sonoridad de nuestro poeta gaditano; ni la sencilla y serena expresión de Herrera Petere; tampoco poseía el emocionado y acerado estilo del malogrado Pedro Garfias; no se expresaba con la musicalidad que aún posee hoy Juan Rejano.

Miguel era Miguel y único. Su voz bronca parecía salir de las entrañas de la tierra. De la raíz del árbol sediento que, como escribió, sentía llevaba incorporado en sí. La figura del poeta, su accionar, su atuendo, el contenido y la forma de su poesía, su sonido, parecían un todo que se confundía con las masas, con los combatientes. Era la expresión de éstos, de nosotros todos.

No recuerdo bien si fue en el acto que en su honor se hizo en el Ateneo de Valencia, organizado por la sección valenciana de la Alianza de Intelectuales, en el otoño de 1937, donde se proclamó a Miguel el primer poeta de la guerra justa que libraba nuestro pueblo. Pero, desde luego, Miguel lo era. Era el poeta de la guerra popular por excelencia.

Los soldados recitaban con mucha frecuencia sus poesías. Algunas de éstas, como las que comienzan: «Vientos del pueblo me llevan, vientos del pueblo me arrastran»; «He poblado tu vientre de amor y sementera»; la ya citada «Ven a Guadalajara, dictador de cadenas» y otras, eran conocidas de memoria por cientos de miles de combatientes. Estos escenificaban, además, en el frente, las cortas obritas de teatro escritas para ello a propósito por Miguel. Los soldados, los oficiales, los comisarios políticos querían a Miguel como a uno de los suyos.

La verdad es que tener en el frente la compañía o recibir la visita de camaradas y amigos, poetas, escritores, y, en general, figuras de *nuestra intelectualidad, fieles al pueblo*, que luchaban a su lado, que corrían sus mismas vicisitudes, como Rafael Alberti, María Teresa León, León Felipe, Pedro Garfias, (además de los que casi permanentemente estaban con nosotros) nos producía una gran satisfacción y nos servía de estímulo. En este sentido cabe decir que ninguno de nuestros grandes poetas, escritores o periodistas extrañó entre nosotros, entre nuestros soldados. Pero Miguel parecía uno más de estos, cuyo valor y aportación a la lucha, sin embargo, se multiplicaba por mil.

Respecto a la manera de ser y al temple espartano de Miguel, se podría escribir mucho. No me resisto a relatar, a este respecto, un episodio del que conservo una imborrable impresión. Sucedió al día siguiente de comenzar la batalla de Teruel, es decir, el 16 de diciembre de 1937. Las fuerzas de la 11 División, después de conquistar los objetivos que se le habían señalado (corte de las comunicaciones de carretera y ferrocarril de la ciudad de Zaragoza y reducción de los fortines enemigos de Concud y San Blas) ocupaba un extenso frente, se disponía a fortificarse y a resistir al ataque del enemigo procedente del Valle en el que está situado Caudet. Nuestro puesto de mando avanzado era una trinchera cavada entre la cresta militar y geográfica del cerro Muletón, en el Alto de las Celadas, muy cerca de primera línea. A veces, la espesa nieve que caía atenuaba un tanto el frío. Pero la *temperatura descendía hasta 20-22 grados bajo cero, y en aquella* colina cortaba como un cuchillo el viento helado.

Miguel estaba con nosotros. Se había negado a quedarse en un segundo escalón del puesto de mando, un poco más retrasado, donde estaban las oficinas y algunas tiendas de campaña. Vestía un pantalón y cazadora de color grisáceo y un capote corriente de soldado. Calzaba, sin calcetines, sus tradicionales alpargatas de esparto. No tenía gorro y, como siempre, llevaba la cabeza al rape. A pesar de las difíciles condiciones en que nos encontrábamos de ropa y calzado, hicimos esfuerzos para dotar a Miguel de un equipo más fuerte y, sobre todo, de un par de botas. Empero, Miguel se resistió a ello.

La victoria inicial de la 11 División sobre el enemigo había elevado aún más la alta moral de nuestras tropas. Pero cuando cientos de soldados calzaban alpargatas y no tenían equipo de invierno, el frío terrible que hacía y los combates que nos esperaban, nos indicaban la necesidad de estar lo más cerca posible de primera línea, lo que, por

lo demás, era habitual en nosotros, y prestar el mayor aliento a los mandos subalternos y a los soldados.

De acuerdo con Líster, decidí ir a recorrer nuestras líneas hasta su extremo izquierdo, que se hallaba a unos 12 kilómetros, rebasando el pueblecito de San Blas. Miguel dijo que quería acompañarme. Insistimos con él, tanto Líster como yo, en que en las condiciones en que estaba se podía morir de frío durante el recorrido y más yendo a caballo. Miguel insistió en acompañarme y se negó de nuevo a aceptar unas botas. No debíamos obligarle por disciplina. Lo queríamos mucho; teníamos con él confianza, pero respetábamos también mucho su forma de ser, su personalidad.

Iniciamos la marcha. Nevaba tan fuertemente que la nieve se amontonaba a cada momento encima de sus pies y de los estribos y él se veía obligado a sacudirla a cada instante. No profería la menor queja. Pero, en un momento dado, le vi que empezó a tiritar y aumentó mi preocupación. Aproveché la ocasión para hacerle un cariñoso reproche. No me respondió. Comprendí, sin embargo, que reconocía la necesidad de aceptar otro calzado. Los soldados y oficiales que nos encontramos al pasar se interesaban por él e incluso algunos le ofrecían sus propios zapatos.

Apuramos los caballos para alcanzar el puesto de mando de la 9ª Brigada antes de que fuese de noche. Cuando llegamos, Miguel, entumecido, apenas podía desmontarse.

En la casucha donde estaba el Estado Mayor de la Brigada había una gran fogata. Allí hicimos calentarse a Miguel, beber unos tragos de coñac, «saltar parapetos», y calzar unas botas. Fue la primera vez que le vi acceder, al fin, a desprenderse de sus esparteñas.

La actiud de Miguel, en este caso, no obedecía solamente a su hábito, a su apego a la tradicional forma de calzarse, a su alma campesina, a su origen, a su profunda raíz popular; obedecía también a saber que muchos soldados estaban mal equipados y hasta semidescalzos y, en esas condiciones, él no quería privilegio de ninguna clase. Así era su integridad moral.

Sí, Miguel Hernández formó parte del Ejército republicano que escribió las gestas de Madrid y del Jarama; de Guadalajara, de Brunete, Teruel y el Ebro, y que sólo sucumbió ante la superioridad en armas del fascismo. El inolvidable poeta participó en casi todas esas batallas y fue realmente un excepcional combatiente de ese Ejército Popular, en cuyo honor entonan ya hoy himnos las gargantas juveniles de las nuevas generaciones de estudiantes, al batirse en la Ciudad Universitaria de Madrid por la libertad y la democracia; por lo mismo que Miguel luchó, vivió y murió.

Pero la lucha de Miguel, como la de todos nosotros, no finalizó con la guera. Su período más duro fue después. Sin embargo, los años heroicos y dramáticos de la guerra civil fueron para él, como pa-

ra tantos otros, decisivos. La lucha del pueblo por la democracia y la libertad y la conducta política de nuestro Partido que le atrajo decisivamente y le hizo ser comunista hasta su muerte, templó a Miguel para sufrir con honor las tremendas pruebas por que tuvo que atravesar. Y la opinión que de él teníamos los que le conocimos y le tratamos tan de cerca, durante la contienda, ha sido corroborada por su proceder intachable, ejemplar, en la odisea por que tuvo que atravesar en las cárceles franquistas hasta su muerte, en la de Alicante, el 28 de marzo de 1942.

Su conducta en las distintas prisiones podríamos decir que está en la naturaleza misma de las cosas. No en la naturaleza física, sino en la político-social. En la gran savia popular y en el rico arsenal ideológico y político marxista-revolucionario que Miguel fue capaz de acumular en los años del 36 al 39 y que se esforzó por enriquecer hasta el momento mismo en que dejó de existir. Esa conducta es la prueba más decisiva de su gran firmeza comunista.

Y cuando los jóvenes estudiantes o intelectuales de hoy, en la Universidad de Madrid y en otros centros docentes o literarios, rinden homenaje a Miguel Hernández, se lo rinden, es cierto, a uno de nuestros más grandes poetas contemporáneos, pero creo que también a la historia de lucha de Miguel, a su integridad política y moral que, como su obra, perdurará por generaciones.

Noviembre de 1967

# Miguel Hernández en las cárceles franquistas

## por Melquesidez Rodriguez

Desde hace algún tiempo, muchos vienen preocupándose de la figura de Miguel Hernández. Hasta el Sr. Rico de Estasen, funcionario del Cuerpo de Prisiones, con categoría de director, se ha atrevido a hablar del poeta. Aparentemente para glorificarle; en realidad, para insultarle, asegurando que Miguel había renunciado a sus ideas comunistas. Pero esto carece de importancia. ¿Quien concedería valor a las palabras de un carcelero franquista? Lo importante es que otros, que se llaman antifascistas, y hasta incluso socialistas y grandes amigos del poeta, se permiten decir cosas peores aún que el Sr. Rico de Estasen. Por ejemplo, en «El Socialista» del 30 de Marzo de 1967 se publicó un trabajo firmado por Miguel Signes y titulado: «Semblanza humana y poética de Miguel Hernández». En él, entre otras cosas se dice:

«Miguel Hernández no fue ni ha sido nunca comunista ni otra cosa política cualquiera».

y en otro párrafo:

«Miguel en la cárcel vuelve a su ser primitivo y no piensa en otra cosa que en su mujer y en su hijo».

El autor del trabajo a que nos referimos nos presenta aquí al poeta como un ser de alma raquítica que no es capaz de preocuparse de otra cosa que de su mujer y de su hijo, aunque nos había asegurado que «tenía un corazón de oro, hecho para captar y sublimar el dolor».

Más adelante, Miguel Signes afirma que Hernández, antes de morir, volvió a sus ideas religiosas. No le importa habernos dicho anteriormente que el obispo don Luis Almarcha le dejó morir pudiendo haberlo evitado. ¡Como si los obispos españoles fuesen tontos y no comprendiesen lo que hubiera significado un Miguel Hernández «vuelto a sus ideas religiosas»! Pero ¿qué más da? A Miguel Signes sólo le interesa una cosa en este caso: «demostrar» que Miguel Hernández no era comunista. Por eso trata de dar más fuerza a sus palabras diciendo:

«Y de ello doy fe por haber convivido con Miguel Hernández en el Reformatorio de Adultos de Alicante».

Pero yo también he convivido con Miguel Hernández. He estado en la Prisión de Conde de Toreno cuando el poeta se hallaba condenado a muerte y con él he conversado una y otra vez. He asistido a las mismas clases que él. Juntos fuimos a la Prisión Provincial de Palencia y juntos estuvimos en la celda hasta que Miguel fue trasladado al Penal

de Ocaña. Comíamos en la misma «comuna» y formábamos parte del núcleo de dirección del Partido Comunista en la Prisión. También puedo dar fe de la grandeza de alma de Miguel, que le permitía preocuparse, no sólo de su esposa y de su hijo, sino de la Humanidad entera. Puedo dar fe de su firmeza y de la solidez de sus ideas comunistas.

Va a hacer 28 años que vi por primera vez a Miguel Hernández. Estaba en la Prisión de Conde de Toreno. La madrugada del día que llegué habían fusilado a José Cazorla, miembro del Comité Central del Partido Comunista de España. La cárcel estaba de luto. Cazorla era respetado y querido de todos los compañeros por su conducta y entereza. Miguel era un gran amigo de este dirigente comunista. Estudiaron juntos en la prisión. Como los demás, se lamentaba del asesinato de Cazorla, pero aseguraba que su puesto sería cubierto por miles de nuevos revolucionarios que verían en la conducta de este magnífico camarada un ejemplo a seguir. De corro en corro iba Miguel aconsejando entereza y decisión combativa.

El también estaba condenado a muerte en aquellos momentos. Su presencia era la de un auténtico pastor. Todavía lo recuerdo con el pelo cortado al rape, vestido con una camisa de retor moreno, con cuello de tirilla, unos pantalones caqui y unas alpargatas de esparto y sin calcetines. Su cara morena, sus manos toscas y huesudas, del color de la tierra donde se había criado. Tan sencillo, tan amable, tan sincero.

No conocía a Miguel. Había leído algunos de sus poemas. No muchos. No soy aficionado. Jamás había tenido una gran simpatía a los poetas. Los suponía demasiado afectados, sin garra revolucionaria. La relación con Miguel me libró de este error.

Hacía sólo unos días que había llegado a Toreno cuando un amigo me indicó que el poeta quería hablar conmigo. Iba a escribir un libro sobre la represión. Estaba recogiendo documentación de todos aquellos hombres que consideraba suficientemente serios para proporcionar elementos veraces. No quería decir nada que no fuese verdad. Decía que la represión era de tal magnitud y tan cruel que no se necesitaba exagerar lo más mínimo para que el franquismo fuese condenado por todo el mundo y para siempre. Me pidió que le explicase cuanto había visto a mi paso por comisaría. Se trataba exclusivamente de lo que yo había visto. Si conocía por referencias alguna cosa interesante, también debía contársela, pero haciendo la salvedad que no la había visto. En su libro solo diría lo que ofreciese plena garantía.

Me causó buena impresión Miguel en esta primera conversación. Tenía muy desarrollada la facultad de escuchar y se mostraba serio y responsable en todo. Ni aún contra el enemigo quería exagerar. Después de darle los datos que me pidió, charlamos un rato sobre otras cuestiones. Me impresionó su humanismo. Salió a relucir de nuevo Cazorla. Observé que Miguel tenía por él una verdadera admiración, como observé que cuando hablaba de su esposa y de su hijo apenas le salían las palabras.

Desde aquel día pasamos muchas horas juntos. Miguel mostraba una gran confianza en los pueblos y en la lucha revolucionaria. Tenía

la seguridad absoluta de que, a pesar del revés sufrido, el pueblo español se recuperaría y que en España terminaría imponiéndose la democracia. Su confianza no era ciega, sin embargo: la fundaba en el análisis de la sociedad y en su necesidad de avanzar hacia metas superiores. Comprendía que estos avances habían de realizarse por caminos dolorosos, en los que quedarían muchos de nuestros mejores luchadores. No descartaba la posibilidad de que él fuese uno de los que cayeran. Pero estaba dispuesto a todo. Sin duda Miguel era un hombre muy firme en sus ideas. Su respuesta a José María Alfaro, cuando éste le ofreció la libertad a cambio de que escribiera bajo el régimen franquista, lo prueba: **«Prefiero mil veces la muerte a vivir con el peso de la claudicación en el alma»**, respondió el poeta.

Al poco tiempo de conocernos coincidimos en una clase de Historia General. No sobresalía de los demás por sus conocimientos, pero sí por su sinceridad y por el esfuerzo que hacía por dar a los acontecimientos una interpretación marxista. También estudiamos juntos francés e inglés. Pronunciaba mal. Sin embargo, carente de la vanidad o de los prejuicios de otros, hablaba y nunca se avergonzaba de preguntar lo que no sabía o no había entendido. En clase se sentía un alumno y nada más.

La Prisión de Conde de Toreno era un viejísimo convento. Algunas de sus galerías parecían más bien colectores. Las chinches proliferaban a millones. A las brigadas no subía apenas el agua. Teníamos tres lavabos para doscientos hombres. Dormíamos en el suelo, apelotonados. El trato era cruel. La comida, invariablemente, unos trozos de zanahoria o calabaza flotando en un líquido de color indefinido. La Dirección General de Prisiones prohibía la entrada de más de tres barras de pan por recluso a la semana. Se nos daba, un día sí y otro no, cincuenta gramos de pan por preso. Aunque los que teníamos familia en Madrid y recibíamos paquete, lo repartíamos con los forasteros, todos pasábamos un hambre atroz. Pugnábamos por tomar la barandilla para subir la escalera agarrados. Muchos se desvanecían en las formaciones. Aparte del recuento, que, efectuado por inexpertos, se prolongaba horas, nos hacían cantar tres himnos: el Oriamendi, el Legionario y el Cara al Sol.

Miguel soportaba todo aquello con la mayor entereza y ayudaba moralmente a no pocos compañeros, estudiaba y trabajaba. Dedicaba gran atención a los jóvenes, con los que charlaba constantemente, estimulándoles a estudiar y mostrándoles, con su propio ejemplo, la posibilidad de vencer las dificultades que entraña la falta de una cultura inicial.

En agosto de 1940 fusilaron a Enrique Sánchez, Torrecilla y otros compañeros. La muerte de todos ellos fue profundamente sentida en la prisión. Pero sobre todo la del primero, que había puesto de manifiesto una y otra vez su capacidad, su valentía y su generosidad. Muchos socialistas y anarquistas condenaban la Junta de Casado y aseguraban que hubiera sido preferible mil veces haber muerto todos con las armas en la mano que tener que pasar por el trance de ver salir hacia los piquetes de ejecución a los compañeros indefensos. Miguel, como otros camaradas, desplegó una gran actividad explicando la significación de la traición

casadista. Pero aseguraba que había que esforzarse porque este desgraciado hecho no se interpusiese entre nosotros, impidiéndonos lograr la unidad que tanto necesitábamos para derrotar al franquismo y restablecer la democracia en España. Personalmente sintió el fusilamiento de aquellos camaradas como si se hubiese tratado de hermanos suyos. Anotó los detalles para reflejarlos en el libro que proyectaba. Precisamente por aquel entonces él se encontraba en la sala de condenados *a muerte*.

En septiembre de 1940 nos trasladaron a la Prisión Provincial de Palencia. A la Estación del Norte de Madrid acudieron cientos de familias con la esperanza de podernos ver y abrazar. En nuestro vagón —nos llevaban en vagones de mercancías— venía un muchacho que padecía una enfermedad incurable. Su madre pugnaba por abrazarlo. Una y otra vez trataba de romper la barrera de guardias civiles y de policías a la vez que llamaba a gritos a su hijo. Las demás mujeres la acompañaban y reclamaban también que se les permitiese abrazar a sus hijos o maridos. Pero los guardias no cedían. Nosotros nos mordíamos los puños de rabia y de impotencia. Miguel se encaró con el sargento:

—No somos criminales —le dijo. —Somos personas dignas. No pueden continuar insensibles al dolor de esa madre. Si no lo hacen, sus conciencias no se librarán jamás del peso del remordimiento.

El sargento le pidió el nombre.

—Miguel Hernández —respondió.

—¿El poeta?

—*Sí, pero aquí un preso como los demás.*

Hubo cuchicheos entre los guardias y consultas del sargento. Autorizaron a la madre de nuestro compañero enfermo a que abrazase a su hijo. Después tuvieron que autorizar a las demás. Sólo a las madres, por supuesto.

No dormimos en el viaje, que duró más de dieciseis horas. Tuvimos tiempo de charlar, de cantar y de aburrirnos. En nuestro vagón venía el socialista Maure. Aseguraba que no pasarían de unas cuantas semanas las que estaríamos en la cárcel. El franquismos no podría sostenerse. Las democracias —Francia e Inglaterra —no lo permitirían. Además, su situación económica era insostenible. No eran ideas de Maure. Correspondían a Francisco del Toro, que también iba en la expedición.

Miguel era uno de los que combatían con más energía aquellas ideas por considerarlas perniciosas. Había que ver la realidad de frente y prepararse para lo peor. Estaríamos años en la cárcel. Muchos quizá ni saldríamos. Pero había que aprovechar el tiempo. Había que examinar los errores cometidos en la guerra y antes. Había que extraer las experiencias oportunas. Eso nos colocaría en mejores condiciones para hacer frente a las situaciones que se nos presentasen en el futuro.

La Prisión Provincial de Palencia es celular. En una celda de unos seis metros cuadrados nos metieron a diez. No teníamos agua ni water. La comida era un poco mejor que en Toreno; al estar alejados de la fa-

milia, no podíamos recibir apenas nada. En nuestra celda éramos todos jóvenes. El mayor era Miguel y tenía entonces treinta años.

Decidimos formar una «comuna». En ella entregábamos todo lo que recibíamos. Miguel éra uno de los que mas aportaba: cincuenta pesetas mensuales. Jamás se quedó con un céntimo. Jamás se quejó. Era de una pureza y una integridad moral intransigente, absoluta.

Con nosotros estaba Ricardo Sanz, anarquista. También participaba en la comuna. Durante las horas de celda —que eran muchas— discutíamos de todo. Miguel razonaba una y otra vez a Ricardo. Este no cedía fácilmente. Defendía sus ideas con calor, pero le gustaba discutir con Miguel. Aseguraba que se aprendía mucho a su lado y, aún discrepando ideológicamente, le agradaba convivir en aquella celda de comunistas. Algunos de sus compañeros le insinuaron que cambiara de celda. Ricardo rechazó de pleno tal proposición y afirmó que mientras estuviese en aquella cárcel no cambiaría de celda voluntariamente.

Joanillo y Colso eran estudiantes. Promovían constantes discusiones más o menos complicadas. En una ocasión se discutía si una persona con creencias religiosas podía aportar a la ciencia y a su desarrollo lo mismo que si careciese de tales creencias. Miguel intervino asegurando que, sin perjuicio de que muchas personas que poseían ideas religiosas hubieran realizado grandes aportaciones científicas —citaba entre otros a Pasteur y Paulov— no cabe duda que el científico que no se halle limitado por tales creencias, se encontrará más suelto para investigar sin temor y podrá actuar con más decisión para descubrir los secretos de la naturaleza y de la vida. Decía que él mismo había logrado comprender mejor la vida y las leyes que la rigen cuando se había desprendido de la traba religiosa y que su obra, desde ese momento, había sido más profunda.

Desde que llegamos a la prisión palentina, Miguel se hizo querer de los numerosos campesinos que allí se encontraban. Estos estaban sedientos de conocer por qué habíamos perdido la guerra y todo cuanto había sucedido en la zona republicana. Miguel les explicaba con paciencia y detalle los hechos más importantes. Pero no dejaba nunca de asegurarles que la lucha continuaba, que era necesario prepararse para no volver a caer en los mismos errores. Dedicaba mucho tiempo a explicarles qué había sido la reforma agraria, la alegría que había producido a los campesinos y también las dificultades encontradas para poner en marcha las colectividades. Les aconsejaba que estudiasen cuanto pudiesen para cuando llegase el momento de estar en mejores condiciones de abordar aquellas tareas.

Conocía Miguel bien los ensayos de «comunismo libertario» de Aragón y, explicando los resultados de los mismos, prevenía a los campesinos contra tales ensayos.

Montó clases de grámatica en el patio, que daba él mismo. Aparte, seguía estudiando idiomas, historia y otras materias.

Durante el tiempo que estuvo en Palencia formó parte del núcleo de dirección del Partido Comunista de la Prisión, participando en las diversas tareas.

Cuando fue trasladado a Ocaña, muchos de aquellos hombres que sufrían la separación familiar, que llevaban varios años de cárcel, que habían estado en no pocos casos condenados a muerte durante tres años, esperando la «saca» noche tras noche, que habían visto salir hacia el piquete a cientos de compañeros y amigos, vertieron lágrimas. Ricardo Sanz, el anarquista, al despedirse de Miguel, volvió la cara y se secó los ojos.

Un día en el periódico «Redención» leímos la noticia de que Miguel Hernández había muerto en el Reformatorio de Adultos de Alicante. Cientos de gargantas gritaron a la vez ¡NO!

Varios días duraron los comentarios. Tratábamos de convencernos unos a otros. «Miguel es un nombre muy corriente y también lo es el apellido Hernández. El estaba fuerte. No es posible. Además, si hubiera sido de otra cosa... pero de tuberculosis. No es posible. Y es que no queríamos, es que nos resistíamos a creer que Miguel, nuestro Miguel, el que nos había dado ejemplo de bondad, de sencillez, de firmeza y de voluntad, el que había sabido privarse de lo más necesario para que lo tuviesemos otros, pudiese morir.

Pero desgraciadamente, a los pocos días recibimos la confirmación de la desgracia por una carta de su esposa. Miguel había muerto. Pero en nosotros, en el corazón de los que le conocimos, vivirá siempre.

# Teatro Universitario de España

por Juan Antonio Hormigón

## I — ANTECEDENTES HISTORICOS

Hoy podemos simplemente afirmar que el Teatro Universitario en España no existe. Para comprender hasta el fin el por qué de esta afirmación deberemos hacer en primer lugar un poco de historia, concluyendo con el análisis de las contradicciones presentes en la Universidad española, origen y aclaración del problema.

Tras la victoria franquista sobre el gobierno de la República, se autorizó en el país la existencia de un solo partido político (Falange), un solo Sindicato Obrero vertical —no de clase— y un solo Sindicato estudiantil: S.E.U. (Sindicato Español Universitario) de planificación horizontal, representación nula, carencia absoluta de cargos electos y control gubernativo total. Esta organización única dirigía y controlaba las actividades de los estudiantes en todos los terrenos: teatro, cultura, información, becas, gestión laboral, ayudas sociales etc.; los deportes incluso estaban bajo el arbitrio del S.E.U. que guardaba en sus arcas el dinero pagado por los estudiantes al comienzo del curso escolar, por su filiación obligatoria al sindicato.

El Teatro Español Universitario (T.E.U.) nace en la inmediata postguerra civil, guiado, ordenado y dirigido por las jerarquías políticas del Sindicato y bajo su dependencia económica y legal. Los jóvenes estudiantes con cierta inquietud simplemente cultural, se debaten en un mundo de silencio, persecución y aislamiento, por llevar adelante su empresa: continuar la tradición de los teatro universitarios de la pre-guerra y movilizar la apatía y mediocridad cultural del momento. La censura, la falta de formación

—carencia de maestros— y de información —conseguir libros o revistas de la Europa anti-Nazi era una aventura peligrosa—; unido al raquitismo de los presupuestos y al terror latente en la sociedad española como recuerdo de la sangría sufrida y sufriente, impidieron éxitos rotundos y válidos. La actividad del T.E.U. entre los años 1.940-45 fue la imprescindible para substituir. Los mejores se debatían hacia la búsqueda de un inconsciente individualismo existencial, fórmula antiséptica para aislarse en el seno de una sociedad mediatizada por los vencedores y comprimida en las fórmulas mediocres del fascismo oportunista.

Los repertorios se improvisan, no existe perspectiva ni continuidad en las actividades... ¿Qué pasará mañana? Cortados de Europa, aislados diplomática y culturalmente, con ciertos clásicos enjaulados... nada importante o sólido podía surgir; tán sólo el síntoma de un movimiento juvenil renovador e incontenible. Sin conocer, ver, escuchar o leer nada que antes no hubiese pasado la censura oficial, los estudiantes hicieron poco a poco rebrotar el impulso de las «Misiones Pedagógicas» o de la «Residencia de Estudiantes»; incluso con inconsciencia histórica si se quiere. Elementos salidos de la univesidad son los llamados a realizar la transición que arranca a nuestros escenarios de su provincianismo subdesarrollado. Aunque este pasaje se hiciera sin fuerza, sin base teórica, sin conciencia cronológica siquiera, un poco por «buen gusto personal»; el germen estaba echado.

En 1949 Alfonso Sastre y José-María de Quinto emprenden una aventura importante aunque inútil: crear el «Teatro de Agitación Social». Ambos proceden de la Universidad, ambos descontentos, ambos rebeldes, y opuestos al orden imperante, quieren y proponen dar una orientación distinta —desde el repertorio hasta los métodos de trabajo— al caduco edificio del teatro español; dotarlo del componente sociológico del que entonces carece. Varían las siglas —TAS— pero la experiencia arranca y se sitúa a nivel universitario; más aún si se quiere que en los años de Facultad (1). Con la prohibición total de la compañía concluye esta pequeña historia. En los medios oficiales se contradicen las respuestas, se confunden los términos... no llega a darse un solo espectáculo. Este nuevo paso aparentemente inservible es sin embargo la primera toma de conciencia práctica de la nueva juventud española. La historia de la cultura colectiva en España está plagada de pequeños y grandes fracasos, cataclismos, prohibiciones, merced a ellos se ha ido creando un público y una reciprocidad responsable entre creadores y espectadores. Los repertorios en este caso, aunque ambiguos y ecléctico, reuniendo a Malakovsky, Goller, Calderón, Lope, etc. evidenciaban

ya un interés investigador y un afán por salir del círculo vicioso de las «comedietas poéticas», para entrar de lleno en una amplia problemática social.

Los sucesos acaecidos en la Universidad de Madrid en 1956 van a abrir un nuevo período del pensamiento y la mentalidad estudiantil española. El tiempo de silencio ha concluido dando paso a la evidencia. Los problemas universitarios salen a la calle, la oposición comienza tímidamente a organizarse más ampliamente y a proponer una estrategia tendente en principio al derrocamiento del Sindicato obligatorio. En este momento los grupos mejores de la universidad, apartados sistemáticamente de cualquier participación o trabajo sindical, se incorporan por diversos conductos a las actividades del S.E.U. Deciden utilizar la estructura existente para sensibilizar al universitario en sus problemas circundantes, con la mayor amplitud posible. Esta actitud alcanzada herirá de rechazo las bases mismas de la estructura sindical. La toma de conciencia del universitario le llevará a reclamar unos derechos que no tiene. Hombres y actividades conjuntados serán fermentos que desharán definitivamente las bases fascistas en las que se apoya el sindicalismo estudiantil. Sólo un año después ya se obtiene el primer resultado práctico; elección de los delegados de curso; seguida de otro (1960) en la que esta electividad se amplía hasta el delegado de Facultad, permaneciendo los otros puestos en igual estado. Este cúmulo de circunstancias, unido a una mayor disponibilidad económica, va a traer como resultado un veloz progreso de la actividad teatral. Entre 1958 y 1964, el teatro universitario español produce y renueva más que en todos los años anteriores. La reserva biológica rebelde existente en la Universidad se incorpora en gran parte a esta tarea tan directamente conectada con la colectividad. Se multiplican los grupos, se amplían los presupuestos, se incorporan nuevas piezas, se cuida y vigila el decorado, vestuario e iluminación; en ocasiones comienza por saberse que eso existe en un espectáculo con identidad específica. El terreno del teatro es cubierto por estudiantes que en el mejor de los casos saben a dónde van y lo que quieren. Junto a ellos surgen compañías más o menos conscientes, pero entusiastas. El T.E.U. toma altura, parece revivir. Se celebran «Certámenes Nacionales», se importan libros teóricos, se dialoga y escribe sobre teatro. El T.E.U. rompe el cerco de la Universidad y sale a la calle. Los espectáculos abandonan el estrecho margen del aula y el escenario improvisado para irrumpir en el teatro público y reunir a un público heterogéneo en este deseo tímido o radicalmente renovador. Esta renovación se situó en principio a niveles formales y estéticos. Los di-

rectores de escena persiguen y buscan el espectáculo «hermoso de ver»; alguno sugiere tímidamente una temática más amplia y directa. Los hombres de Fernandez Montesinos, González Vergel, José M. Loperena, Sanchis Sinisterra, Alberto Castilla, entre otros más, se suceden a lo largo de estos años. Algunos van a pasar de inmediato al teatro profesional, manteniendo sus posturas estetizantes y huecas. Otros por el contrario —González Vergel ante todo— ahondarán en la trascendencia de la dramaturgia en nuestra época y será uno de los primeros en abrazar la causa del brechtismo en España.

A esta primera promoción le sucede por así decir otra, en las que posturas y opiniones se han polarizado más fuertemente. Se mantienen las posiciones formalistas pero frente a ellas surge un nuevo grupo con preocupaciones menos metafísicas y más sociológicas. La evolución del pensamiento universitario, la entrada de nuevos libros, una toma de conciencia más profunda y realista, etc., permiten la aparición de algunos directores de escena u hombres del teatro universitario que pugnan por ir más lejos de la simple técnica en sus tareas de renovación.

El «climax» de este movimiento lo marca la celebración de las primeras «Jornadas Nacionales del Teatro Universitario». Noviembre de 1963 es sin duda una fecha histórica para el T.U. español. El «Departamento Nacional de Actividades Culturales del S.E.U. convoca en Murcia a los representantes de las diferentes compañías estudiantiles para realizar un curso de formación y sembrar las bases para una reestructura del T.U. El interés de las Jornadas podía resumirse en estos dos aspectos generales. Las lecciones teóricas de González Vergel —todavía impresionado por la lección teatral del «Berliner Ensemble»— se orientaron hacia la abierta discusión y enfrentamiento entre la dramaturgia ilusionista, formalista y antihistórica y un realismo crítico tan sólo intuido, mal formulado, pero repleto de interés y posibilidades. Estas lecciones sirvieron para confrontar y dividir a los bandos en litigio: por un lado los representantes del «arte por el arte»; frente a ellos los que buscábamos una más amplia perspectiva y conexión entre el teatro y la sociedad de nuestro tiempo. En esta disyuntiva se mantuvieron las conversaciones. Durante una semana discutimos enconada pero admirablemente sobre la gran problemática del teatro universitario y la sociedad española: reforma de estructuras, funcionamiento interno y nacional, métodos de trabajo, repertorios, cursos de formación, seminarios, prospección de un nuevo público, subvenciones, publicaciones teatrales... dirección y orientación en fin de la dramaturgia de nuestra época. El resultado obtenido fue

como una corriente de aire fresco que barría todo el viejo y apolillado pasado y presente que nos rodeaba. Las jerarquías del S.E.U. se mantuvieron al margen, apenas intervenían, escuchaban en silencio. En lo sucesivo todo el tinglado nacional del T.U. sería dirigido y controlado por una «Comisión Permanente», formada por estudiantes y refrendada democráticamente. Esta «Comisión» se renovaría cada cierto tiempo, siempre por decisión de los demás miembros, teniendo como principal misión poner en pie y llevar adelante un aparato administrativo, técnico y teórico que garantizase la reforma y funcionamiento del T.U. Esta «Comisión Permanente» la formaron en principio: Carlos Rodríguez Sanz, Enrique Ximenez de Sandoval, Alberto de la Hera y Juan Antonio Hormigón. Durante cuatro días la comisión trabajó sin descanso para redactar un documento en el que el espíritu de los allí reunidos se expresase, y en el que se dieran las bases teóricas de toda la reforma posterior. Este texto iba a concretar en sus doce puntos las distintas causas que influían en la actual situación del teatro en España y aclarábamos las posibles vías de solución (2).

Declaración de principios

...Los fines con que el Teatro Universitario se inició están ya rebasados y es preciso fijarle nuevas metas que le devuelvan su razón de ser: CONSTITUIR EL FRENTE DE AVANCE DEL FENOMENO TEATRAL EN ESPAÑA.

1. — DECLARAMOS que el Teatro es un fenómeno estético con una preocupación fundamentalmente social de signo didáctico.
2. — CONSIDERAMOS que el teatro en España no sirve al momento histórico en que vive, siendo absolutamente imprescindible una renovación teatral que sólo la Universidad está en condiciones de realizar.
3. — Sin embargo, ESTIMAMOS que el Teatro Universitario, hoy, técnica, cultural, estética y socialmente no alcanza la altura implícita en sus presupuestos.
4. — Conscientes de todo ello, ASUMIMOS la responsabilidad de efectuar esta renovación.
5. — CREEMOS que el público es el protagonista del teatro.
6. — En consecuencia, RECHAZAMOS el monopolio de una clase social sobre el teatro; urge recuperar a la clase trabajadora de nuestra época como público teatral.

7. — SE IMPONE, por tanto, una renovación del repertorio dramático en función de este nuevo público; es decir, un nuevo teatro para nuevo público: un TEATRO POPULAR.

8. — El teatro popular responde a un concepto teatral en el que DEBE tomar cuerpo la mentalidad universitaria.

9. — AFIRMAMOS que una amplia libertad de expresión es característica esencial del quehacer universitario.

10. — NO ACEPTAMOS los condicionamientos de todo tipo que pesan sobre la dirección escénica.

11. — EXIGIMOS a los directores y actores un nivel de preparación que les permita responder al compromiso social que entraña el fenómeno dramático.

12. — Todo lo anterior SUPONE UNA TOTAL REESTRUCTURACION DE LAS NORMAS Y LOS FINES DEL TEATRO UNIVERSITARIO.

En Murcia, a 21 de diciembre de 1963»

Era la primera vez que un documento firmado por un numeroso grupo de estudiantes daba una interpetación tan radical del momento presente. Cuando los diez puntos fueron aprobados por unanimidad, creímos que algo importante estaba sucediendo.

Esta Declaración de Principios fue completada por un segundo documento: «BASES PARA UNA REESTRUCTURACION DEL T.U.», en el que se canalizaban paso a paso los distintos niveles de la práctica teatral y se formulaban las soluciones posibles para su global reconstrucción. Esta nueva comunicación se subdividía en los apartados siguientes:

1. — ESTABILIDAD —de las organizaciones del T.U.—
2. — JORNADAS DE TEATRO —periodicidad y temática.—
3. — COMISION PERMANENTE —funciones y atribuciones—.
4. — PLANIFICACION, CONTROL Y AYUDA-AUTOGESTION y COLABORACION.
5. — UNIVERSIDAD Y TEATRO —relaciones recíprocas—.
6. — LINEA A SEGUIR —repertorios, teatro y sociedad—.
7. — FORMACION E INFORMACION —publicaciones y cursos .
8. — CATEDRA DE TEATRO, CENSURA Y MEDIOS DE DIFUSION.
9. — COLEGIOS MAYORES —compañías de TU—.
10. — SUBVENCIONES.
11. — GASTOS Y LOCALES —nuevos teatros, presupuestos etc.—.
12. — CLAUSULA FINAL —aplicaciones de estas normas—.

Como puede apreciarse a través de los simples títulos, los temas eran muy amplios. En la mente de todos estaba presente la idel de lo imprescindible de esta transformación y su necesaria coherencia nacional para llevarla adelante.

La prensa acogió de forma diversa ambos documentos. Algunos periódicos los silenciaron, otros hicieron una simple reseña, los menos los alabaron... el público general supo muy poco o nada de esto. En el fondo nada tenía demasiada importancia. El tiempo vino a demostrar que los ánimos se habían enfriado, que muchos por miedo al ridículo o a la demostración de su ignorancia se cobijaron en la rueda de las afirmaciones, aunque estuvieron dispuestos y persuadidos a no llevar adelante ningún punto de los allí aprobados. Las actividades posteriores lo reflejaron en casi un 90% de los casos. La «Declaración de Principios» suponía una actitud rebelde y una especie de proclamación de mayoría de edad de los universitarios españoles, exigiendo ocuparse y dirigir sus propios asuntos. Los hombres que en Murcia mantuvieron la línea dura —la única que posibilitaba en aquel momento la reforma— eran a su vez más conscientes en responsabilidad social, los más comprometidos con la realidad, también. Nada de esto escapó a las Jerarquías Ministeriales y Sindicales; los documentos eran papel mojado, la reestructuración dejaba paso a una censura recrudecida.

El Certamen Nacional de T.U. de 1964 evidenció esta situación. Esta ha sido la última ocasión hasta el momento en que los Teatros Universitarios de las distintas ciudades se presentaron libremente. Su número fue relativamente grande y existía aún un intento de llevar adelante lo aprobado en Murcia. El S.E.U. en este momento mantenía su aparente estructura y solidez pues la oposición estudiantil se centraba en su destrucción interna, preparando los asaltos finales.

Tradicionalmente los Certámenes Nacionales de T.U. habían sido un prodigio de desorganización y desigual nivel artístico. La falta de medios y de ingenio ahondaba más y más el mediocre nivel de los espectáculos. Durante el curso 1962-63 fue la universidad de Navarra, dirigida por el Opus Dei, la organizadora. Una vez más se comprobaron la falta de preparación técnica y teórica de las compañías y su falta de madurez y estabilidad. Aquella experiencia sirvió para que las Jornadas de Murcia decidieran elegir el camino más difícil pero a un tiempo el único eficaz. Dos o tres compañías universitarias —mejor o peor preparadas— entendieron lo hablado, discutido y aprobado en Murcia. Sus espectáculos fueron una búsqueda siempre esperanzadora de

esta dramaturgia necesaria. Es cierto que un espectáculo se distinguió por su virulencia: fue el del T.U. de Zaragoza poniendo en escena dos piezas de Valle-Inclán «(Las galas del difunto» y «La hija del Capitán). Las irregularidades que condujeron a la no inclusión de esta compañía en la fase final —directamente imputables al Dpt. Nacional de Actividades Culturales del S.E.U.— fueron el comienzo del fin (3). Los universitarios de Sevilla —ciudad organizadora del Certamen— mostraron con la no asistencia su disconformidad con todas aquellas decisiones gratuitas, encaminadas a controlar nuevamente la actividad estudiantil.

La «Comisión Permanente» cesó de hecho en sus funciones. Nunca más fue convocada o reunida. El S.E.U. retiraba de nuevo su capacidad de decisión a los estudiantes; los documentos no se aplicaban, se decretaron expulsiones. Este Certamen, como después veremos, fue el último que se ha celebrado y el fin del T.U. en la forma clásica en que lo hemos visto. A partir de aquí los sucesos y la marcha del movimiento estudiantil iban a dar un nuevo viraje al binomio teatro-universidad.

## II — SITUACION ACTUAL

El curso escolar 1964-65 está presidido por las grandes decisiones. La madurez alcanzada por las minorías universitarias se proyecta directamente sobre la actividad y actitud generales. En la primavera de 1965 más de cincuenta Facultades y Escuelas Especiales no reconocen la gestión ni existencia del S.E.U. como Sindicato y deciden separarse y comenzar su autogestión. La universidad se ha lanzado a la protesta abierta. El S.E.U., en un último esfuerzo por controlar una situación que ya no le pertenece, decide aparentar una apertura y eliminar al mismo a todos los que en su interior han mostrado su disconformidad. Los Teatros Universitarios se limpian así de hombros competentes, pero molestos para el Sistema. En este curso la labor creadora desciende totalmente. Nadie que no esté ideológicamente complicado en la estructura sindical —repudiada por los estudiantes— puede continuar en la empresa. Los espectáculos disminuyen en calidad y continuidad. Con estas perspectivas el Certamen Nacional de T.U. produce el escándalo. Los T.U. seleccionados acuden a Salamanca para la fase final, pero ésta no puede celebrarse. El T.U. de Madrid —el primero en actuar— presenta dos piezas cortas de un autor español (4). Tras diez minutos de espectáculo; gritos, protestas, insultos, proyectiles vegetales incluso, son lazados contra el escenario. La representación se interrumpe. El director se presenta y declara: «Yo he

venido a hacer teatro no a congraciarme con el S.E.U. Si queréis nos vamos...» La respuesta es gigantescamente afirmativa. La policía cerca el teatro controlando las salidas. El telón cae para no levantarse. El Certamen es supendido y las compañías regresan a sus casas.

Esta repulsa por parte de los universitarios hacia las actividades programadas por el Sindicato oficial, se ha hecho más viva que de costumbre. En la mente de todos están las manifestaciones de Madrid (5), los problemas candentes; colaborar era ya una traición en aquellos momentos. Separado y aislado en su actividad, el Teatro Nacional Universitario prosigue sus tareas. Tras una primera etapa (1962-64) semiprofesional, Alberto Castilla se hace cargo de la dirección de la compañío. El T.N.U. que debía cerrar el certamen de Salamanca vuelve igualmente a Madrid sin pisar el escenario. El trabajo del T.N.U. en Madrid no ha sido tampoco nada fácil. La representación de « El círculo de Tiza Caucasiano» —autorizada para una sola representación improrrogable— se da en un patio de butacas semidesierto, cartel de «no hay localidades» en las taquillas, y público invitado— bigotes, gafas obscuras, ribetes de funcionarios estatales— nada bien dispuesto. Los estudiantes madrileños se dividen en dos sectores; unos consideran las representaciones del T.N.U. como un acto de «colaboracionismo»; otros piensan que la experiencia puede tener interés en sí misma. La realidad muestra que los universitarios no pueden presenciar el espectáculo. El T.N.U. sale con «Fuenteovejuna» de Lope de Vega hacia Parma y Nancy. La gira es fabulosa, casi un mes de estancia en Europa. La Jefatura Nacional no regatea en gastos y paga más de 100.000 pts. por este viaje, cifra que contrasta violentamente con la penuria cotidiana del 95 % de las compañías universitarias. La puesta en escena, aunque discutible a niveles teóricos, fue indudablemente un estadillo de la problemática española actual. El S.E.U., que había calculado que ésta, como sus otras actividades, sirvieran para su propaganda, se ve burlado en sus propósitos. A pesar de los éxitos conseguidos la censura prohibe la representación de la pieza en Madrid. El T.N.U. es disuelto, su director expulsado; nadie acepta después reorganizarlo y dirigirlo. Esta progresiva desaparición del T.U. se agudiza con el nuevo decreto sobre sindicación estudiantil. El S.E.U. desaparece como tal y queda jurídica y administrativamente reducido al nivel de una simple oficina de gestión. Su puesto es cubierto por las A. P.E. (Asociaciones Profesionales de Estudiantes) y por el «Consejo Nacional» que es el máximo organismo de éstas. Las normas para la simple presentación de candidatos cierran el acceso

a los puestos dirigentes al 80% de los estudiantes. La reforma es tan sólo aparente, reducida a la formal pero sin variar los fundamentos de la sindicación; así opinan muchos españoles, universitarios y no. Cuando se intenta suavizar la rigidez inicial, la universidad ha tomado ya masivamente partido por una postura, su madurez le lleva a pedir la reordenación total sin aceptación de las mínimas concesiones que se le hacen. Los actos de repulsa hacia las estructuras impuestas aumentan día a día. Todo viene a demostrar que este movimiento se impone paso a paso en la conciencia de los españoles y que el permanente relevo de las nuevas promociones es el motor que lo impulsa.

Hoy, solamente la Comisaría para el S.E.U. de la Universidad de Sevilla, mantiene un teatro Universitario permanente. En otras ciudades pequeñas, sólo de forma esporádica aparecen compañías sostenidas económicamente por las subvenciones oficiales. La separación entre estudiantes y «Colaboracionistas» se ha ahondado más aún si cabe. En los pocos casos en que esta colaboración se mantiene, las masas estudiantiles están lejos de estas manifestaciones de un esteticismo dudoso y mediocre. El boicot, la indiferencia o el aislamiento es la norma común de conducta.

Por el momento, las remozadas y juveniles estructuras democráticas sindicales, carecen todavía de medios, estabilidad y tiempo para programar una actividad teatral consecuente. El universitario se debe todavía a su trabajo de autoorganización sindical, a rehacer una mentalidad anquilosada, a intervenir personalmente en la tarea de reconstrucción de la Universidad. Por eso, la frase que preside este trabajo encuentra adecuada justificación. El T.U. como tal —de procedencia, problemática, interés, proyección y público universitario— no existe. Las condiciones y circunstancias actuales no lo permiten y cuando se pretende demostrar lo contrario, el resultado es una farsa sin historia ni alcance, porque es la gran Historia quien lo invalida.

## III. LOS TEATROS INDEPENDIENTES

El vacío creado por la inexistencia de un teatro universitario definido como tal, ha sido cubierto por las «Agrupaciones Independientes». La importancia y originalidad que el fenómeno ha adquirido en España merece el que nos detengamos en un análisis preciso y detallado. La ley General del Teatro en España, prevée la existencia y funcionamiento de una serie de compañías de Cámara y agrupaciones de «amateurs». Aunque no haya existido nunca una clara definición de las primeras, siempre se habían

orientado hacia la selección de obras y de público: los productos más exóticos de la dramaturgia del momento —con algún retraso temporal— para el sector selecto y pseudointelectual de la burguesía. Algunos estudiantes se ligaron a estas agrupaciones que de forma esporádica y muy de tarde en tarde ofrecían un espectáculo casi siempre anodino. Este malvivir era resultado del cancer sangrante que el teatro español lleva a cuestas. Si en la capital la competencia con los llamados «profesionales» llevaba consigo el ostracismo y la mistificación; en el resto del país la indiferencia, inmovilismo e incomprensión del público conducían al desastre. Un ejemplo claro de esta situación nos lo ofrece «Dido Pequeño Teatro» de Madrid. Su orientación generalmente aséptica y esteticista le granjearon una pequeña subvención oficial que aún siendo más elevada que las restantes, apenas cubría los gastos de alquiler del teatro por una sola noche. Su interés radicaba en el estreno de piezas que de otro modo hubiera sido prácticamente imposible contemplar; su misma trayectoria discontinua ha desembocado en su desaparición de hecho. Es indudable que la falta de recursos económicos ha sido la causa motor de estas desapariciones sistemáticas; sin embargo la etiología de esta afección crónica es mucho más profunda. La incoherencia idealista de los repertorios, la falta de un deseo real de creación y búsqueda de un público que mantenga e impulse constantentemente la actividad de la compañía, son razones menos evidentes pero de mayor importancia. Con censura o sin ella lo cierto es que estos grupos carecían de una voluntad de decisión y compromiso capaces de permeabilizar sus presupuestos —del tipo que fuesen— hasta llegar claramente y penetrar en el público espectador; hasta dinamizarlo en alguna dirección.

En un principio —1964 como fecha límite— los teatros universitarios y de cámara han convivido y participado de las mismas trabas y vicisitudes. Los primeros representaban al sector totalmente vocacional, los segundos adoptaban posiciones semiprofesionales participando en ocasiones de los defectos de unos y otros, La desaparición de los T.U. conduce a los estudiantes, licenciados y hombres de teatro no sujetos a la rutina o vaciedad profesionales, a unirse en la antigua fórmula de los «Teatros de Cámara y Ensayo». De esta aglutinación surgen los «Teatros Independientes» que pugnan por edificar y redescubrir el teatro fuera de Madrid, dar las bases para unos futuros teatros Municipales, incorporar nuevos métodos de trabajo, plantease cara al porvenir la creación de un público y renovar la dramaturgia a los niveles teórico y de producción. Las diferencias de preparación entre las distintas compañías son evidentes; ello no quita para que este fenómeno

global revista caracteres históricos. La «Escuela de Arte Dramático Adria Gual» en Barcelona, «Aquelarre» en Bilbao, «El Corral de Comedias» en Valladolidad, el «Teatro Estudio» de Madrid, el «Teatro de Cámara» de Zaragoza, o el «Grupo Gesto» de Gijón; son entre otros los mejores ejemplos de este fenómeno que ha comenzado a surgir en casi toda la geografía española.

España es un país que ha descubierto el teatro como de repente. Nuestra traida y llevada tradición teatral no era sino resultado de una infraestructura económica feudal, controlada por las oligarquías financieras y terratenientes, incapaces de impulsar tan siquiera una cultura de tipo aristocrático. Las experiencias llevadas a cabo por directores como Rivas Cheriff y García Lorca durante los años de la República, y en plena Guerra Civil por R. Alberti y María Teresa León, fueron en sí el comienzo de una toma de posición frente a los problemas técnicos y literarios del teatro; pero sin llegar —no olvidemos la premura con que todo esto hubo de llevarse a cabo— a plantearse en su total dimensión el entronque sociológico, las relaciones profundas espectador-espectáculo, la revisión de toda una dramaturgia a partir del método científico propuesto por el materialismo histórico. Incorporar a nuestros modos de trabajo las experiencias públicas del «Berliner Ensemble», el «Piccolo Teatro de Milano», el «Teatro de la Comuna de Aubervilliers,» o las «Volskwünes» alemanas, es sin duda el comienzo de una práctica teatral que rompe con el subdesarrollo técnico y la mediocridad. Estas experiencias, si importantes son en el plano de la puesta en escena, se hacen imprescindibles en su proyección exterior. Toda la labor encaminada —a través de seminarios, conferencias, comisiones, coloquios, grupos de activistas, publicaciones, mesas redondas etc.— a la formación y aglutinación de estos nuevos espectadores en la tarea común de rehacer y elaborar unos conceptos distintos del teatro y de la cultura en general, pasa al primer plano de importancia.

La temporada 1966-67 podríamos definirla como la de las «Asociaciones de Espectadores». A partir de sus programaciones concretas, algunas de estas compañías han formado Sociedades en las que se agrupan los espectadores dispuestos a salir de su somnoliencia y su letargo. Estas Asociaciones mantienen económicamente a la compañía formando el núcleo más dinámico y consciente de su público. Los objetivos están insinuados tan sólo, no creamos que se ha llegado a metas mínimamente sólidas, pero sin duda la experiencia se sitúa al más alto nivel de las emprendidas hasta hoy. La primera de las metas alcanzadas ha sido la estabili-

dad económica, lo que ha garantizado progresión y dignidad en los espectáculos. Este equilibrio ha planteado diferentes problemas según las ciudades de procedencia de la compañía. Mientras que el T.E.M. en Madrid disfruta de una cómoda subvención gubernamental; ni la A.E.D.A.G. (Barcelona) o el T.C.Z. (Zaragoza), han percibido nada del Estado y muy poco del Municipio. La continuidad y niveles de preparación también han sido distintos; los sectores de público (predominio de estudiantes, burguesía o proletariado) variables; la finalidad misma del espectáculo (dividir, aunar o divertir las clases en oposición) confusa; las bases teóricas de sustentación (del idealismo existencial hasta el materialismo científico) insospechadas... la máquina sin embargo se ha puesto en marcha y ello es esperanzador.

En Noviembre de 1966 se organizó, una vez por los organismos oficiales, una confrontación de las distintas compañías de teatro vocacional en el llamado «1er Congreso Nacional de Teatro Nuevo», radicado en Valladolid. Las cuestiones a tratar se centraban en dos apartados fundamentales:

a) Comentarios al Proyecto de Ley de Reforma del Teatro.

b) Creación de una Federación Nacional de Teatros de Cámara y Ensayo.

Se discutió infatigablemente durante una semana. Frente a los elementos más o menos progresistas, aparecieron los representantes disfrazados del neo-fascismo. El resultado no fue nada positivo a pesar del esfuerzo voluntarioso de muchos congresistas. El Proyecto de Ley no ha progreado, la Federación es inoperante; la maniobra de envolvimiento y control perpetrada por los colaboradores ministeriales no tuvo el final feliz que presumían. Existe una especie de escepticismo e indiferencia entre los T.I. hacia cualquier intervención ministerial. Los resultados no pueden ser más concretos: pero en la temporada 1966-67 el presupuesto de ayuda al teatro vocacional alcanzaba la ridícula cantidad de 200.000 pts (unos 1.650 NF). La mayor parte de las compañías quedaron sin subvención, lo que no impidió que con relativa frecuencia se concedieran ayudas extraordinarias a ciertas compañías «escogidas», que no se distinguen precisamente por su calidad.

En Valladolidad, el Teatro Universitario tuvo también algunos representantes. Estos, además de ser desconocidos por lo general en sus ciudades de origen, no presentaban en la mayor parte de los casos, ningún espectáculo en su haber. Algunos procedían de centros urbanos en los que no existe tan siquiera Universidad. Los hombres del T.U. que siempre habían sido la vanguardia artística e ideológica del país, fueron aquí mansos y sumisos corderos. No existían antes, ni existieron después. Su asistencia se limitó a fi-

gurar, a entrar en la gran farsa a que antes aludíamos, a representar un papel ignominioso por lo falso y artificial. Valladolid demostró por otra parte que cada cual debía forjar uniteralmente un modo de trabajo y un público espectador. Que era absolutamente necesaria la unión, pero no a los niveles burocráticos y oficiales que se proponían, sino partiendo de una acpetación global del trabajo común. Crear una burocracia imprescindible y efectiva. Huir de la discusión pura y pasar a la acción consciente y concreta. Olvidar por un momento las posturas ambiguas y retóricas de muchos críticos —viejos y jóvenes— de Madrid, que parecen querer monopolizar con sus opiniones la única verdad dramaturgica posible; pasando a investigar seria y pausadamente todas las disciplinas que coinciden en el trabajo y práctica teatrales.

La labor desarrollada por el T.C.Z (Zaragoza), puede ser un ejemplo interesante del trabajo emprendido. El Teatro de Cámara de Zaragoza ha creado en la temporada 1966-67 tres espectáculos, poniendo en escena cuatro piezas: EL BARON de L.F. Moratín, adaptación de J.A. Hormigón; LAS PERICAS de N. Dorr y el PROFESOR TARANNE de A. Adamov, adaptaciones de M. Cariñena; LA DAMA DEL OLIVAR de Tirso de Molina, adaptación de J.A. Hormigón. Se han dado 11 representaciones de la primera, 12 de las dos segundas y 4 de la tercera. Han intervenido 2 directores de escena, 9 técnicos y unos 30 actores a lo largo de la temporada. Esta actividad se ha visto acompañada por conferencias, coloquios, mesas redondas, proyecciones etc. El Seminario de Estudios Teatrales programó tres cursos de cinco lecciones cada uno:

a) Introducción al teatro de Bertolt Brech.

b) Corrientes escénicas modernas.

c) Dramaturgia y sociedad en los siglos XVI y XVII.

Estas lecciones dadas en el seno del «Seminario de Teatro» de la cátedra de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras, realizaron una de las más difíciles uniones: explicar el teatro como hecho escénico y sociológico, como ciencia, como forma de expresión con un lenguaje y una técnica; en la Universidad.

Una conducta similar en líneas generales ha seguido la A.E.D.A.G. de Barcelona. Sus repertorios, la coherencia de su trabajo, la labor didáctica —formación de actores, críticos, escenógrafos, directores etc.— le confieren una importancia excepcional. Espectáculos como la «RONDA DE MORT A SYNERA» de Salvador Espriú o «LA BONA PERSONA DE SE-CHUAN» de Bertolt

Brech, puestas en escena por Ricardo Salvant; han constituido dos auténticos modelos no superados por los mediocres ejemplos profesionales. Esta compañía interpretando sus textos en catalán, colabora activamente en el resurgimento del idioma propio y en el enriquecimiento de una de nuestras mejores culturas nacionales. Por otra parte la A.E.D.A.G. ha dado el mentis a toda la serie de empresarios y público burgués que ha considerado durante treinta años el teatro como un mecanismo comercial hecho para diversión y regocijo de unos pocos. Salvat y su compañía han demostrado como se puede hacer teatro a los más altos niveles de calidad y no perder dinero en la Empresa. Esta demostración tiene en España un valor especial pues invalida todos los conceptos y lugares comunes que se emplean por los medios de expresión paraoficiales para impedir el progreso de iniciativas semejantes. La estancia de la A.E.D.A.G. en el teatro Romea de Barcelona, como compañía profesional, supone el primer gran salto adelante, el primer paso hacia esa nueva concepción del profesionalismo teatral. Solamente el terreno de los espectadores ha sido descuidado en este intento. El público de la A.E.D.A.G. está formado en su mayor parte por universitarios que acuden espontáneamente a los espectáculos. En Zaragoza, sin embargo, el T.C.Z. ha creado un «Club de espectadores» que aglutina al nucleo central de su público y le confiere solidez y dinamicidad. Sin abandonar el principio de su trabajo: la práctica, estudio o investigación dramaturgia, el T.C.Z. ha logrado crear conciencia de la necesidad de un apoyo común para llevar adelante la empresa que les ocupa.

Estas dos experiencias, toda la actividad conjunta de unos y otros, los intercambios que se posibilitan —las Asociaciones de Espectadores de Valladolid y Bilbao han llevado hasta allí al T.C.Z. y la A.E.D.A.G. entre otros— marcan una evolución positiva y esperanzadora para el teatro español. El grupo Aquelarre de Bilbao, poniendo en escenas obras como ANDORRA de Marx Frich y LUCES DE BOHEMIA de Valle-Inclán; el «Corral de Comedias» de Valladolid, presentando «Ubu Rey» de A. Jarry; realizan una enorme labor de difusión de toda una dramaturgia prohibida y escamoteada al público general.

En el confuso porvenir económico, social y político de España, el Teatro no puede tener una proyección global definida. Los más clarividentes se apoyan en la fuerza misma de la Historia para llevar adelante su trabajo; otros se debaten por encontrar una salida; algunos se vuelven de espaldas y quieren todavía «colaborar» o contemporizar con el pasado y el presente. Sin duda, los más arriesgados y radicales, aquellos

que tienen su meta instalada en el futuro, los que son hombres de vanguardia en todos los terrenos, los más rebeldes, los que fundamentan el valor de los individuos en su trabajo y no en la verborrea... tendrán la última palabra.

## IV. UNA VIA HACIA EL FUTURO

Cuando en 1961 Antonio G. Pericás escribía en la revista «Acento» su artículo: «Perfiles de la oposición Vanguardia-Realismo» (6), una época terminaba y un estado de opinión se definía. No se tome esta afirmación como simple dogmatismo, sino como posibilidad o camino para la comprensión del fenómeno global. Esta disyuntiva que Pericás planteaba, suponía el enterramiento práctico del pseudonaturalismo pequeño-burgués, post-benaventiano, raquítico y amorfo, que de este modo quedaba relegado a unos locales difinidos. El estreno de «El Rinoceronte», de Ionesco, en el Teatro Nacional María-Guerrero, aportaba la verosimilitud de su concreción práctica. Este espectáculo con su sola presencia posibilitaba la discusión efectiva entre esta doble disyuntiva teóricoteatral.

Hoy, después de seis años, la misma disyuntiva —sujeta a matices y contradicciones cambiantes— sigue en pie. Hoy quizás la necesidad, el auditorio y la premura del tiempo, permiten situar el binomio a niveles estratégicos nacionales. Esto supone y exige un análisis a la hora de elegir y sobre todo, una clara fundamentación del por qué del teatro en una sociedad determinada. Pericás de forma consciente y científica se limita a destruir los presupuestos teatrales del llamado vanguardismo y posibilita el advenimiento y comprensión del realismo. Esto lo hace sin empirismos románticos sino con una claridad y precisión perdurables. Algo que aparece bien definido y matizado es la oposición ideológica y generacional entre dos estilos teatrales en litigio. «No obstante ser España una nación propia para el realismo, durante los últimos años ha proliferado de una parte un cierto academicismo teatral seudonaturalista; de otra —en el bastión más joven— un deslavazado vanguardismo que tienta influencias francesas y norteamericanas». Es indudable que en este segundo grupo se encuentran incluidos los Teatros Universitarios del momento, pero no es tampoco menos cierto que ese realismo insinuado por el propio Pericás, ha aparecido y está ejercitándose en este sector no bien definido del joven teatro español. Compañías como las que hemos estudiado anteriormente han elegido el realismo científico como base de su trabajo; a través de textos y publica-

ciones el concepto alcanza su rigor y verdadera concreción. Junto a la capacidad teatral de los artífices del joven teatro español (R. Salvat. M.A. Capmany, M. Cariñana, R. Vicente, C. Romero, M. Zalduegui, etc.) que de forma más o menos explícita han escogido la vía del realismo, un público heterogéneo y contradictorio va surgiendo. Son indudablemente las masas sistemática e históricamente separadas de la cultura, las masas sumergidas en el opio de las alienaciones cotidianas y familiares, víctimas de la literatura y los medios de expresión creados y dirigidos hacia la multiplicación de su ignorancia, las llamadas a ser el público espectador del futuro teatro español. Junto a ellas y con ellas, los universitarios e intelectuales e incluso las capas progresistas de la burguesía no monopolista. Este planeamiento no es tan utópico como pudiera parecernos a simple vista. La existencia de «Comisiones Obreras», del «Sindicato Democrático de Estudiantes», etc. han permitido el surgimiento y puesta en marcha de ciertas organizaciones culturales que encuentran de ese modo una nueva clase y un nuevo público al que dirigirse y para quien elaborar una determinada cultura y ciencia. El Teatro —superado el nivel artístico y técnico que precisa una profesionalidad— se ve de este modo impulsado y dinamizado. Las masas hacen y ejercitan su presión sobre el fenómeno teatral, lo influencian con su presencia y sus intervenciones. Las masas aprenden por otra parte a utilizar el arte, a conocer sus limitaciones y alienaciones, prejuicios y miserias; aprenden a conocer el origen de las contradicciones en que viven y el por qué de una estrategia determinada; cubren su vacío cultural, abandonando los dogmatismos en un proceso de lucidez.

Es evidente que esta empresa tímidamente iniciada en ciertos lugares, sólo alcanzará su plenitud en el momento en que la dinamización social se promueva plenamente, en el momento en que la alianza entre las fuerzas del trabajo y de la cultura se lleve definitivamente a cabo. Una gran parte de este proceso se encuentra todavía en situación semilegal y tiene tan sólo una fuerza potencial ascendente. Esta alianza a que nos referimos solo será fructífera en el momento en que la universidad como tal participe. Es por eso que la labor de los universitarios adquiere un papel tan relevante en los movimientos de edificación de una cultura de masas, de un teatro realista, científico y crítico.

Es en esta vía de compromiso ideológico en la que el T.U. encontrará su salida. Es por la aceptación de esta responsabilidad que los estudiantes se proyectarán eficazmente en la compleja problemática cultural española. Hemos visto cómo y por qué el T.U. hoy por hoy, no es viable. Los estudiantes españoles han

aprendido la difícil lección del sindicalismo, la autogestión, la autoorganización, la representatividad, la autonomía y la democracia. Una lección sin duda complicada para la que cuentan con poco tiempo, pues todavía la represión directa e indirecta pesa sobre ellos.

Esta situación pasará y los universitarios serán libres de organizar y distribuir sus actividades y presupuestos en completa garantía legal y como mejor deseen. En ese momento la Universidad podrá lanzarse decididamente a la edificación de nuevas formas y conceptos.

En la juventud se está produciendo una dinamización que ya no se detiene en matices intermedios sino que acepta la postura radical, porque va a la raíz misma de las cosas. En este y por este camino el T.U. encontrará su nuevo público, escogerá sus presupuestos ideológicos, renovará decidida y limpiamente sus modos de trabajo. Cuando muchos se mantengan y acantonen en su inmovilismo, serán los estudiantes —dada la constitución social y cultural del país— los que más medios tengan para llevar adelante su tarea...

Ser universitario no supone ser estudiante, sino tener una mentalidad decididamente universitaria. Este concepto va a ser necesariamente uno de los primeros a renovar y definir. El T.U. ante una posible reorganización se encuentra ante las siguientes posibilidades:

1º. Proseguir con la fórmula mantenida hasta ahora: actores, directores y técnicos universitarios.

2º. Crear en el seno de la Universidad Departamentos de Dramaturgia a la manera de Inglaterra o Estados Unidos— que aglutinan desde jóvenes estudiantes hasta profesores, técnicos y directores de más edad y experiencia, que se incorporan a los trabajos prácticos y teóricos del Departamento.

3º. Formar compañías profesionales estables, subvencionadas e impulsadas por la universidad; que creen espectáculos dirigidos y elegidos hacia este concreto sector de público

4º. Renovar todo el sistema de enseñanza del teatro, variando la concepción de conservatorios y escuelas. La práctica escénica de estos organismos serían el único T.U.

Estas son entre otras menos importantes, las posibles soluciones al problema del T.U. Es de esperar que en el futuro, la capacidad económica y distributiva de los Sindicatos Democráticos de Estudiantes sea mayor día a día. Esta capacidad aumentará en el momento en que el corte que hoy existe entre catedráticos y

alumnos se suelde, y la universidad sea un todo coherente, sin desigualdades jerárquicas abrumadoras y con un renovado espíritu democrático en su estructura y funciones. Así y todo, dadas la tradición y mentalidad universitarias españolas, la tercera solución es poco viable. Mantener una compañía profesional estable supone y exige una solidez difícil y lejana. La realidad y la experiencia acumulada a lo largo de estos años demuestran bien a las claras lo inviable de la primera posibilidad. El teatro exige una profesionalidad, unos conocimentos, una dedicación y seriedad grandes, para que el producto comience a fluir claramente en el mundo que le rodea. Las buenas intenciones, se ha demostrado en España, no producen espectáculos sino cataclismos. Ese amateurismo y entrega heroica que ha sido la constante del T.U. español durante todos estos años deberá desaparecer o nunca el T.U. cumplirá eficazmente con la misión que tiene encomendada en el futuro.

Sin duda la segunda solución es la que mayor viabilidad encuentra, no en su estado bruto, sino matizada convenientemente. La universidad española puede llegar más fácilmente a ese nivel de concepción que a otros. Pienso que la posible creación de un «Departamento de Dramaturgia» es cuestión de hombres, años, dinero, libertad y trabajo... difícil pero no imposible. Cuando tuve ocasión de ver el trabajo realizado por los estdiantes del «Department of drama» de la universidad de Birmingham, en su primer año de funcionamiento, comprobé que «ponerse a trabajar» es lo más complicado. En el porvenir la aglutinación de licenciados, estudiantes, hombres de teatro sociólogos, filósofos, matemáticos, técnicos etc. en estos Departamentos de Dramaturgia, serán la base de todo el proceso creador, teórico e investigador. De este modo la cuarta posibilidad quedará cubierta. Esta cuarta posibilidad es en cierto modo la utilizada en los países del Este; es evidente que nuestro desarrollo histórico, social y económico, hace muy difíciles e incluso contraproducentes de incorporar, fórmulas cotidianas por ejemplo en Checoeslovaquia. No pretendo proponer decididamente la segunda postura como definitiva, simplemente resaltar su utilidad y practicidad para nosotros. Esta estructura en el seno de una sociedad como la americana produce un tipo concreto de trabajo que a pesar de su seriedad, no alcanza niveles de compromiso teórico estricto. Los estudiantes de Birmingham —representando una paráfrasis de «Hamlet» sobre la escisión de Rhodesia— fueron en su ferocidad crítica más lejos que nadie; superando a los demás en capacidad creadora y en auténtico derroche de teatro. En una sociedad española renovada, libre de achaques, de senilidad, de miedo, de represión, de

falsa tranquilidad aparente... en esa sociedad resultado del deseo y afán democrático de proletarios, campesinos, intelectuales y estudiantes; habrá llegado el momento de trabajar de este modo. El T.U. comenzar su nueva y segunda etapa, produciendo nuevos frutos. A ser, hacia dentro y fuera de nuestro país, resultado conjunto del esfuerzo de todos los estudiantes en cada terreno. He dicho al comienzo que el Teatro Universitario no existe, es posible que muy pronto esta frase sea tan solo historia y tengamos que borrarla por inexacta. Ese día, el Teatro Universitario español volverá a levantarse, a respirar, a estremecerse; todo será resultado de la mayoría de edad alcanzada por las estructuras y hombres que lo hacen posible; y esa madurez, sólo poniéndonos a caminar desde ahora, podremos alcanzarla.

Zaragoza 1967

NOTAS:

1.— Prólogo a tres piezas de Alfonso Sastre. Colección «Primer Acto» Editorial Taurus, Madrid.

2.— Ver el informe oficial en la «Memoria del Departamento Nacional de Actividades Culturales del S.E.U.» del curso 1963-64.
La revista «Primer Acto» publicó en el nº 49 pág. 9-11, un artículo sobre las «Jornadas», firmado por varios congresistas.

3.— Ver el artículo de Ricardo Domenech, «Un espectáculo fuera de serie» Primer Acto nº. 52. pág. 45.

4.— Se trataba del T.U. de la Escuela de Péritos Industriales de Madrid, dirigido por Pérez de Munlain.

5.— Me refiero a la manifestación presidida por los profesores J.L. Araguren. A. García Calvo, Montero Díaz y Aguilar Navarro; que les valio el ser apartados de sus cátedras.

6.— «Acento Cultural», Nº. 14 Madrid 1961.

# Crítica

## Consideración de Cataluña, de Julián Marías (1)

¿Merece este texto de Julián Marías el beneficio de la provisionalidad, la aceptación de que los puntos de vista expuestos en él son sólo una bienintencionada aproximación al asunto, no una palabra definitiva sobre el mismo? Probablemente sí, aunque sólo sea por respeto al par de veces (al menos) en que el autor comunica al lector la inspiración ilustrada con que se acerca al problema de las nacionalidades oprimidas: «Me parece admirable que para un catalán sean Montserrat o Poblet, Ripoll o Santes Creus, maravillas predilectas; que un madrileño ponga primero El Escorial; que para un gallego tenga Santiago un sentido más entrañable y único. *Lo que no comprendo es que haya alguno que no viva todos como igualmente «suyos», que no se sienta radicalmente mutilado y empobrecido ante la idea de que cualquiera pudiera no pertenecerle...*» (pág. 105, cursiva nuestra). Prescindiendo de que resulta difícil imaginar un madrileño de buen gusto que prefiera El Escorial a Santiago —por no hablar ya de Chartres o de Florencia—, es justo leer en esas líneas un humanismo de buena tradición y suficiente para eximir al autor de toda sospecha acerca de sus intenciones. Todavía más honra a éstas la afirmación contenida en el *Epílogo* de marzo de 1966, si, como parece, ha de entenderse como una democrática declaración de principios o, más bien, del único principio válido en materia de poblaciones oprimidas: «Y el futuro es reino de libertad. Con otras palabras, que seremos *lo que queramos*, aunque no «cualquier cosa» que queramos, sino dentro del repertorio de posibilidades que nuestra circunstancia —incluida la historia— define» (pg. 172).

Aún podría añadirse a esos oportunos juicios previos la declaración metodológica de la página 10 —«Nada es enteramente así y todo tiene varias caras»—, si no fuera porque este principio de método, tan indiscutible en asuntos teóricos y descriptivos, resulta para materias prácticas, de decisión y responsabilidad, pariente demasiado próximo del típico «por una parte...; por otra...» con el que Lenin caracterizó el procedimiento que racionaliza la tímida sumisión del pequeño-burgués a la prepo-

(1) Barcelona 1966. Aymá S.A. Editorial.

tencia de las clases dominantes tradicionales. Hay muchos sanos criterios de la teoría científica que tienen ese mismo triste destino en la práctica, a causa de que en ésta suele ser forzoso decidir sin más base que criterios de mera plausibilidad racional; un ejemplo digno de hacerse clásico fue la argumentación aislacionista de los conservadores norteamericanos cuando la segunda guerra mundial, basada en la veracísima, pero incoherente, observación lógico-semántica de que «fascismo» no es término únivoco.

Suele ser mala señal que un autor apele a genéricos criterios de análisis teórico cuando va a discutir un tema que está muy lejos de ser teorizable en sentido riguroso. Las más de las veces eso es indicio de que el autor va a esconder o ignorar datos empíricos decisivos, y a contradecirse, por tanto, con el mismo principio de rigor metodológico. El indicio se confirma en el libro de Marías sobre Cataluña: en las mismas páginas que así se abren con esa apelación a la complejidad de lo real, el lector tropieza en seguida con un uso unilateral, «enteramente así», de un término precisamente tan ambiguo como el de «nación». Hay, por ejemplo, una nación España ya en el siglo XV (pág. 111), y «las naciones no se hacen con naciones, sino con otra cosa» (114). Como Marías sostiene en el mismo libro el carácter nacional de Suiza, sería interesante oir lo que dirían a eso los vecinos de Ginebra, Berna y Lugano. La arbitrariedad dogmática de la tesis de la página 114 se debe a la decisión de Marías de no entender por «nación» más que la dotada de una tradición nacional-estatal moderna, razón por la cual el estado castellano de 1200, por ejemplo, le resulta «pre-nacional»: «En la Península Ibérica no ha habido más «nación» que España y, desde cierta fecha, Portugal, y hubo nación cuando ya no eran viables los Estados pre-nacionales anteriores...» (pág. 113). Lo que equivale a decir que entre Riga y Vladivostok no había en 1916 más nación que Rusia y, en general, a entender por «nación» sólo la población administrativamente unificada y organizada por un estado moderno (en el sentido de «de la Edad Moderna», o sea, burgués clásico o burgués-absolutista). Todo escritor tiene derecho a fijar por convención el sentido en que desea usar los términos. Pero debe declararlo, y tiene que permitir que sus lectores intenten buscar los móviles de la convención elegida: los de ésta se encuentran en la voluntad positivista de aceptar la realidad oficial dada. Vale la pena fijarse en esa aceptación positivista, porque ella explica tambien otros aspectos de las tesis de Marías sobre Cataluña.

Pero antes de hacerlo es necesario recordar que esa dogmática comprensión de «nación» estaba ya implícita —dando pie a un sofisma considerable— en la negación de que haya habido en la Edad Media en la península varias lenguas nacionales, lo cual sirve a Marías para negar que haya — *tout court* — lenguas nacionales distintas de la de Jorge Manrique:

«No olvidemos que durante toda la Edad Media no ha habido «lenguas nacionales», por la sencilla razón de que no ha habido naciones» (pág. 49). En primer lugar, eso de que no ha habido naciones es mala traducción del pensamiento real de Marías: no ha habido estados nacionales burgueses. En segundo lugar, aunque fuera verdad que no hubiera habido naciones, esa «sencilla razón» no lo sería en absoluto, ni sencilla ni complicadamente, de que no hubiera habido lenguas nacionales, pues ni Marías identifica nacionalidad con lengua: sin haber nación plena, puede haber lengua propia, razonablemente designable como «nacional» por las usuales connotaciones de ese calificativo.

Un dogma —su poco explícito concepto de nación— y un sofisma —su negación de las lenguas nacionales de la península— sirven a Marías para sostener su tesis de los «dos pisos» de la heideggeriana casa lingüística del catalán: catalán en la modesta planta baja, en la que el autor aplica reiteradamente el cursi calificativo de «entrañable», lo que evita decir que ésa es la planta de la cocina y el retrete, y castellano en el «segundo piso», el noble principal de la cultura y del ensanche burgués de Barcelona.

La tesis del «segundo piso» castellano apunta, por su parte, a la afirmación de que el castellano es lengua nacional de todos los pueblos hispánicos. La dogmática confusión de «nación» con «estado nacional» impide a Marías ver uno de los hechos más al alcance de cualquiera en la vida de estas tierras: que el castellano es la lengua estatal del Estado multinacional español. Si por el hecho de hablar castellano en el «segundo piso» (cuyas habitaciones de respeto están, además, construidas por coacción estatal) un pueblo lo tuviera como lengua nacional, entonces la lengua nacional de los náhuatl, por ejemplo, de los indios de la Tierra de Fuego y de los tagalos habría sido desde hace siglos el «español»: un paso más y recuperamos aquel voluminoso libro que los señores Areilza y Castiella deben recordar ya sólo en sus pesadillas (dicho sea en favor de ellos).

Es notable que la prueba aducida por Marías en favor de su tesis del carácter hispánicamente nacional del castellano prueba precisamente lo contrario, a saber, que los autores que él cita piensan en una nacionalidad española o hispánica construida (contra otra tesis de Marías) ya con otras nacionalidades más estrechas, y sin que el castellano sea la lengua de la nación compleja o más amplia. Escribe Marías: «En cuanto al gallego, su florecimiento medieval termina (...) pronto: el portugués (...) no se interrumpe literariamente, pero, los escritores portugueses del Renacimiento —ejemplos máximos Gil Vicente y Camoens— escriben indistintamente en portugués y castellano, que va sintiéndose cada vez más como «español» («castellanos y portugueses, porque españoles lo somos todos»)...» (págs. 51-52). Sorprende la cita, porque es obvio que refuta al autor: ni Camoens ni

Gil Vicente hablan castellano en la planta alta y portugués en la baja, sino que su situación se parece algo a la del italianismo de Juan de Valdés o de Garcilaso: es una cuestión de prestigio cultural, y Garcilaso es para Camoens lo que Sannazzaro es para Garcilaso; por lo demás, es claro que «español» se entiende en ese paso como algo que abarca a «castellano» y «portugués», evidentemente con sus respectivas lenguas.

La sorprendente ceguera ante el texto que él mismo aduce puede explicarse por el modo como, a pesar de la adhesión a una liberal tradición ilustrada, Marías sigue preso en el sentimentalismo ideológico patriotero y pequeño-burgués que se aferra a la «Patria» con la misma «entrañable» pasión con que sume en las entrañas los vinos y los sabrosos platos típicos de la tierra. Cuando, en el *Epílogo*, apostrofa a los catalanes afectuosamente, Marías declara que el buen español «está dispuesto a todo menos a una cosa: a renunciar» a Cataluña. ¿Cómo es eso? No se puede renunciar o dejar de renunciar más que a lo que es propiedad (en sentido estricto) de uno. Y Cataluña no es propiedad de los «castellanos» en sentido catalán. ¿No habíamos quedado en que «seremos lo que queramos»? Pues entonces los catalanes tienen que ser lo que ellos quieran, y los «castellanos» —o españoles— afeccionados a Cataluña no tienen por qué renunciar a esa afección ni siquiera en la hipótesis —por ejemplo— de que los catalanes decidieran querer ser un estado nacional. ¿Qué impediría a aquellos castellanos pasar las vacaciones visitando la Seu d'Urgell o Sant Climent de Taüll, como hizo Marías antes de escribir sus artículos, o fotografiando las pequeñas iglesias de la Cerdanya, que también es muy agradable? ¿O qué les impediría quedarse a vivir en Cataluña? Nada —salvo que ese hipotético estado catalán heredara del actual gobierno español ciertas costumbres en materia de pasaportes. Pero eso es poco probable.

Es de mucho interés ver a un miembro destacado del grupo de los que Gramsci llamó «grandi intellettuali» —es decir, de los intelectuales que contribuyen de modo importante a constituir estados de opinión colectivos— someterse así a un trivial patriotismo imperialista y posesivo o propietario, abandonando un elemento muy valioso de su propia tradición burguesa grande: el principio de las nacionalidades, para cuya aplicación no hace falta ninguna disquisición previa acerca del confuso concepto de nación, sino sólo respeto a las poblaciones que apelan a él porque de un modo u otro se sienten sofocadas. Y no menos interés tiene la denuncia ex-abrupto que hace Marías —inmediatamente antes de su declaración de propiedad sobre Cataluña— de unos malos españoles entre los cuales abundan, por cierto, y más acaso de lo que él puede creer, los castellanos de Castilla: «Cuando en sus conversaciones con otros españoles encuentren (los catalanes) en éstos una ilimitada «comprensión», cuando todo lo que dicen les parezca bien y no en-

cuentren objeciones que hacer, cuando todas las reivindicaciones les parezcan pocas, cuando escuchen sin pestañear y complacidos formulaciones extremadas que pongan en tela de juicio la unidad española o admitan la posibilidad de que Cataluña dejara de ser un miembro vivo de España, desconfíen. Porque a esos españoles no les importa Cataluña, y sólo quieren tener, para algún propósito menor e inmediato, la aquiescencia de algunos grupos catalanes, a los que se proponen utilizar de alguna manera» (175). Esos malos españoles son sin duda, y señaladamente, «los rojos». Marías tiene aquí buen apoyo: igual en Cataluña que en el País Vasco o en Galicia, la actual policía política se ha anticipado hace ya muchos años a su argumentación. Si se quiere seguir admitiendo la buena intención de Marías, no hay entonces más remedio que achacarle aquí una irremediable incapacidad pequeño-burguesa para entender lo que es el pensar un principio coherentemente hasta el final, y una incapacidad, por tanto, para entender las razones que inspiran el pensamiento socialista acerca de las nacionalidades. Este se toma sustancialmente en serio, hasta sus últimas consecuencias (y no sólo en este campo), motivos doctrinales que descubrió y luego abandonó la burguesía ascendente y revolucionaria, y los inserta en el programa de ese futuro que, según la justa alusión de Marías, ha de ser libertad. (Esta recuperación de motivos revolucionarios abandonados, sin realizarlos, por la burguesía en involución es, dicho sea de paso, una de las cosas más prometedoras respecto del futuro del socialismo, porque ella muestra cómo el socialismo y su portador social —la clase obrera— reúnen títulos suficientes para la hegemonía del movimiento progresista de los hombres: ninguna reivindicación de libertad les es ajena).

Uno de esos motivos doctrinales de origen anterior al pensamiento socialista, pero abandonado por la clase que lo produjo, una vez llegada ésta al dominio de los estados modernos, es, como queda indicado, el principio de la autodeterminación de las nacionalidades. Ese principio no es ningún «propósito menor» sino uno muy grande: el propósito racional de que las viejas palabras irracionalmente sonoras, como «unidad de destino» o «milenio de altas empresas y crueles fracasos» (pág. 175), dejen de pretender tener sentido (pues ni hay destino, ni ningún catalán ni castellano ha vivido mil años), y, sobre todo, dejen de adornar las coacciones con que se aplasta la voluntad de los hombres. Si la frase de Ortega según la cual una unidad nacional es un proyecto sugestivo de vida en común ha de ser leída como algo que tiene sentido, entonces «proyecto» ha de querer decir proyecto: no destino, ni empresa milenaria, sino voluntad expresada aquí y ahora. Mientras no haya garantía de que los catalanes han expresado en un sentido u otro esa voluntad, ningún castellano ni, en general, ningún no-catalán demócrata, puede permitirse la petulante

coacción de afirmar nada acerca del auténtico futuro colectivo de los catalanes, de su verdadero proyecto de vida en común. Ni puede tener la mala educación de querer o no querer «renunciar a Cataluña». Y eso por mucho que nos honre a los castellanos —pero sólo a los exentos de petulancia imperialista— la tendencia a servir a ese notable invento que es, a pesar de todo, la entidad supranacional España, tendencia que hace olvidar demasiado frecuentemente la ruina que ese proyecto acarreó a Castilla en los siglos XVI y XVII y la muerte que le está trayendo en la brutal concentración capitalista de esta segunda mitad del siglo, acumulación y concentración dirigida manifiestamente desde Madrid en beneficio de las altas burguesías y de los grandes propietarios de la península, unas y otros no-castellanos.

Propósito mucho más grande es el de aplicar en serio el principio de autodeterminación que el de imponer la sumisión ideológica a las «empresas milenarias». Ideológica, por lo demás, y cínicamente positivista. En efecto: uno de los procedimientos menos plausibles de Marías consiste en apelar complacidamente a la realidad de hoy, al hecho de que muchos catalanes no «hablan *plenamente* el catalán, al menos no lo poseen en la forma que hoy se considera adecuada, es decir, que están por debajo del nivel histórico de nuestro tiempo» (pág. 42), y a otros hechos análogos, para acabar proponiendo soluciones que admitan la situación «tal como es, no tal como hubiera podido ser» (pág. 44). Eso es aceptar el resultado de una larga opresión, desde la destrucción de los versos de Maragall en la Plaza de Tetuán en enero de 1939. Nótese que la observación de Marías según la cual el catalán, antes de cualquier coacción eficaz, no ha dado literatura grande durante más de trescientos años, no tiene el menor valor para el problema de la sustantividad de una nacionalidad moderna: tampoco dieron gran literatura durante esos tres mismos siglos (anteriores a la formación de la conciencia nacional *política*) el húngaro, el rumano, el checo, etc.: lo cual no sirve para poner en tela de juicio las correspondientes nacionalidades. Ni, que sepamos, hay aún gran literatura kirguís, kazak, ni tadjik, pese a lo cual hay —y lo deseable es que sean cada vez más robustas— una república kirguís, otra kazak, etc. y así hasta cuarenta y seis naciones de la Unión Soviética, ninguna de las cuales (de entre las sesenta y una de la Unión) tenía en 1917 ni alfabeto ni menos títulos de cultura lejanamente comparables con los que tiene el más analfabeto de los catalanes de hoy.

Pero, de todos modos, si la apelación a la situación «tal como es» no se refiere sólo a la organización del aparato administrativo del Estado, sino también y sobre todo a la voluntad de la población —y vale la pena concederlo, por no hacer a Marías el proceso contra las intenciones que él incoa en cambio, sin empacho alguno, a cuantos castellanos no creen en los alti-

sonantes mitos arcaicos que él usa—, entonces no hay ningún inconveniente en aceptar ese postulado, transformando su cazurrería positivista en disponibilidad democrática: sea, en efecto, el futuro de Cataluña tal como es su pueblo, tal como éste lo configure ejerciendo sin trabas el derecho de autodeterminación.

M. C.

## LAS ULTIMAS BANDERAS —

### de Angel María de Lera

Apenas hablaremos de los hechos políticos, en cuanto tales, —conspiración de Casado, Junta liquidadora, etc.— que sirven de telón de fondo a los personajes de esta novela en uno de sus dos tiempos: el de tratamiento más extendido y plástico. Intentarlo requeriría espacio más vasto que el de un artículo y lo que resultara tendría poco que ver con la crítica literaria. Solamente nos referiremos a la representación novelística que Lera hace de ellos en un aspecto. Con la perspectiva histórica que hoy tenemos es, sin duda, el que resulta más evidente y doloroso. Podríamos definirlo así: esta novela de Lera es la novela de una deslealtad y de un oprobio inútiles.

La mayoría de los hombres que, en ella, secundan a la Junta —en general con escaso entusiasmo y conciencia intranquila— lo hacen por cansancio, por desesperación y con la esperanza de que Franco les dejará salir de España, de que les dará, como augura uno de los personajes, «tres o cuatro meses de tiempo para ir evacuando paulatinamente nuestra zona» (Los móviles de Casado y de algunos de los que le rodeaban eran menos confesables y a ellos no alude el autor).

«¿Qué podemos ofrecer en ese trato que se está discutiendo en Burgos?», pregunta uno. Y otro personaje le responde cínicamente: «¿Te parece poco dejarle al vencedor todo en orden y limpio de enemigos?» (De comunistas, naturalmente. La prenda de cambió éramos nosotros).

Evacuar, irse a América o donde fuera... Esa es la angustiosa ilusión que en aquellos días agónicos amasan, repiten, gritan casi todos los personajes de la novela. Luego resulta que no hay concesiones de tiempo, ni, para la inmensa mayoría, barcos en Alicante, ni América... Luego resulta que no hay más que tiros entre hombres que lucharon juntos y que juntos van a cárceles y paredones.

No serán pocos los lectores que, a lo largo de estas páginas, percibirán que el camino para salvar vidas y amortiguar en lo posible las consecuencias de la derrota, no estaba en la división ni en esa entrega sin condiciones, que tal camino sólo podía encontrarse a través de una resistencia ordenada y unida. No faltarán tampoco los que se pregunten: En todo caso, si era inevitable enfrentarse a la derrota y a la represión, ¿no era preferible hacerlo con dignidad, en correspondencia con la grandeza de la guerra que el pueblo había hecho?

Muchos de los hombres de la novela —recreación, sin duda, de otros próximos a Lera en aquellos años— luchaban contra el fascismo sin llegar a conocerlo del todo. Seguramente acabarían de conocerlo después. «Nos aprovecharán», se las promete un intelectual chirle. Y el inefable Molina, cuando ya han entrado en Madrid:« Parece que no va a haber violencias, que se tiende a evitar enérgicamente cualquier intento de venganzas y represalias».

Lo que realmente sucedió, no hace falta recordarlo. Federico, el protagonista de la novela, resume esa España diciendo que «es un mundo para ellos solos», para los vencedores, y ya sabemos que los vencedores reales solo fueron «unos pocos» como uno de los personajes dice muy bien.

De todo esto resulta algo muy frecuente en la novela: que planteada ésta desde la zona de la Junta, por personajes que la seguían, se convierte, objetivamente, en su acta de acusación. Es así en lo históricamente fundamental, abstracción hecha de detalles y alfilerazos a los que se oponían a ella, y que poco cuentan ante la visión de conjunto que da al lector y las conclusiones que éste puede extraer.

¿Lo ha querido así Lera? El ha escrito recientemente, por cierto tras la publicación de «Las últimas banderas», que el crítico «ha de estar dotado de una extraña cualidad, como es la de intuir los últimos y más oscuros móviles del autor, que éste ignora o disfraza, para poder apreciar hasta qué punto el proyecto artístico se convirtió en realidad».

Es cierto, aunque el ejercicio de tal intuición resulte, a veces, más que arduo por la dificultad con que, ante ciertas obras, nos encontramos para discernir en ellas lo que fue disfraz y lo que vino a ser resultado involuntario. La historia de la literatura está llena de problemas semejantes.

En todo caso, el crítico no puede confundir la realidad primaria, vital y social, con esa otra realidad que es una novela y, en general, la obra de arte. Son dos realidades de índole distinta. Relacionadas entre sí, no con una relación simple, directa, sino dialéctica y complejísima.

A esa realidad, que es en sí la novela de Lera, es a la que el crítico tiene el deber de atenerse. De esta realidad es de la que yo hablo lo más objetivamente que me es posible, pues ya sabemos que la objetividad, en todo, pero infinitamente más en arte, es siempre aproximativa.

∴

¿Puede inscribirse esta novela en la tradición del episodio nacional? Me parece que, con otras formas y otra dimensión, la continúa. Y digo lo de otra dimensión por lo siguiente: Galdós monta su episodio-novela sobre un área más ancha. Que consiste, sobre todo, en la trabazón tejida entre los personajes de ficción y los históricos. De añadidura, en Galdós hay más crónica de las motivaciones y entresijos de los acontecimientos históricos y de las diversas posiciones políticas. Su episodio nacional es tanto crónica como no-

vela, y a veces más lo primero que lo segundo. Todo esto le da una mayor complejidad, y por tanto luminosidad, histórica.

Cierto que en «Las últimas banderas» aparecen personajes reales. Unos con sus nombres: Largo Caballero, Alvarez del Vayo, Rosenberg, Mije. Otros, con nombres de igual asonancia que los auténticos: comandante Tori por comandante Ristori; coronel Sena por coronel Mena. (¡Qué estupendo personaje de novela, de novela española, ese viejo Mena! En la guerra y en su exilio de Méjico.) Pero los primeros se limitan a eso, a aparecer. No viven en la novela. Lera elude la representación novelística-episodial de los miembros de la Junta y de personalidades representativas de las fuerzas que se le oponían. Está en su derecho y estas reflexiones no llevan carga negativa para la obra de Lera. Si me embarco, o me pierdo en ellas, es procurando discernir diferencias entre el episodio galdosiano y esta nueva forma de episodio nacional.

Además, que saltan en seguida estas dos consideraciones:

Con la trabazón galdosiana entre personajes de ficción y personajes históricos, «Las últimas banderas» habría sido, por lo menos en gran parte, otra novela, y me parece que ya es hora de acabar con esa crítica de autoridad... sin autoridad, que consiste en juzgar al autor por la obra que debió hacer, o que uno cree que debió hacer, y no por la que ha hecho.

En una novela de nuestra guerra, publicada en la España actual, con las limitaciones que esto implica, nunca se sabe que es lo que el autor no dijo porque no quiso o porque no pudo. Y en todo caso, a partir de cierto nivel de honestidad, como lo tiene esta novela, más le vale al crítico exponerse a pecar por manga ancha que por rigor.

Tema importante este del episodio nacional y sus alrededores. Porque la novelística de nuestra guerra, de la agitada anteguerra y de la posguerra tan cruel, no hace más que empezar. Me parece inconcebible que de ese fondo histórico no emerja una larga constelación narrativa. Con la infinita variedad del hombre español de esas épocas, del hombre histórico. Visto en su individualidad y en su contexto social, a través de sus conflictos, sentimientos y mentalidad personales, condicionados, modificados por ese contexto, pues jamás el hombre español fue más afectado en su vida y en su intimidad por las convulsiones nacionales como en nuestro tiempo. Jamás se contrastó tan vivamente el ideal de unos y la sordidez de otros con la realidad social. Es el vario y largo drama del hombre español en el seno de una sociedad en crisis.

Maravilloso y terrible mineral novelístico. Perfectamente apto para desencanijar la novela española. Y que puede y debe alternar con otros materiales en una estimulante diversidad.

∴

«Las últimas banderas» es una narración en dos tiempos. Uno, el que le da sentido y tonalidad, sitúa a los personajes en los últimos días de la guerra. El otro,

en los primeros. La esperanza y la derrota. A mi juicio, vista con luz más intensa ésta que aquélla.

El procedimiento está bien elegido, pues hoy la narración lineal suele resultar insuficiente para apresar las realidades individuales y colectivas a que el novelista se enfrenta. Esto dicho, sobre todo con referencia a la novela grande y sin absolutizar, sin recetas, que en arte siempre son infantiles y contraproducentes, aunque tantos tribunales de dogmáticos nos disparen una cada semana desde sus tertulias.

¿Reportaje? En «Las últimas banderas» hay, entre otras, formas del reportaje. En toda novela de este tipo es imposible que no las haya. Y ¿qué? Reportaje hay en la novela-episodio de Galdós. Reportaje hay en muchas zonas de la novela norteamericana y ahí tiene ustedes esa última e impresionante «A sangre fría».

Alguna vez he escrito mi opinión de que el reportaje termina donde empieza el tipo. Más exactamente se podría decir que el reportaje termina donde empiezan la exploración íntima del tipo y el conflicto, pues en el reportaje literario también hay tipos. Pero si un reportaje no puede ser nunca de por sí, una novela, algunas de las formas del reportaje sirven para ciertas necesidades de la narración novelística. Nos referimos, machaquémoslo, al reportaje literario, a «ese arte literario del reportaje» como lo define Sartre (1). Podría decirse, además, que, así, la novela no hace otra cosa que tomar del reportaje lo que el reportaje tomó de ella. Fue el gran reportaje, cuando empezó a hacerse —en España, en los últimos veintitantos— el que recurrió a ciertas formas novelísticas. Hoy la novela, esa enorme ventosa que ha absorbido formas de tantos géneros literarios —transformándolas, naturalmente— recurre a algunas del reportaje. La dialéctica de la creación literaria, de la mutua influencia entre los diferentes géneros literarios, es bastante más complicada de lo que algunos creen.

Por «Las últimas banderas» circulan numerosos tipos. Federico, Cubas, Casanova me parecen los de mejor trazo. El final de Casanova, como el de Federico, cada uno en su tonalidad, tiene grandeza. Los dos momentos resaltan entre este ir y venir de hombres, en general, de nebulosas concepciones revolucionarias y que, por ello, andan perdidos, doblemente derrotados, en la trágica hora final.

El estilo narrativo es fácil y las cuatrocientas páginas se leen de seguido, cualidad ésta que no hay por que desdeñar en una novela. Al contrario.

Cuando Federico se suma a los prisioneros, a los suyos, a todos, cuando entra en aquel hotelito de la glorieta de San Bernardo, alguien le indica: «Por aquí, por aquí...» Y Lera termina la novela con estas palabras: «Era un pasillo largo y oscuro».

Por él vamos todavía. Pero, al fondo, ya se ve luz...

J. IZCARAY.

(1) Jean-Paul Sartre : « *Qu'est-ce que la littérature ?* »

# El dogmatismo de los literatos

1. No es difícil constatar que la estética, la crítica literaria, la sociología del arte y de la cultura se han convertido en los últimos años en uno de los temas capitales de la reflexión marxista. Los textos en que esta reflexión se expresa comienzan a constituir ya una parte cuantitativamente importante (aunque cualitativamente desigual) de la literatura dialéctico-materialista. Sin ninguna intención de exhaustividad se pueden enumerar como motivos de esta proliferación, los siguientes : a) los problemas del desarrollo cultural y la introducción de un arte y una literatura popular en los países socialistas. b) la búsqueda de caminos expresivos para llegar artísticamente al proletariado en las estructuras capitalistas o feudales de los países desarrollados, en desarrollo o subdesarrollados. c) la relajación de la tensión bélica entre los «bloques». d) las necesidades teóricas de desarrollar o simplemente completar (según los autores) las consideraciones de los clásicos sobre problemas de arte y literatura.

El carácter fundamentalmente polémico con que Marx y Engels hicieron la crítica radical de las estructuras socioeconómicas del capitalismo reaparece, como es natural, en las aportaciones marxistas actuales más interesantes para el análisis del hecho artístico: así en la crítica de Lukács a la concepción idealista del arte inherente a la decadente sociedad burguesa; así también en la crítica de Della Volpe a las consecuencias recientes de la estética romántica. Pero ya el encabezamiento de este artículo sugiere una ambigüedad: estética, crítica literaria, sociología del arte y de la cultura son tres conceptos que no tienen aún, ni siquiera dentro del ámbito estricto del marxismo (1) una

(1) Es cierto que la mayoría de los textos tienden a hacer la crítica de una simple sociología del arte. Y en esto coinciden, por ejemplo, Lukács, Della Volpe y Sartre. Pero L. Goldmann cuyas aportaciones a los problemas que tratamos tienen un considerable interés titula una de sus obras «Por una sociología de la novela».

significación unívoca. Esta ambigüedad se debe no sólo a la amplitud de temas que normalmente son tratados bajo la denominación de Estética, sino especialmente a la heterogeneidad y, en consecuencia, equivocidad de la terminología estética al uso (2). Equivocidad terminológica que habrá de ser rastreada en muchos casos, en el hecho hoy extendido de una asimilación, no siempre lo suficientemente consciente, del lenguaje existencialista, fenomenológico, positivista o tradicional al lenguaje del marxismo. Este fenómeno no es en todos los casos consecuencia de una escasa formación filosófica; es también y principalmente, como resultado objetivo, el tributo que el pensamiento marxista paga por su incorporación a la «cultura europea», incluso a esa «cultura» que durante un siglo se ha opuesto —con todos los medios políticos a su alcance— a la difusión de la dialéctica materialista. Y es también, naturalmente, el tributo que la filosofía de la praxis paga a su propia apertura.

Conviene, en cualquier caso, no olvidar esa situación —compleja sí, pero que debe asumirse positivamente— porque hoy, entre nosotros, existe tanto la peligrosidad de quienes se empeñan en mantener la confusión (por supuesto, no únicamente terminológica) como de quienes añoran la simplicidad, la elementariedad (también por supuesto, no únicamente terminológica) de tiempos pasados.

Este artículo no pretende analizar las aportaciones teóricas del marxismo en el campo de la estética. A este respecto será suficiente con señalar que hasta el momento la aportación más importante es, sin lugar a dudas la de Lukács (3) y el intento más consciente por superar esa confusión terminológica de que hablábamos lo ha realizado Galvano della Volpe (4). El objetivo aquí

---

(2) Esta ambigüedad se agravará aún más si pensamos en las significaciones que suele tomar el término REALISMO. A título de comprobación pueden verse las ponencias de la III Semana del Pensamiento Marxista (Materialismo filosófico y realismo artístico) en Francia, publicada con el título **Estética y Marxismo.** E. Arandu. Buenos Aires, 1965.

(3) G. Lukács. ESTETICA I, II, III y IV. Grijalbo. Barcelona 1966-67. A pesar de que la tensión ideológica creada por la «guerra fría» opera aún en no pocos textos de Lukács resulta, sin embargo, paradógico que sea precisamente en su obra (o fragmentos de ella, más exactamente) donde se dirigan las críticas recientes. No está de más señalar que la «superación» de la teoría lukacsiana del **reflejo estético**, sin conocer la Estética, —en curso de publicación— es un intento «precoz» y con muchas posibilidades de no llegar a buen término. Me parece que este es el problema de Valeriano Bozal con la introducción en su **Realismo entre desarrollo y subdesarrollo** del término de **«sentido»**, tomado a la fenomenología.

(4) Especialmente en Crítica del Gusto. Seix y Barral. Barcelona 1965.

es subrayar las implicaciones políticas que concurren en algunas concepciones recientes del arte y la literatura. Teniendo en cuenta las razones que antes se aducían sobre la ambigüedad terminológica no está de más tampoco evitar la utilización de términos como pseudomarxistas, sedicentes marxistas o pretendidos marxistas —tan al uso— al criticar esas concepcione.

2. La estética marxista fundamentalmente al nivel de los debates, las declaraciones y las entrevistas, está empeñada hoy en su autocrítica, en combatir el dogmatismo estaliniano. A nivel estrictamente filosófico esa autocrítica, cuando es importante, suele representar el intento de fundamentar una estética dialéctico-materialista a partir de (o teniendo en cuenta, simplemente) los pocos fragmentos y las cartas en que Marx y Engels trataron del arte; y a un nivel indudablemente menos elaborado, el diálogo con las vanguardias artísticas y más concretamente «arrebatar a Proust, Joyce, Beckett y especialmente Kafka al mundo burgués» (5). La autocrítica, el combate contra el dogmatismo estaliniano está dando lugar a aportaciones teóricas importantes —que no vienen, desde luego, de quienes hoy han descubierto con desconsuelo que un día no se permitieron gozar las delicias de Kafka—. Más aún: han creado un extraordinario clima de investigación, debate y contraste de pensamientos que contribuirá, sin lugar a dudas, a aclarar muchos problemas artísticos. Pero al mismo tiempo, esa autocrítica no siempre consigue dejar atrás los términos de la confusión. L. Althusser ha descrito así esta situación: **«El fin del dogmatismo ha producido una real libertad de investigación y también una fiebre por la cual algunos se han lanzado a declarar filosofía el comentario ideológico de su sentimiento de liberación y su gusto a la libertad» (6).**

La afirmación de L. Althusser es válida en el campo que tratamos, tanto más cuanto que los comentarios ideológicos de un sentimiento de liberación suelen ser caros tanto a los artistas y literatos como a sus críticos. Ha sido precisamente en Francia

---

(5) Así **R. Garaudy** con su «realismo sin límites»; así también **Ernst Fischer**: «no debemos abandonar a Proust, Joyce, Beckett y menos aún a Kafka al mundo burgués, permitiendo de tal forma que ayuden a ese mundo. Se trata de que nos ayuden a nosotros»; así también **J.P. Sartre**: «nosotros los hombres de izquierda occidentales no podemos aceptar que autores como Proust, Joyce o Kafka —que tanto contribuyeron a nuestra formación y a los que de ningún modo renunciamos— sean considerados decadentes porque esto significa al mismo tiempo la condena de nuestro pasado y la negación de todo nuestro aporte a la discusión». Ver ESTETICA y MARXISMO.

(6) L. Althusser. Pour Marx. F. Maspero. Paris, 1966 (pág. 21).

donde esta crítica antidogmática —que era y es necesaria— ha comenzado a cobrar caracteres de auténtico complejo de culpabilidad cuando no de cristiano examen de conciencia, con firme —y desenfocado— propósito de enmienda. El caballo de batalla, en el terreno que analizamos, está siendo la autonomía del arte, el poder político de la literatura y la función del escritor, del artista, del intelectual en la sociedad.

De aquí que si el combate contra el dogmatismo del período estalinlano es una necesidad para conseguir el desarrollo de la estética y la crítica literaria del marxismo, hoy comienza a ser necesario también desentrañar las consecuencias de esa «fiebre» mencionada por L. Althusser. Porque sólo así será posible evitar que el culto a la personalidad artística ocupe el lugar del desterrado culto a la personalidad política (7). A nuestro entender, dos son los factores que contribuyen poderosamente al surgimiento de ese nuevo culto: (a) la reacción contra el «dirigismo» político en arte y (b) el drama del artista comprometido en el proyecto de un «arte para el pueblo» en los países capitalistas, es precisamente en el desenfoque de una exigencia objetivamente válida (a), en la precipitada y subjetiva interpretación de ese drama (b), o en ambas cosas a la vez, donde hay que buscar el origen de la insuficiencia de un buen número de afirmaciones estéticas del momento. Porque efectivamente es un hecho —un hecho histórico ligado a la praxis del marxismo— el carácter elemental y simplificador de una planificación artística y cultural sometida al control rígido del aparato técnico-organizativo político, pero este hecho histórico ha de ser analizado como tal y, desde luego, su negación mera escasamente puede contribuir a la fundamentación de la estética. No obstante, es moneda demasiado corriente en los últimos años reducir los programas artísticos a una «declaración de principios antidogmática» y a continuación,

---

(7) Que el culto a la personalidad artística no es únicamente un «autoculto» nos lo demuestran estas palabras de Garaudy: «Nosotros esperamos de nuestros artistas que nos hagan presentir todo lo que ignoramos aún de nosotros mismos, que anticipen el advenimiento de lo que todavía no se ve, pero cuyo germen palpita en el seno de nuestro siglo. Que nos den el conocimiento y el amor de mañana.» ESTETICA y MARXISMO (ponencia de R.G. a la III Semana del Pensamiento Marxista.).

deducir de aquí lo que debe ser la función política del intelectual (8). La argumentación es como sigue:

1. No debe hablarse de arte y literatura en la inocencia de un pensamiento marxista puro ya que la inocencia de ese pensamiento ha sido «manchada» por la práctica política, cuyo error consistió en someter el arte y la literatura a los intereses de la lucha ideológica. 2. La superación de un error tal representa aceptar que la literatura no debe estar al servicio de una causa, sino al servicio de la literatura misma, es decir, de una determinada concepción de la literatura; y, por tanto, debe existir un «distanciamiento» del escritor con relación al «aparato político». Ese «distanciamiento» es, precisamente, la misión del escritor o el artista: ser la Crítica, la Conciencia del aparato político. 3. El reencuentro del escritor, o del artista, con la «política real» se verifica a través de la comprobación de que no existe literatura sin lectores (y lo mismo vale del arte) y de que la constitución de una comunidad de lectores exige la transformación radical de nuestras sociedades capitalistas o neocapitalistas. Y de aquí el drama: 4. La burguesía actual no se sorprende ya por las revoluciones literarias; lo único que no admite es perder el poder político. Conclusión: hay que arrebatar el poder político a la burguesía.

La complejidad problemática que se plantea en estos cuatro puntos es evidente. Caben por otra parte, variantes en la argumentación, especialmente en lo que se refiere a los puntos 3 y 4: el poder de la literatura y el arte no queda aclarado en la mayor parte de estos debates y con frecuencia se pasa, sin demasiadas contemplaciones, de la afirmación de que la literatura no tiene ningún poder (político) a la de que tiene todos los poderes (9). No es tampoco un hecho insólito que estas vacilaciones teóricas encuentren su confirmación en la actividad práctica de tal o cual escritor o artista. El hecho es explicable: mistificada la «inocencia» teórica del marxismo y consciente de que su obra, su novela o su cuadro producido para el proletariado con la finalidad de provocar una toma de conciencia, llega únicamente a la burguesía e incluso ésta asimila perfectamente el «golpe», el ar-

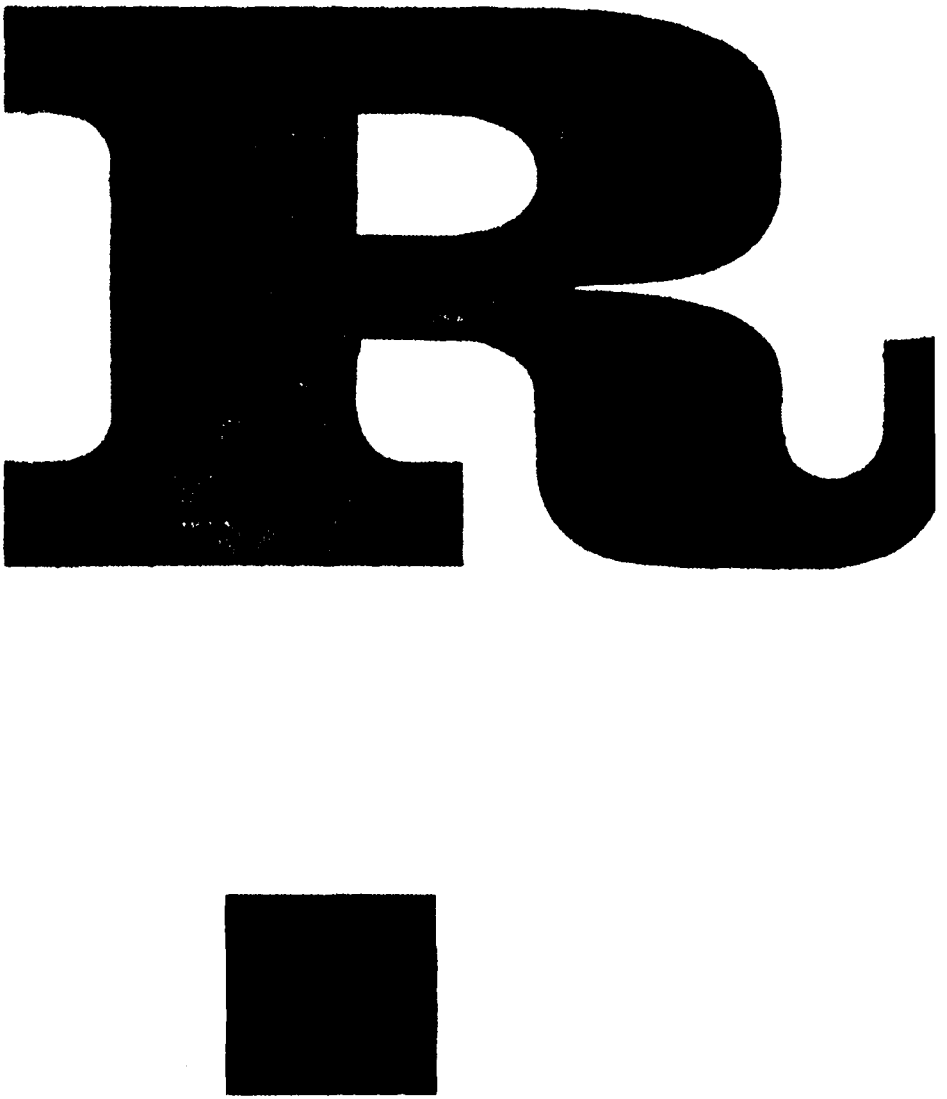
---

(8) Es cierto, por otra parte, que desde el ¿Qué es la Literatura? de J.P. Sartre hasta nuestros días se han producido análisis más o menos brillantes y coherentes del problema de la relación del escritor o el artista con el público de las sociedades capitalistas desarrolladas, pero el estudio detallado de este aspecto de la crítica literaria escapa a los objetivos aquí señalados.

(9) Sobre este extremo ver «Que peut la littérature?» Debate organizado por Clarté y publicado por 10-18. Paris, 1966.

tista, o el escritor, oscilará entre el compromiso directo práctico-político con el abandono temporal de su creación artística y el replanteamiento teórico de lo que es un arte «para el pueblo». En estas circunstancias no puede parecer extraño el que en ocasiones se considere como un «descubrimiento antidogmático» el hecho de que un lenguaje realista favorable a la evolución histórica y al proletariado no sea «popular» (10). No es excesivamente grave el que nuestros artistas o nuestros críticos lleguen, en estas ocasiones, a través de la propia experiencia a «descubrimentos» que constituyen el pan nuestro de cada día de un marxismo precisamente no dogmático (esta pequeña «pérdida de tiempo» es políticamente necesaria, por otra parte). Más graves son, sin duda, dos consecuencias que se derivan inmediatamente de argumentaciones como la citada: la primera es la sustitución de la **funcionalización** política del artista o del escritor por su **profesionalización** (la misión crítica del intelectual que está por encima del bien y del mal); la segunda, el intento de extraer una política concreta de una concepción de la literatura. La profesionalización del artista y el intelectual es, como se ve, el extremo al que se llega por reacción frente a su funcionalización. Extremo que incluye una exigencia válida: la necesidad de que sean los artistas y los intelectuales quienes propongan y realicen prácticamente una determinada concepción del arte y la literatura. Aún más: la necesidad también de crear unas posibilidades reales para el desarrollo de la teoría marxista. Sin embargo, el equívoco, la ambigüedad aparece cuando una concepción del arte y la literatura, una visión concreta de una parcela de la realidad cultural como son los problemas artísticos, se intentan hacer pasar por una nueva política. El intento, cuando además se admite la necesidad de una autonomía del arte, es no sólo una contradicción en los términos; es la sustitución mera y simple del dogmatismo del «aparato político» por el dogmatismo de los literatos. De una concepción que localiza a «intelectuales» y «políticos» en sectores irreductibles, con funciones totalmente diferentes, se puede derivar sin gran esfuerzo una oposición inevitable entre el «aparato político» y sus «críticos intelectuales». La tarea actual,

(10) A este respecto es interesante no olvidar, frente a una concepción «romántica» del proletariado la afirmación de Lenin en «Qué hacer» sobre el hecho de que la recta conciencia no puede enseñarse a los trabajadores sino desde fuera de la cotidiana lucha económica, así como la extensión de Lukács a esa afirmación en el sentido de que «para la superación de la vida cotidiana (también del arte cotidiano) hacen falta modos de comportamiento del pensamiento cotidiano». (LUKACS. ESTETICA, 1. pág. 67).

por el contrario, pensamos que ha de ser la de limitar y limar las diferencias entre lo que ha dado en llamarse «sectores». Y esto no sólo porque es la enseñanza de una praxis marxista que no admite la inocencia de un pensamiento teórico ni tampoco el pragmatismo dogmático, la enseñanza de la praxis que permitió la realización de la revolución en la URSS y China, sino, fundamentalmente, porque es una exigencia para la operatividad de nuestra lucha cotidiana por la democracia y el socialismo.

P. F.